



Ciudad de historias y arreboles

Bucaramanga 400 años

Universidad Industrial de Santander

Cronistas

María Cristina Úsuga Soler

César Augusto Almeida Remolina, Kekar

César Mauricio Olaya Corzo

Invitados especiales

Reflexiones sobre la ciudad

Félix Antonio Jaimes Lasprilla

Consuelo Ordóñez de Rincón

Álvaro Beltrán Pinzón

Nívea Santarelli Franco

Jairo Claret Puente Bruges

Eduardo Muñoz Serpa

Diana Saray Giraldo Meza

Blanca Inés Prada Márquez

Jhon Alexánder Monsalve Flórez

Sandra Fabiola Barrera Ruiz

Felipe Antonio Zarruk Diazgranados

En la mirada del artista

Zambrano Molina por Gloria Oviedo

Jorge Mantilla Caballero

Clemencia Hernández Guillén

Pablo Hernández por Jesús María Stapper

Saúl Meza Arenas

Mónica Almeida Ardila

Marco Valencia

Martha Patricia Cabrales

Ernesto Navarro

Holguer López Toscano

Dirección

Hernán Porras Díaz

Rector UIS

Coordinación general

Johanna Inés Delgado Pinzón

Jefe de protocolo, Rectoría UIS

Coordinación creativa y fotografía

César Mauricio Olaya Corzo

Aporte fotográfico

Jaime Moreno, productor audiovisual y reportero gráfico

Juan Manuel Esparza Barajas, productor audiovisual UIS

Vidal Humberto Abreo Becerra, director de comunicaciones UIS

Víctor Alfonso Zambrano Mendoza (dron), productor audiovisual UIS

Edición

Puno Ardila Amaya

Jefe, División de Publicaciones UIS

Corrección ortotipográfica y de estilo

Hugo Armando Arciniegas Díaz

Diseño y diagramación:

Olfi Studio S. A. S.

©Universidad Industrial de Santander

Reservados todos los derechos

ISBN: _____

Primera edición, diciembre de 2021

Edición e impresión:

División de Publicaciones UIS

Carrera 27 calle 9, ciudad universitaria

Bucaramanga, Colombia

Tel.: (57) 607 6344000, ext. 1602

ediciones@uis.edu.co

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin autorización escrita de la UIS.

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Ciudad de historias y arreboles

Bucaramanga 400 años

Universidad
Industrial de
Santander







Consejo Superior UIS

Mauricio Aguilar Hurtado

Gobernador de Santander
Presidente del Consejo Superior

Eliécer Montero Ojeda

Representante del presidente de la República

Ana Milena Gualdrón Díaz

Delegada, Ministerio de Educación Nacional

Miguel José Pinilla Gutiérrez

Representante de los exrectores

Alejandro Almeida Camargo

Representante del sector productivo

Mario Humberto Torres Macías

Representante de los egresados

Sandra Judith García Vergara

Representante de las directivas académicas

Luis Orlando Aguirre Rodríguez

Representante de los profesores

María Alejandra Aguilera Blanco

Representante de los estudiantes

Consejo Académico UIS

Hernán Porras Díaz

Rector y representante legal
Presidente del Consejo Académico

Orlando Pardo Martínez

Vicerrector académico

Dionicio Antonio Laverde Cataño

Vicerrector de investigación y extensión

Gerardo Latorre Bayona

Vicerrector administrativo

José David Sanabria Gómez

Decano, Facultad de Ciencias

Ana Cecilia Ojeda Avellaneda

Decana, Facultad de Ciencias Humanas

Johann Farith Petit Suárez

Decano, Facultad de Ingenierías Fisicomecánicas

Sandra Judith García Vergara

Decana, Facultad de Ingenierías Fisicoquímicas

Lina María Vera Cala

Decana, Facultad de Salud

Germán García Vera

Director, Instituto de Proyección Regional
y Educación a Distancia - IPRED

Clara Isabel López Gualdrón

Representante de los directores de Escuela

Carlos Borrás Pinilla

Representante de los profesores

César Alberto Pardo Archila

Representante de los estudiantes

Sofía Pinzón Durán

Secretaria general

Daniel Alfonso Sierra Bueno

Director de planeación



CONTENIDO

I



LA CIUDAD NARRADA

32





II



REFLEXIONES SOBRE
LA CIUDAD

134

III



EN LA MIRADA DEL
ARTISTA

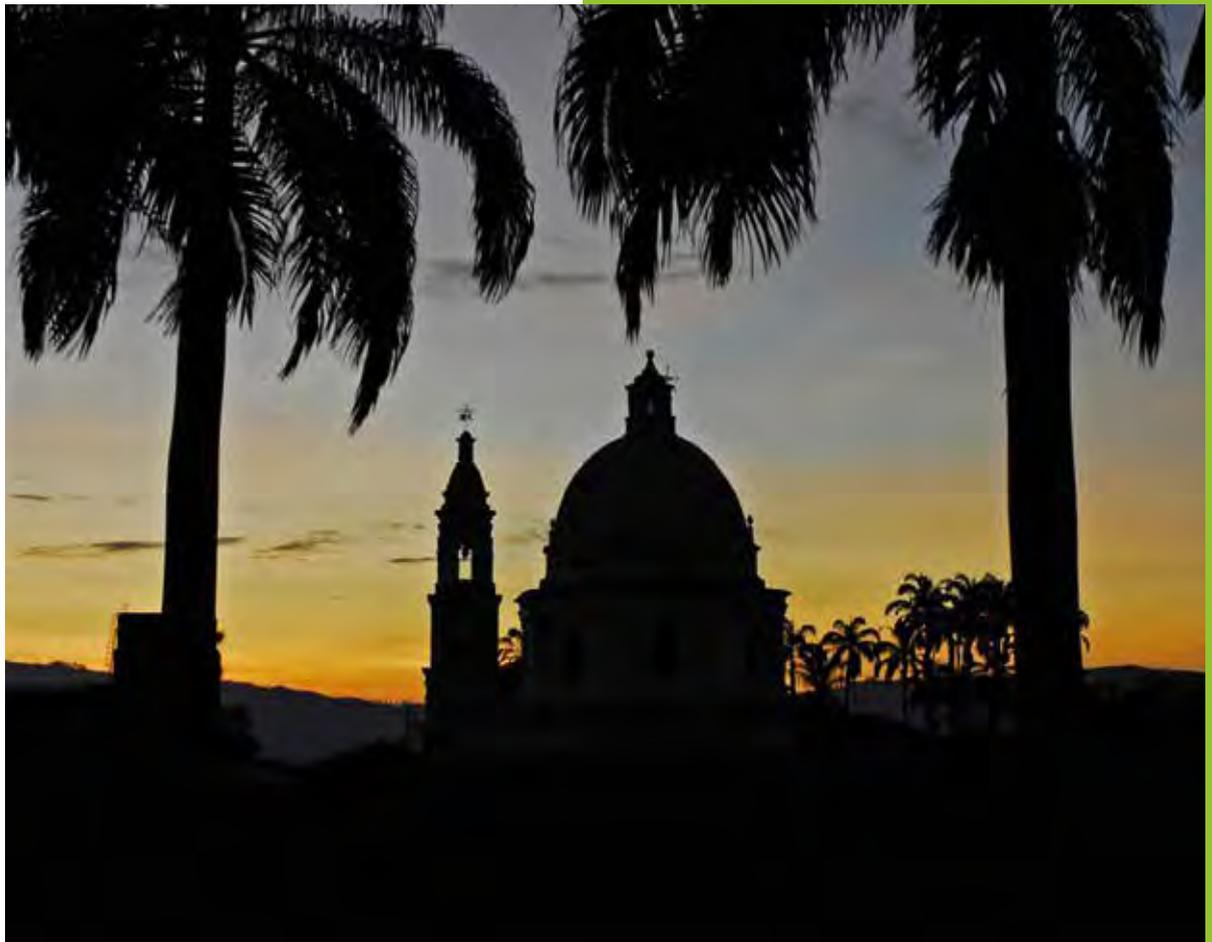
228





Flor del búcaro
Erythrina fusca

PRESENTACIÓN







Arreboles y memoria

Desde que tengo memoria, la costumbre de madrugar ha sido una constante en mi diario vivir. Madrugo por disciplina, por conciencia de aprovechamiento del tiempo, por el hábito de dar sustento a las palabras de mis mayores, cuando nos insistían: «Al que madruga Dios le ayuda». En fin, madrugo por ese encantamiento tan especial que abraza cada uno de esos instantes mágicos del despertar de la naturaleza: el concierto extraordinario de las aves y la manera tan maravillosa en que se ve la ciudad cuando comienza a pintarse de luz. Se trata de una experiencia sin par que solo se lleva impresa en el alma, y que permanece viva en la memoria cuando las ocupaciones se dan sus mañan para contrariar la buena energía que se recibe en cualquiera de los bonitos comienzos de día que nos regala nuestro terruño.

Bucaramanga, nuestra ciudad con nombre musical, como se lo oí a alguien recientemente, se alista para festejar sus cuatrocientos años de tránsito constitucional. Una historia que empezó con la conformación de un caserío de indígenas, y que hoy se tiene por una de las cinco ciudades más importantes de Colombia. Fiel al trazado de mi comportamiento, nos propusimos que la Universidad Industrial de Santander, nuestra UIS, esta UIS que tanto queremos, también adoptara el buen hábito de madrugar. Es por esto que nos anticipamos a la celebración de la comarca con este libro que, como ya es tradición, cada año resume y entrega en sus páginas la esencia y el alma de la Institución, desde la perspectiva de la región. En esta oportunidad, por supuesto, el tema es el aniversario de nuestra ciudad capital.



La manera como se aborda el libro pasa por tres perspectivas, de forma que, al terminar de leer la última de sus páginas, la conclusión es que llegamos a la meta apelando al desarrollo de diferentes estilos de escritura. Es el caso, por ejemplo, de la crónica urbana, desde la perspectiva de María Cristina Úsuga Soler, historiadora UIS, cuyas líneas resultan ser poesía, y César Augusto Almeida Remolina, a quien por décadas hemos conocido como «Kekar», caricaturista y hombre de a pie que anda y desanda por mil lugares, un narrador de historias que, con especial habilidad, tiñe de humor e ironía sus textos para darnos el placer de una lectura amena y llena de apuntes. Cada una de las letras de estos cronistas logra, de una manera mágica, poner a sonar las campanas de nuestra memoria.

Un segundo abordaje se hace desde la perspectiva de un destacado grupo de columnistas y líderes de opinión, quienes, a partir de sus saberes y

especializaciones, nos brindan la visión de ciudad, tanto en la dimensión de los tiempos pretéritos como en la prospectiva del futuro.

Contamos entonces con las letras de Félix Jaimes Lasprilla, ingeniero civil UIS y destacado planificador urbano, quien nos proyecta la visión de esa ciudad que tanto soñamos y anhelamos construir. Asimismo, contamos con la pluma de la economista Consuelo Ordóñez de Rincón, quien por años nos acompañó como catedrática en la Universidad, y que, gracias a su experticia y al conocimiento que ha alcanzado sobre el territorio, nos lleva a reflexionar sobre las prioridades que hoy deben tenerse sobre la mesa a la hora de pensar un escenario futuro de ciudad. Finalmente, Álvaro Beltrán Pinzón, egresado y exrector UIS, exgobernador de Santander y reconocido empresario urbanizador, hace un recorrido sobre la magia y las pericias que se sucedieron en el desarrollo urbanístico de la ciudad.



Así mismo, dentro de los ámbitos especializados determinantes en esta selección de invitados, no podían dejarse pasar el conocimiento y la experiencia de la ingeniera industrial UIS Nívea Santarelli Franco, líder en la construcción de tejido empresarial en la ciudad y conocedora de los vericuetos de la economía regional. Para abordar el tema de la educación, columna vertebral de la cimentación de una sociedad, nuestra invitada es la filósofa Blanca Inés Prada Márquez, profesora pensionada UIS, a quien reconocemos como un faro del buen hacer de la docencia. Prada Márquez sostiene un indeclinable compromiso por mantener una mirada siempre acuciosa y reflexiva.

La perspectiva político-administrativa de la ciudad no podría haber estado mejor interpretada que por la visión amplia del abogado, editorialista y catedrático UIS Eduardo Muñoz Serpa. En la esfera medioambiental, es difícil encontrar un perfil con una mirada tan completa

como la que, por décadas, ha construido y sostenido Jairo Claret Punte Bruges, ingeniero y profesor pensionado de nuestra universidad.

Temas de especial relacionamiento entre el analista y su oficio son los que aborda la directora de *Vanguardia* y abogada egresada de nuestra universidad Diana Saray Giraldo Meza, quien nos brinda la perspectiva del rol del periodismo desde la experiencia de esta casa editorial, que se reconoce como la más influyente del oriente colombiano. Otra mujer, trabajadora social UIS, y quien hoy ejerce como directora cultural en nuestra *alma mater*, Sandra Fabiola Barrera Ruiz, bandera visible de la dinámica artística y cultural de la región, nos sirve de guía para mostrarnos el panorama de la Bucaramanga cultural. El trabajo se complementa con el aporte del comunicador social César Mauricio Olaya Corzo, quien nos invita a conocer los escenarios que han visualizado el paso de las artes plásticas en nuestra ciudad motivadora de mil paisajes.

Para terminar, dos invitados especiales con temas muy relacionados con nuestro contexto. En el primer caso, Jhon Alexander Monsalve Flórez, egresado UIS y profesor de lenguaje e investigación social en nuestra institución, reflexiona sobre la visión y el futuro que anhelan nuestros jóvenes. En el segundo caso, el comunicador social Felipe Antonio «Pipe» Zarruk Diazgranados, de afinada pluma deportiva, comenta sobre la siempre esquiva y anhelada primera estrella para nuestro equipo del alma, el Atlético Bucaramanga.

El cierre de este libro, publicado en presente, pero pintado a partir de los arreboles de nuestro pasado cercano, lo dejamos en manos de algunos artistas invitados. Desde sus perspectivas creativas, y sin condicionamiento alguno —como deben ser la pincelada de un pintor y la obturación de un fotógrafo—, brindan estos artistas un regalo a la Ciudad Bonita a través de su arte.

Empezamos la presentación de los artistas plásticos y de sus trazos con la maestría y genialidad de Jorge Mantilla Caballero, el incansable creador que interpreta la luz de los hechos actuales en la obra *Cuando caen las estatuas*. Pasamos luego por la energía y la explosión de color que identifican el trabajo pictórico de Clemencia Hernández Guillén.

En otro de esos regalos que no dejan de sorprender, ubicamos la obra del maestro Zambrano Molina, nacido en San Vicente de Chucurí, y quien alcanzó alto reconocimiento en Venezuela, a partir del abordaje de los verdes que identificaron una obra a la usanza de los pintores antiguos; esto es, de frente a los paisajes que los inspiraban.

Y hay una línea del arte que los expertos han llamado naïf, comprendida como una expresión de lo primario, de lo sensible y espiritual, que no requiere la escuela para cumplir su cometido de hacernos vibrar con su esencialidad, como es lo que ocurre con la obra de Pablo Hernández y sus remembranzas sobre los juegos que fueron la chispa de nuestra alegría infantil: el trompo, las cometas, el carro de balineras, el yax y el hula-hula, entre otros.

Ahora bien, como lo anticipaba, destacados fotógrafos también han aportado sus regalos a esta celebración. Empezamos presentando a las mujeres tras la lente: Martha Patricia Cabrales Guzmán, fisioterapeuta UIS y reconocida fotógrafa de aves, nos comparte algunos de los «tesoritos alados» que adornan los parques de la ciudad; mientras que la joven diseñadora gráfica Mónica Almeida Ardila se suma a estas páginas rindiendo un homenaje a la belleza de la mujer nacida en estas tierras.

En cuanto a los caballeros, contamos con la participación del reportero gráfico Marco Valencia, quien ha escogido algunas de sus fotografías de su amplio kárdex de instantes del diario vivir, para mostrarnos la ciudad que solo los ojos del fotógrafo de prensa logran hacer visible.





Holguer López Toscano, experto en el arte de captar imágenes, nos brinda una valiosa compilación de sus mejores registros sobre el acontecer de nuestro Festival Internacional de Piano, evento magno de la cultura musical en nuestra ciudad, y el más importante de su tipo en el país. En esa misma línea documental, Saúl Meza Arenas, ingeniero metalúrgico y profesor pensionado UIS, nos comparte dos facetas de su trabajo: su habilidad para retratar las almas y su creatividad como gran dominador de la luz.

Para terminar este homenaje visual a la Señora Bucaramanga, el director de fotografía, diseñador gráfico y fotógrafo de alta moda Ernesto Navarro corrobora el porqué para un artista de la luz la escogencia de escenarios de impensable cotidianidad de la ciudad brinda la opción de lograr una verdadera joya visual.

Concluimos la presentación de este primer regalo editorial, que desde la Universidad Industrial de Santander entregamos a la ciudad de Bucaramanga como abre bocas de la celebración de su cuarto centenario, destacando el trabajo del comunicador social y fotógrafo César Mauricio Olaya Corzo, quien ha engalanado sus páginas con espléndidas imágenes. De la misma manera, subrayamos la elegancia y la pulcritud que define la meticulosa labor de diseño desplegada por Olga Lucía Figueroa Villamizar.

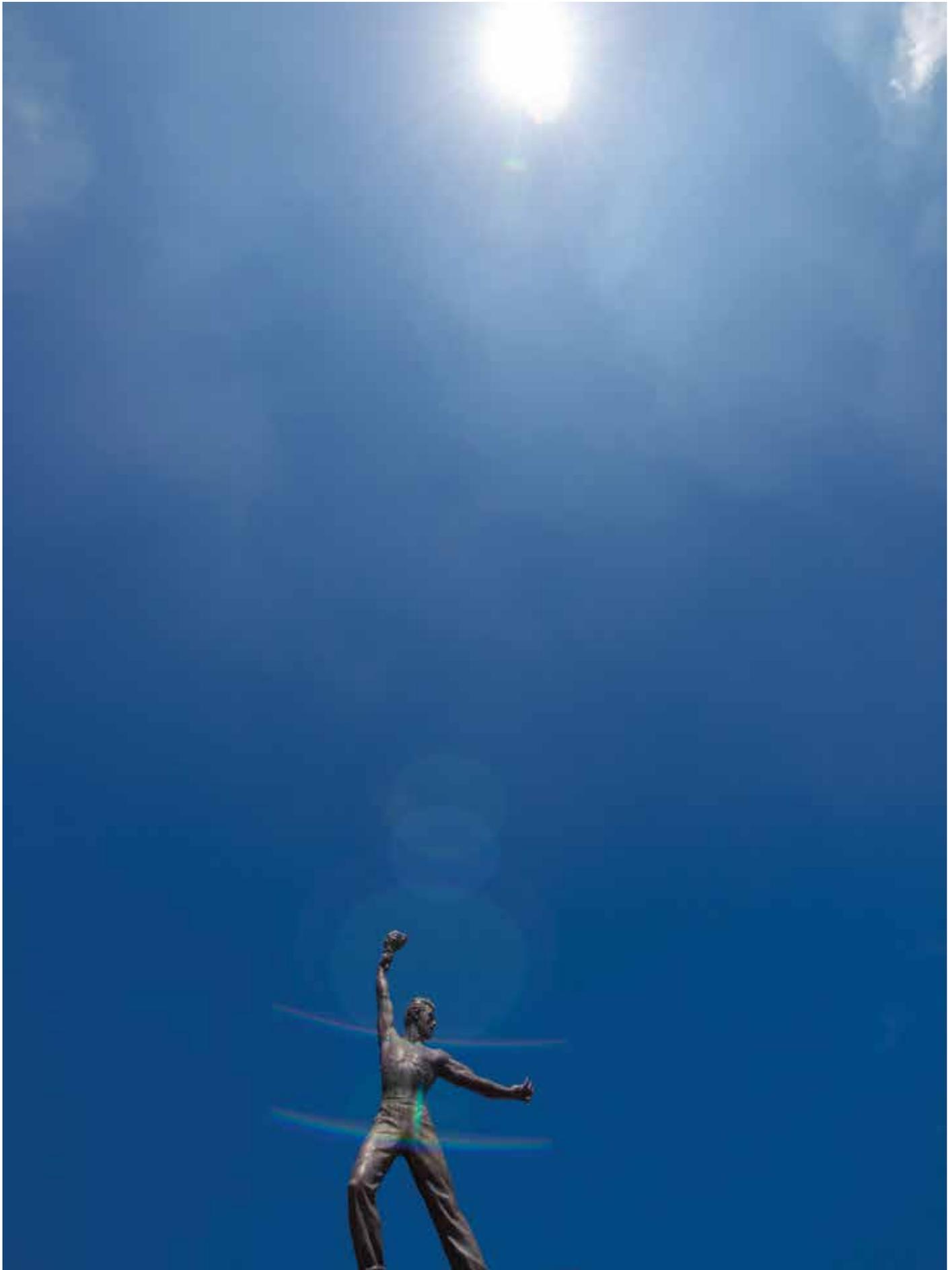
Estimado lector: este libro cuenta con el sello editorial UIS, y hace parte de la serie sobre temas regionales que venimos desarrollando con especial esmero y cuidadoso detalle desde el año 2017. Partiendo de la concepción misma del proyecto, pasando por la revisión minuciosa y la edición de sus textos, hasta la impresión de la última de sus líneas, la encuadernación y el empaquetamiento final, es un producto que ha sido soñado y desarrollado en nuestra universidad, contando con la activa participación de la División de Publicaciones y el compromiso y la pasión de muchas otras tantas personas y dependencias institucionales.

Esperamos que disfrute la lectura de estos textos y que, a partir de este recorrido visual y de la memoria que le proponemos por diversos escenarios y desde múltiples miradas, nos reencontremos con esa particular característica que por años le dio nombre a nuestra urbe como la Ciudad Cordial de Colombia.

Estos son, pues, los arreboles de una visión de nuestra ciudad, que, como ellos mismos se nos ofrecen en esa maravillosa plataforma que es Bucaramanga, «la Puerta del Sol de Santander», son caprichos, instantes, regalos de luz y de color. Queremos que usted, apreciado lector, se deje conducir y sorprender por estos arreboles, con la plena certeza de que este libro es un regalo del alma para los bumangueses, a la altura de los cuatrocientos años de esta querida capital metropolitana.



Hernán Porras Díaz
Rector UIS





Afterglows and memories

For as long as I can remember, the habit of getting up early has been a constant in my daily life. I get up early because of discipline, because I am conscious of making the most of my time, because of the habit of living up to the words of my elders, when they insisted: “The early bird catches the worm”. Finally, I get up early because of that special enchantment that embraces each of those magical moments of the awakening of nature: the extraordinary concert of birds and the wonderful way the city looks when it begins to be painted with light. It is an unparalleled experience that is only imprinted in the soul, and that remains alive in the memory even when occupations manage to counteract the good energy that is received in any of the beautiful beginnings of the day that our land gives us.

Bucaramanga, our city with a musical name as I heard from someone recently, is getting ready to celebrate its 400 years of constitutional life. A history that began with the establishment of an indigenous village, that nowadays is considered one of the five most important cities in Colombia. True to the nature of my character, I proposed that Universidad Industrial de Santander, our UIS, this UIS that we love so much, also adopted the good habit of getting up earlier. That is why we are getting ahead of the city’s celebration with this book, that as has become a tradition, summarizes each year on its pages the essence and soul of the Institution from the standpoint of the region. In this opportunity, the topic is the anniversary of our capital city.

The way this book is approached under three perspectives, so that when the reader finishes the last page, the conclusion is that we reached our goal by developing different writing styles. That is the case of urban chronicle, for instance, from the perspective of Maria Cristina Úsuga Soler, UIS historian whose lines turn out to be poetry, and César Augusto Almeida Remolina whom we have known for decades as «Kekar», a cartoonist Caricaturist and journeyman who walks and wanders through a thousand places, a storyteller who, with special skill, tinges his texts with humor and irony to give us the pleasure of a pleasant reading, full of notes. Each of the letters of these chroniclers manages, in a magical way, to ring the bells of our memory.

A second approach is made from the point of view of a notable group of columnists and opinion leaders who bring us the vision of city from their knowledge and specialties, on the dimensions of both the past time and the prospective of the future. We have then the letters of Félix Jaimes Lasprilla, UIS civil engineer and prominent urban planner, who projects the vision of the city that we dream and yearn to build. We also have the pen of economist Consuelo Ordóñez de Rincón, who for years accompanied us as a professor at the University, and who, thanks to her expertise and the knowledge she has gained about the territory, leads us to reflect on the priorities that must be on the table today when thinking about a future scenario for the city. Finally, Álvaro Beltrán Pinzón, UIS graduate and former rector, former governor of Santander and renowned businessman and urban planner, takes a look at the magic and expertise that went into the urban development of the city.

Likewise, within the specialized fields that are determinant in this selection of guests, we could not miss the knowledge and experience of UIS industrial engineer Nívea Santarelli Franco, a leader in the construction of the entrepreneurial framework in the city and a connoisseur of the intricacies of the regional economy. To address the issue of education, the backbone of the foundations of a society, our guest is philosopher Blanca Inés Prada Márquez, a retired UIS professor, whom we recognize as a beacon of good teaching. Professor Prada Márquez maintains an unwavering commitment to keep an always keen and reflective look.

The political-administrative perspective of the city could not have been better interpreted than by the broad vision of the lawyer, editorialist, and UIS professor Eduardo Muñoz Serpa. In the environmental sphere, it is difficult to find a profile with such a complete view as the one that, for decades, has been built and sustained by Jairo Claret Puente Bruges, engineer and retired professor at our university.

Diana Saray Giraldo Meza, director of Vanguardia and a lawyer graduated from our university, addresses issues of special relationship between the analyst and his profession, giving us the perspective of the role of journalism from the experience of that publishing house, which is recognized as the most influential in the eastern part of Colombia. Sandra Fabiola Barrera Ruiz, another woman, a UIS social worker, who today serves as cultural director at our alma mater, is a visible figure of the artistic and cultural dynamics of the region and serves as a guide to show us the panorama of cultural Bucaramanga. The work is complemented by the contribution of the social communicator César Mauricio Olaya Corzo, who invites us to know the scenarios that have displayed the passage of the plastic arts in our motivating city of a thousand landscapes.









Finally, two special guests with topics closely related to our context. In the first case, Jhon Alexander Monsalve Flórez, UIS graduate and professor of language and social research at our institution, reflects on the vision and the future that our young people yearn for. In the second case, the social communicator Felipe Antonio “Pipe” Zarruk Diazgranados, with a fine sports pen, comments on the always elusive and longed-for first star for our heart and soul soccer team, Atlético Bucaramanga.

We leave the closing of this book, published in the present, but painted from the reddish skies of our near past, in the hands of some guest artists. From their creative perspectives, and without any conditioning -as a painter’s brushstroke and a photographer’s shutter should be-, these artists offer a gift to the *Ciudad Bonita* through their art.

We begin the presentation of the plastic artists and their strokes with the mastery and genius of Jorge Mantilla Caballero, the tireless creator who interprets the light of current events in his work *When statues fall*. We then go through the energy and explosion of color that identify the pictorial work of Clemencia Hernández Guillén.

In another of those gifts that never cease to surprise, we find the work of master Zambrano Molina, born in San Vicente de Chucurí, who achieved wide recognition in Venezuela, from the approach of the greens that identified a work in the style of the ancient painters; that is, facing the landscapes that inspired them.







And there is a line of art that experts have called naïf, understood as an expression of the primary, of the sensitive and spiritual, which does not require schooling to fulfill its mission of making us vibrate with its essentiality, as is what happens with the work of Pablo Hernández and his remembrances of the games that were the spark of our childhood joy: the spinning top, the kites, the roller-bearings cart, jacks and the hula hoop, among others.

as anticipated, prominent photographers have also contributed their gifts to this celebration. We begin by introducing the women behind the lens: Martha Patricia Cabrales Guzmán, UIS physiotherapist and renowned bird photographer, shares with us some of the “winged treasures” that adorn the city’s parks, while the young graphic designer Mónica Almeida Ardila joins these pages paying tribute to the beauty of women born in these lands.

As for the gentlemen, we have the participation of photojournalist Marco Valencia, who has chosen some of his photographs from his extensive portfolio of everyday moments, to show us the city that only the eyes of the press photographer can make visible.

Holguer López Toscano, an expert in the art of capturing images, offers us a valuable compilation of his best pictures of our International Piano Festival, the most important event of musical culture in our city, and the most important of its kind in the country. In the same documentary line, Saúl Meza Arenas, metallurgical engineer and UIS retired professor, shares with us two facets of his work: his ability to portray souls and his creativity as a great master of light.

To end this visual tribute to *Señora Bucaramanga*, the director of photography, graphic designer and high fashion photographer Ernesto Navarro corroborates why for an artist of light the choice of unthinkable scenarios of everyday life in the city offers the option to achieve a true visual jewel.



We conclude the presentation of this first editorial gift from Universidad Industrial de Santander to the city of Bucaramanga as an appetizer of the celebration of its fourth centenary, highlighting the work of social communicator and photographer César Mauricio Olaya Corzo, who has adorned its pages with splendid images. Likewise, we emphasize the elegance and neatness that defines the meticulous design work of Olga Lucía Figueroa Villamizar.

Dear reader: this book has the UIS editorial seal and is part of the series on regional themes that we have been developing with special care and careful detail since 2017. Starting from the very conception of the project, through the careful review and editing of its texts, to the printing of the last of its lines, the



binding and final packaging, it is a product that has been dreamed up and developed in our university, counting on the active participation of the Publications Division and the commitment and passion of many other people and institutional dependencies.

We hope you enjoy reading these texts and that, from this visual tour and the memory that we propose through different scenarios and from multiple points of view, we find ourselves again with that particular characteristic that for years gave name to our city as the Cordial City of Colombia.

These are then the afterglows of the vision of our city. They offer themselves in this wonderful pallet that is Bucaramanga, "the Sun Gate of Santander". They are whims, instants, gifts of light and color. We want you, dear reader, to let yourself be led and surprised by these glows, with the full certainty that this book is a gift of the soul for the people of Bucaramanga, at the height of the four hundred years of this beloved metropolitan capital.


Hernán Porras Díaz
Rector UIS

Translated by: Pablo Ernesto Reyes



I



Santanderella amadorinconiana
Orquídea endémica de Bucaramanga
Fotografía: Holguer López T.

LA CIUDAD NARRADA







Los tiempos de la cometa

César Mauricio Olaya

*Cuanto deseo porque perdure mi vida,
que se repitan felices tiempos sentidos:
el primer trago a escondidas, mi primera novia en olvido.
Ya mi juventud declina al compás de tiempos idos.*

(“Tiempos de cometa”, Fredy Molina)

El título y la letra de este paseo vallenato son necesariamente un pasaporte directo a atravesar el espejo de Alicia en busca del País de las Maravillas, que no es otra cosa que el universo de nuestros recuerdos, de nuestra memoria vivida. Y es esta precisamente la tarea emprendida en este libro, a través de las crónicas de María Cristina Úsuga y de César Augusto Almeida –«Kekar»—: la de invitar a los lectores que a su manera hicieron parte de ese sentirse bumangueses a que emprendan su propio viaje en los trazados inmersos de la memoria, a que revivan esos tiempos de la cometa, donde serán muchas las coincidencias que se vivifiquen.

Una famosa miniserie de televisión basaba su historia en el reencuentro de tres hermanos, todos coincidentemente llamados Victorino, cuyas vidas están predestinadas a reencontrarse en un desenlace poco grato. Este guion podría servir de referencia a lo que traduce nuestra ciudad para muchos de quienes tuvimos el privilegio de tenerla como patria chica y llevamos el nombre común de bumangueses. Todos terminamos teniendo un punto común de convergencia, y de alguna manera compartiendo ya no solo un territorio, sino muchas historias comunes que se cruzan en los caminos de una vida quizá pletórica de glorias, felicidades, celebraciones, amores y aciertos. A los bumangueses el destino nos señaló el haber tenido que fraguarnos un camino de espinas, edificando un universo de supervivencia con tesón, aguante, desazón, tristezas, penurias y una alta dosis de creatividad para vencer la adversidad.



- Los sueños de la cometa son los sueños de lo vivido, de la alegría y de la nostalgia, de la sonrisa a flor de encuentro y también de las despedidas.

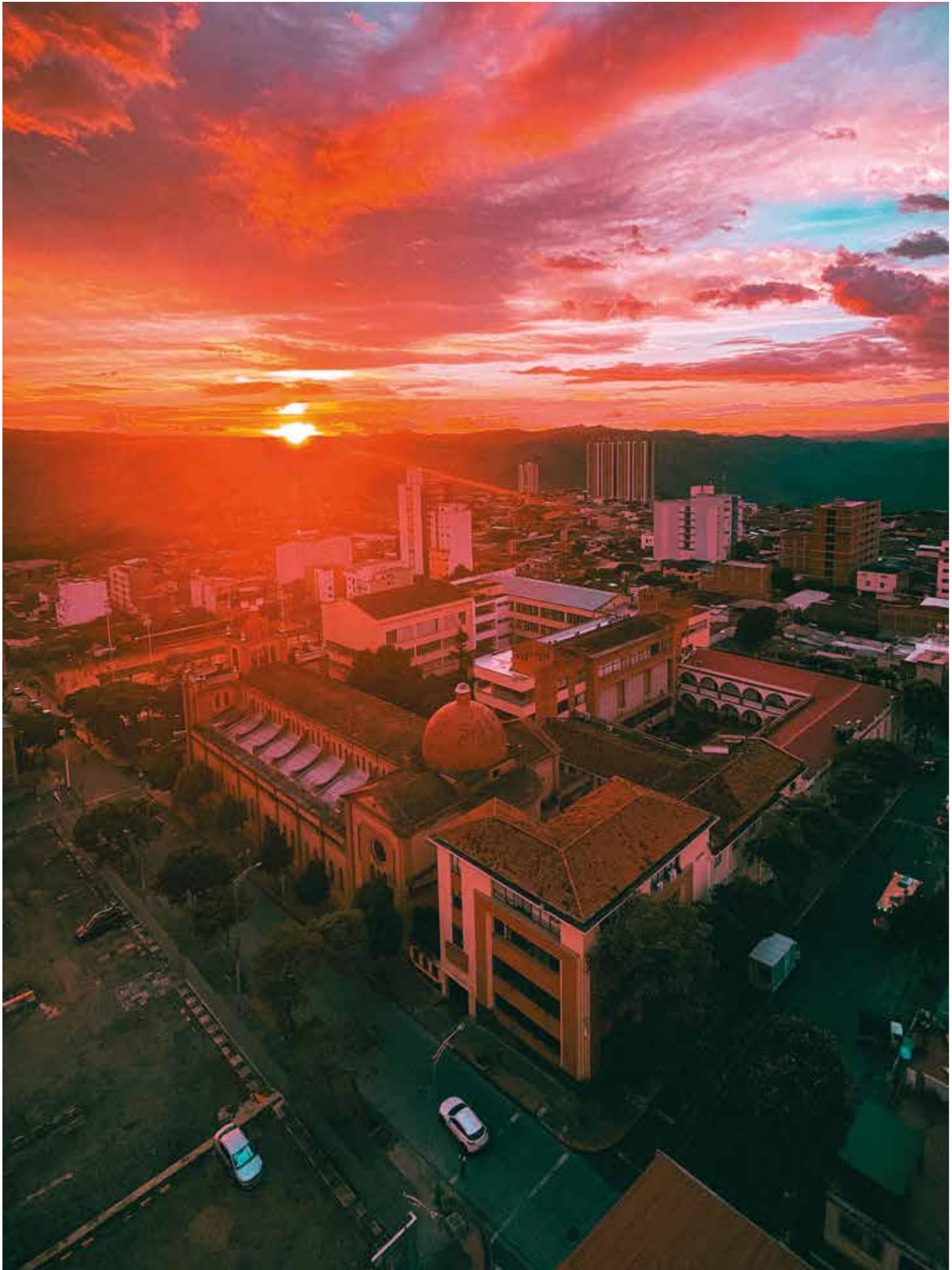
Cuando se lean las páginas de estas crónicas, se transitará por ese puente urbano de largo trazado, y por él veremos desfilar muchos protagonistas que nos serán comunes, y con quienes, en el infinito de los espacios compartidos, despertarán muchas invitaciones a un viaje tácito por la nostalgia: el viaje de los tiempos de la cometa.

Volveremos con certeza a ser niños y vendrán a colación las salidas dominicales al Aeropuerto Gómez Niño para ver despegar los aviones de ruidosa y al tiempo mágica presencia; el paseo de olla a las vegas del entonces aún limpio y torrentoso río Girón; las tardes de juego y encuentros en cualquiera de los parques que se multiplicaban por toda la ciudad, y en ellos las famosas glorietas (*round points*), con sus fuentes luminosas de la Puerta del Sol y el Mesón de los Búcaros, y, por supuesto, el premio al buen comportamiento que se tasaba con un raspado, un algodón de azúcar o una papas fritas en cucurucho de papel.

Es probable que a nuestra memoria vuelvan las visitas al almacén Tía, donde se conseguían tanto las maras como las pelotas de letras de justo y perfecto

diseño para el juego del quemado. A la salida, el encuentro con los fotógrafos que nos cazaban con sus retratos de calle, que luego se recibían en el respectivo visor que multiplicaba, al mejor estilo de pantalla óptica, la imagen robada en las calles de la ciudad.

La memoria nos trasladará por las aulas de clase, donde muchos indisciplinados recibimos el respectivo reglazo en la palma de la mano. Recordaremos que existían distintos tipos de instituciones educativas: los liceos de barrio, donde los maestros eran prácticamente vecinos; las escuelas públicas, que tenían fama por ser muy estrictas en exigencia académica, y los colegios famosos, como El Santander, el Salesiano Eloy Valenzuela y el Tecnológico Dámaso Zapata, todos ellos para varones, y para las mujeres el Pilar y el Goretti. En el ámbito de los colegios privados, cobraban relevancia el San Pedro Claver, La Salle y el Virrey Solís, para los niños; y Las Pachas, La Presentación, La Merced y las Bethlemitas, para las niñas. En fracción aparte, el sueño de todos los que odiábamos los uniformes y las reglas: el Instituto Caldas, paradigma de la libertad.





Bendita juventud

El tránsito por los años de mocedad se hará por estadios evolutivos, donde cada peldaño ascendido será una ganancia en la carrera por sentirnos mayores. Una carrera por entrar a la película para adultos del Rosedal o el Sotomayor, por fumar los primeros Piel Roja y por tomar los primeros tragos de Superior.

En esta instancia vendrán los primeros amores, la conquista, previo helado de copa en el salón de onces Nathaly o en el segundo piso del Tupac. La ida a las discotecas y bares de moda, que por entonces llevarían nombres de hecho bien curiosos: el Toro Sentado, Pussycat, La Tortuga o la Taberna Alemana. Cito los que me llegan a la memoria de lo vivido, pero obviamente dejo que otros nombres ocupen su lugar en la correspondiente fracción de memoria de los lectores.

De esos tiempos de la cometa, hay que hacer extrapolación a la vida cotidiana de una ciudad donde no existían los grandes centros comerciales que hoy son el imán de miles de habitantes de nuestra urbe. Entonces la plaza de mercado era el centro no solo del comercio y el surtido de las mesas, sino del encuentro de comadres y del chisme del día. La ciudad se movía en buses urbanos, y bastaba con leer el amplio cartel que sobresalía sobre el panorámico, para tener certeza de la ruta que nos correspondía tomar. Recuerdo algunas de ellas, como Carrera 27, Terrazas, Morro, Unidos, Álvarez Restrepo, o la buseta color violeta que se identificaba como UNAB, y una de las más populares, la famosa ruta Igsabelar.

Ciudad de clubes sociales y de canchas de bolo y de tejo, donde los correspondientes Victorinos pasaban sus tiempos de ocio y de compinche. La ciudad donde el fútbol lo jugaban los más chicos en campeonatos

de banquitas, donde la cancha eran las mismísimas calles de muy escaso uso vehicular, y los mayores disputaban los campeonatos en las clásicas canchas de fútbol de Mejoras Públicas, Campo Hermoso y la mítica Cancha Marte.

La Bucaramanga de antaño, donde era común tener encuentros a veces simpáticos y otros de alto riesgo con los llamados locos y bobos de pueblo, entre los que habría que mentar a los bravos con sus apodos: Cucaracha, Va a Llover y Satélite; a los amables, como Mimimota y Mamatoco; a los que de bobos o locos no tenían nada, como Cachitas, y, claro está, a Marujita, el primer homosexual abiertamente declarado en la ciudad.

Y si a tradiciones nos vamos a referir, nada evidenciaba más el espíritu provinciano que nos abrigó hasta no hace mucho tiempo que las prácticas referidas a las fiestas religiosas, los días patrios y las celebraciones de carnestolendas trasladadas al mes de septiembre. En lo que corresponde a las primeras, no había Navidad sin pólvora, juego de aguinaldos, misa de gallo, levantada de globos, estallido de *martinicas* y de pañoletas. La Semana Mayor se cubría con guarda, reflexión y vigilia; la tradición ordenaba la visita a los siete monumentos y la debida penitencia con el ascenso a Morrórico. Por último, la fiesta septembrina pasaba obligatoriamente por los bailes de caseta y el disfrute de los caballos y la ganadería de alta gama en el barrio La Feria.

Elucubraciones mayores

Y la ciudad se hizo mayor. Los recuerdos del paso de los años pasan más por el tamiz de la añoranza de los idos que por la alegría o el orgullo de los presentes. El crecimiento urbano es imparable, y los pueblos vecinos que en su momento fueron lejanos sitios de paseo comienzan a volverse cercanos, demasiado cercanos. Se traza la autopista, se construye primero el viaducto García Cadena que une la meseta donde se levanta la todavía apacible villa con los extensos cañaverales que cubren como tapete el otro lado



de la quebrada La Iglesia, que en cuestión de años se remplazan aceleradamente por nuevos barrios, conjuntos residenciales y el primero de los centros comerciales que sirve de ancla para que a su alrededor se teja un nuevo eje de desarrollo urbano, ya en tierras metropolitanas de la vecina Floridablanca.



Al oriente de la ciudad, el otrora impactante cinturón verde que rodeaba la ciudad comienza a verse manchado de color ladrillo, y otros barrios se cuelgan de la montaña. Lo propio sucede al occidente con la salida del Aeropuerto Gómez Niño, y la construcción de uno moderno en los territorios de Lebrija, exactamente en la extensa meseta que un siglo antes había sido el campo de batalla de la cruenta batalla de Palonegro, que selló para siempre los destinos de un proyecto federalista para nuestro país. En el lugar de las pistas que se entrecruzaban, nacen decenas de proyectos urbanos bajo la amplia nominación de Ciudadela Real de Minas.

Más hacia el norte y el noroccidente, inicia el desaforado crecimiento de los barrios obreros y populares, que son antecedidos por las llamadas invasiones, y con ellas se evidencia el gran problema urbano de la erosión, que a paso galopante amenaza con tragarse la ciudad. Allí se hace necesario desafiar la misma naturaleza, recurriendo a la canalización de las quebradas de la ladera, cuyas aguas discurren en busca del cauce del Río de Oro, con el cruel agravio de convertirlas en verdaderas cloacas, por obra, gracia y dispensa de la llamada modernidad.

Curiosamente, es en las dos últimas décadas del siglo pasado cuando la ciudad, ante los ojos del país, comienza a ser vista como modelo de desarrollo, y del sombrero del mago surgen nominaciones como Ciudad de los Parques, Ciudad Bonita o Ciudad de la Alegría. Para bien o para mal, estas publicitadas menciones le configuran una marca ciudad que la ubica como centro de oportunidades. Una importante migración desde distintos lugares del país comienza a tener como presente ese gran vivero, y la ciudad se dispara en urbanismo, nuevas vías, servicios públicos, centros comerciales y un abanico de anzuelos que le cambian la cara a la apacible villa, y de los rostros de todos conocidos no queda sino la memoria.

Volviendo a la historia inicial de los Victorinos, recordemos el profético anuncio de que cuando Victorino se encuentre con Victorino y Victorino con el otro Victorino, caerá el telón y una historia distinta empezará a hilarse. ¿Estaremos asistiendo a ese encuentro? El hilo de la trama habrá de seguir, y quizá en unos años, cuando algún lector desprevenido relea estas letras, podrá encontrarle final desde su presente.

Por el momento, que se abran los bastidores, y que la función continúe. Usted, lector, tiene en sus manos veinte crónicas escritas bajo la luz del presente, pero con la tinta de todos los tiempos y la letra bien trazada en los reglones de la nostalgia.







De «¡Firmes, Cachirí!» a Botero

César Augusto Almeida R.

La primera escultura que vio la luz en la meseta de Bucaramanga fue un monumento clásico en homenaje a José Custodio Cayetano García Rovira. Fue una obra del artista alemán Xavier Arnold, quien la elaboró en su país, y antes de llegar a este territorio, tuvo que pasar por tantas peripecias, enclaustramientos y bodegajes, que lo único que la salvó del martirio fue su material, el bronce, mezcla de cobre y estaño resistente a los soles caniculares, las tempestades y las palomas impertinentes e irrespetuosas.

El motivo de tanto vaivén de la figura por tierra y luego por mar fue el gasto, a principios del siglo xx, de la escandalosa suma de 10.000 pesos en la adecuación de la antigua plaza de mercado semanal en un parque que llevaría su nombre. No quedó dinero para traerla desde Europa, y este espacio se inauguró sin la obra, que demoró ocho años en instalarse.

En su largo discurrir por el océano Atlántico a este prócer santandereano lo llamaban jocosamente «el Navegante», pues en su postura de pie en el barco que lo mecía, pero no lo mareaba, siempre estuvo con su brazo izquierdo y su dedo índice extendidos, señalando el horizonte infinito del mar en toda su larga trayectoria. Después, ya dispuesto en su pedestal en el centro de la plaza, con ese mismo gesto ordenaba a sus tropas avanzar sin rodeos y con firmeza temeraria con dos palabras que hacen parte de la leyenda, pues de su boca jamás salió ese grito atronador: «¡Firmes, Cachirí!». Ya es sabido que para engrandecer aún más a los héroes los ponen a decir frases gloriosas y hasta ramplonas.



Lo cierto es que en Cachirí, un sitio más allá de Matanza y Suratá, en Santander, Custodio García Rovira padeció una de las más grandes derrotas contra los centralistas —él era federalista— en las guerras fraticidas del siglo XIX. García Rovira vivió solamente 36 años. Fue llamado «el Estudiante», y después de que lo fusilaron en Santafé por revoltoso, fue elevado al rango de «el Estudiante Mártir». Su corta vida y sus largas jornadas heroicas están en manos de los extensos compendios de los historiadores.

Pero volvamos a la escultura ahora rodeada de palmeras que casi se tocan con el sol y que fue inaugurada en las épocas del gobernador Peña Solano, rodeada en ese tiempo de un pequeño jardín y cercada por una verja de hierro. Hoy observamos con atención fervorosa las pequeñas escalinatas que nos acercan al pedestal de piedra calcárea y mármol italiano de Carrara; el cóndor de alas desplegadas que los niños tratan de agarrar en ejercicios acrobáticos; la figura a contraluz con sus botas ajustadas; su espada marcial en su mano derecha, y su arrogante pose de héroe bien avenido. Al observarla entendemos el porqué de este reconocimiento justo. Se trató de la primera obra artística puesta en un espacio público en la ciudad.









Siguiendo con este recorrido por donde permanecen obras de arte escultóricas en sitios públicos, notamos que hay obras elevadas de tipo clásico, académico, como las de Gómez Castro, todas de bronce, material poco maleable que resulta de una amalgama de metales. El Parque de los Niños lo preside desde siempre José Antonio Galán, en una actitud guerrera, con su boca abierta en un estallido de fiereza volcánica, con una pierna visiblemente musculosa echada hacia atrás, la otra doblada ampliamente hacia adelante, presta al ataque, y un brazo con la antorcha, la llama de la revolución. Allí se sugiere la encarnación de la frase «ni un paso atrás, siempre adelante, y lo que fuere menester que sea», de Galán, y que el escultor supo interpretar magistralmente a su manera. Galán es allí un dóberman bípedo.

La luz del parque Bolívar nos recibe mostrándonos los pasajes que convergen en un monumento al Libertador, en una actitud jamás vista, con una capa de héroe tropical inmensa que más que eso es una sotana de arzobispo recogida a manera de minifalda, un vestuario estrafalario pero digno, y su rostro más apaciguado mirando al frente por entre las sombras y la luz de las hojas de los árboles circundantes. Es de una solemnidad estática de guerrero en descanso. Detrás, de pie, muy erecta, la Dama de la Justicia, con su espada vertical sobre el abdomen, parece ser una protectora inamovible más del general Bolívar. Otra obra más de Carlos Gómez Castro.

El *Monumento a los fundadores*, en el costado occidental del edificio de la Alcaldía, es una conjunción enrevesada de tres protagonistas: un cura evangelizador de la Colonia con una Biblia abierta, un conquistador de rodilla en tierra con su ropaje metálico protector de las flechas de los aborígenes, y uno de ellos a su lado, posando en una franca camaradería difícil de asimilar. Al parecer el primero irá a celebrar misa, los segundos a tratar de matarse entre ellos, y luego los tres se irán a jugar billar.

El *Bolívar ecuestre*, escultura a la que muchos extraviados de la historia reciente llaman «el Caballo de Bolívar», se encuentra en los alrededores de la UIS, también protegida con palmeras. En un acercamiento desde abajo se ve la portentosa herradura de la pata delantera derecha de la cabalgadura de Bolívar. Su posición de esbelta nobleza es lo más resaltante de esta obra de autoría del español Emilio Laiz Campos, elaborada en Caracas e instalada el 14 de abril de 1961, y que ha sido por años compañía de muchos estudiantes alborotados que hasta capucha le pusieron. Otra maestría representante del clasicismo. El fiel Palomo, no blanco sino cobrizo, creo que tiene un balazo en un ojo; no sé si resultado de las guerras de Independencia o de los despiporres que se arman hoy día en sus alrededores.

■ Página anterior:

Izquierda: *Bolívar Cívico*, realizada por el artista bumangués Carlos Gómez Castro y fundida en Lima, Perú.

Derecha: Escultura en homenaje a Custodio García Rovira, autoría del alemán Xavier Arnold.

Derecha: *Bolívar Ecuestre*, autoría del español Emilio Laiz Campos.





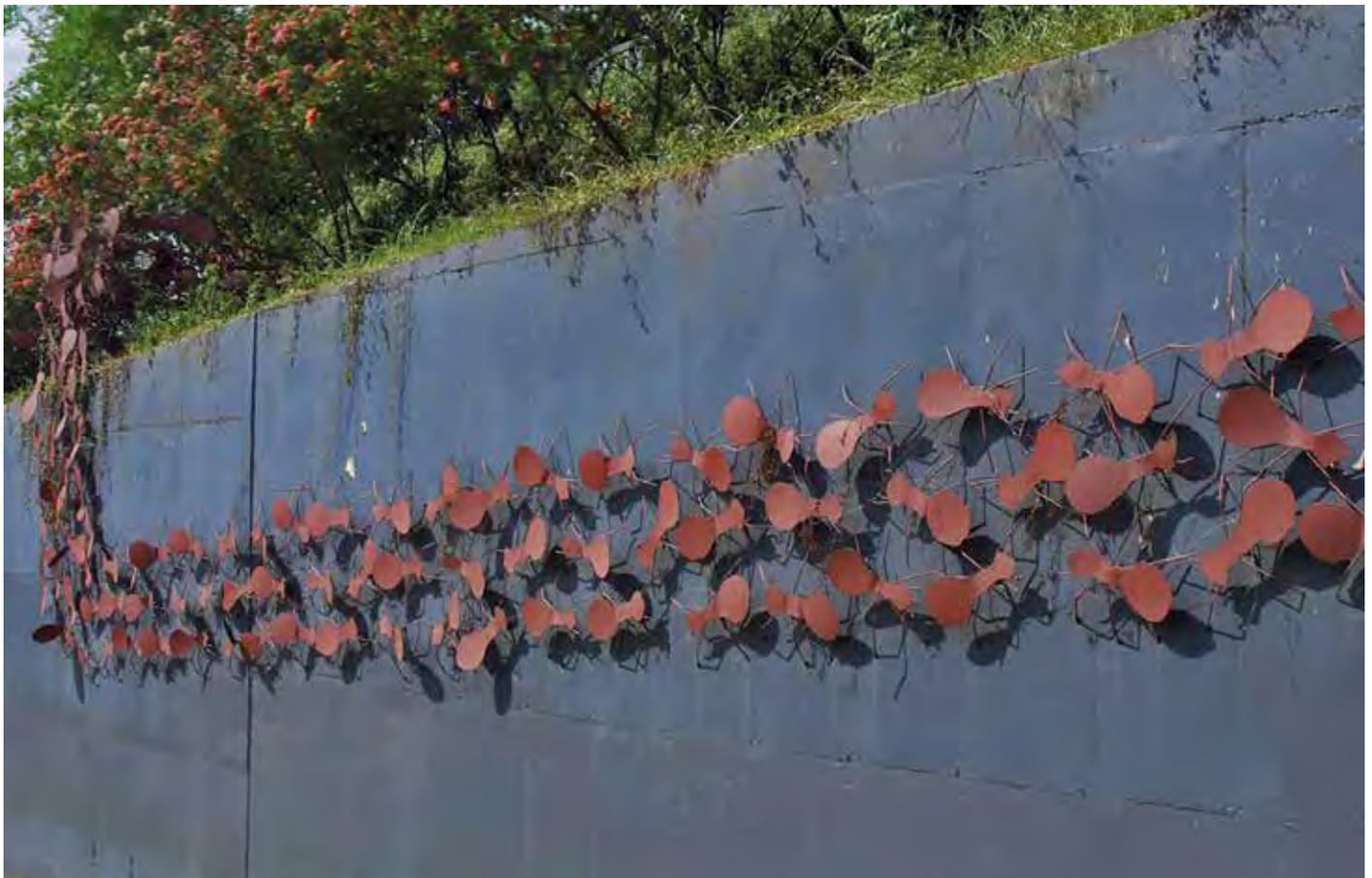


Guillermo Spinoza, bumangués, representante de la nueva ola de la pintura y la escultura, inventó por segunda vez la rueda, y con ese mismo material instaló dos obras en una plazoleta de la Alcaldía. Una con una abertura plana y la otra en sierra. Como están ubicadas perpendicularmente y no enfrentadas, de todas maneras, parecen el viejo juego electrónico del Comegalletas. Otras obras de don Guillermo son *El clavijero*, a mi manera de ver, magistral, pues las clavijas están en postura asimétrica, una creación portentosa de la estética. *El camino*, con 1200 hormigas en hierro forjado dispuestas en curvas y enclavadas en concreto, que han sido cambiadas de sitio por la ampliación de los carriles de la autopista a Floridablanca. Y no se cambiaron caminando, con esa torpeza presurosa de las hormigas de que hablaba Mark Twain, sino cargadas en una furgoneta.

- Las esculturas adornan, pero más allá de su valor estético, ofrecen información. Sin embargo, en ocasiones es el mismo público quien termina por brindar su propia versión.

Arriba: El nombre original de la obra es *Ruedas* y obedece al propósito que marcaba la obra del artista: apropiar objetos tradicionales y volverlos modelos de sus obras. Muchos nombres recibiría de la gente, pero «Monumento a la tajada» fue el que terminó por imponerse.

Página siguiente: *El Clavijero* y *Camino*. Así llamó el maestro Guillermo Spinoza a estas dos obras del espacio urbano; de la segunda, sabemos que la ciudad la llama «Las hormigas».





En el parque Santander está el Hombre de las Leyes, con su aire circunspecto de liberal inamovible, donde antes observaba a los niños de la calle bañarse empelotos frente a la Virgen Santísima, San José y el Niño Jesús, la llamada Sagrada Familia; cuando el alcalde de turno mandaba a encender las luces de la fuente luminosa y las palomas habituales de los parques se encargaban de adornar al ilustre prócer con sus desafueros intestinales. Ese parque tan central es el más pequeño de todos, pero es el sitio preferido de los lustrabotas, los fumadores de cigarrillo y los pensionados, que pasan las horas añorando sus días de trabajo y contándose anécdotas entre murmullos. Ahí permanecerá eternamente Francisco de Paula Santander, el general de Villa del Rosario, con su bigote rotundamente tieso.



Al pintor y escultor Máximo Flórez, que llegó a estas tierras desde su natal San Joaquín, los vándalos callejeros le descuajaron su escultura metálica *El cubo mágico*, hecha en cuadrículas pintadas con triángulos en rojo y negro que brillaron pocos años en el parque Sorzano —o San Pío—. La administración municipal no tuvo reparos en no repararla, y envió una cuadrilla de jinetes con credenciales oficiales armados de porras y sopletes, con la finalidad de rematarla. Sus restos mortales no eran mirados ni por los recicladores, y muchos años después el maestro Flórez Ramírez todavía llora de desconsuelo, y para aplacar la pena se zampa seis tragos triples de cualquier menjunje aromatizado.

El payanés Edgar Negret, cabeza visible del arte contemporáneo, nos dejó en la plaza Galán su propio testimonio del magnicidio. Una gran lámina de metal doblado y oscuro le hace sombra al pequeño colorido de tres figuras geométricas esparcidas como mariposas extraviadas; tal vez son la luz de la esperanza entre la sombría noche del pasado y el presente.





El pamplonés Eduardo Ramírez Villamizar dejó su legado en la ciudad, algunas veces como parte del espacio público, como sucede con la obra *Observatorio*, que hace parte de la serie Machu Picchu. Varias de estas obras se conservan en el Museo de Arte Moderno de Bucaramanga. Sin embargo, sin lugar a duda la obra cumbre de este artista es *Lección de geometría*, identidad misma de nuestra universidad.

A esta obra escultórica urbana se suman otras «oxidaciones», como las *Custodias* del fallecido artista bumangués Ricardo Gómez Vanegas; la *Puerta del Sol* que enmarca el Parque Tanque, autoría de Óscar Hernández, y la obra de Luis Eduardo Estupiñán frente a la Biblioteca pública Gabriel Turbay.

Quedan a la vista pública los homenajes a los masacrados y desplazados en el Parque de los Niños y en el De la Vida, este último en el barrio Campohermoso. *Mar picado*, del bogotano Bernardo Salcedo, anduvo en la Puerta del Sol, y ahora en la estación Provenza de Metrolínea. Cuando esta obra llegó, como tenía forma de serrucho en posición hacia arriba, algún mequetrefe —así lo calificaría algún politiquero de la región— de humor ácido la llamó «Monumento al serrucho». También hace presencia el odontólogo Rafael Díaz Chacón, con la también viajera Monumento guane, de gravilla, cemento y arenisca, en un pequeño cerro al borde de la autopista a Floridablanca.



MUJER DE PIE DESNUDA
AUTOR:
MAESTRO FERNANDO BOTERO
ESTA OBRA FUE EXHIBIDA
EN MILAN, ITALIA
Y SAINT TROPEZ, FRANCIA



Al fin llegamos al parque Sorzano González donde un diciembre de 2010 se armó la gorda, pues el alcalde Fernando Vargas compró una escultura en bronce patinado de Fernando Botero por la escandalosa suma de 2.500 millones de pesos. Para algunos artesanos del fique o de la arcilla, y para los vendedores estacionarios de cigarrillos sueltos y chupetas, esta suma es un platal. También es un derroche para los neófitos en asuntos de arte de talla mundial, y, en este caso, descomunal, del maestro antioqueño. La ancha figura *Mujer de pie desnuda* es lo más cosmopolita que hay en la ciudad. Salieron de su taller en Pietrasanta y estuvieron paseando desnudas, entre otros lugares, por Barcelona, París y Nueva York —quizás en verano—. Estuvieron, aclaro, porque las «gordas» eran tres, y una de ellas vino y se quedó aquí para siempre, mientras no la corran las palomas con síndrome de colon irritable y los jóvenes infiltrados en la primera línea de las marchas de protesta que la atiborran de pintura desde su pequeña cabeza hasta

su voluptuoso caderamen. Solo de esta parte podrían esculpirse treinta bustos del Sagrado Corazón de Jesús, a 200.000 pesos cada uno, para gloria y encanto de quienes se refocilan con lo charro y lo barato, que no con gordas feas, como esta, parada en pose de modelo de Michelin.

En fin, para todo hay gustos. Terminó este recorrido estético por la ciudad observando lo que va desde la frase heroica del monumento a García Rovira, «¡Firmes, Cachirí!», hasta la de Fernando Botero, que no tuvo nada de heroica sino de mordaz: «¡Yo no pinto gordos ni esculpo gordas: creo volúmenes!».





Cuatro parques

María Cristina Úsuga Soler

Parque García Rovira

En el corazón de la Bucaramanga antigua, entre esbeltas palmas reales cuya silueta se recorta nítida contra el cielo azul cobalto de las 3:00 p. m., en la confluencia de cuatro avenidas en cuyas esquinas alguna vez hubo sendos leones de tamaño natural tallados en piedra, se levanta la estatua del insigne hijo de Bucaramanga y mártir de la Independencia José Custodio Cayetano García Rovira, quien señala con su brazo izquierdo el oriente, y con el derecho empuña una espada. Nadie se imaginaría que, en 1907, cuando fue inaugurado el parque que lleva su nombre, la escultura en bronce, fundida en el taller del maestro Xavier Arnold, en Hamburgo, no estaba en su lugar; pero esa es otra historia, y debe ser contada en otra ocasión.

2021. Allí sigue el general García Rovira sobre su pedestal —rodeado de palomas, de ancianos que acuden sin falta a tomar el sol en las bancas, a conversar, a *tintiar*— oyendo el pregón de los heladeros, los pedacitos rotos de las conversaciones que alcanzan a llegar hasta su altura, los diversos acentos de los turistas que sin falta quieren tomarse una foto con él, donde se vea bien clarita la placa que reza «¡Firmes Cachirí!», frase que, aunque no pronunció nunca, sigue allí.



Desde su altura se embriaga con el aroma del café de La Única, con el de los dulces, brevas y arequipes que se cocinan desde hace seis décadas en la casa de Alba, y el de las mazorcas, las arepas y los pinchos que se asan al carbón en pequeños puestos ambulantes y le hacen agua la boca. Aunque nada desea tanto, sobre todo en las tardes cuando el calor aprieta —y su casaca corta, a la usanza de la época, arde—, como comerse un raspado. Pero ese es un lujo que él, por más general que sea, no se puede dar. Otras veces quisiera sencillamente despojarse de las botas de caña alta y el pantalón ajustado, y ponerse unos chocatos y un calzón de manta de la tierra, que es más fresquito. Otro imposible.

Entonces, sin perder la compostura, se dedica a recordar los secretos que se esconden en las amarillas paredes del Palacio Amarillo, tras los muros nuevos de la Alcaldía —¡ay, si el general hablara!—, las confidencias de los enamorados, el lamento de los desplazados o el jolgorio de las noches de humo y alcohol de quienes solo salen con las sombras. A veces vuelve a esos diálogos repetitivos que suelen tener los viejos, y entonces conversa con los fundadores eternizados en la esquina de la calle 35 con 10, frente a la remozada casa de los Navas o, alzando un poco la voz, charla de cosas varias con Luis Carlos Galán, ya no de política, que ese tema y las agrias disputas que suscita les costó la vida.

De vez en cuando el general siente nostalgia de su casa, que se cae a pedazos a una calle de allí, sin que pueda hacer nada.

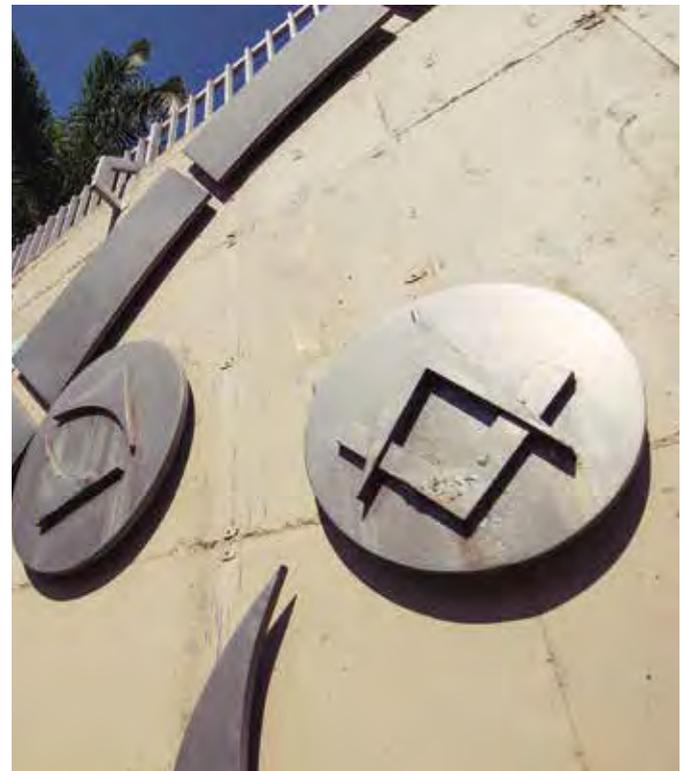




El tanque de la Puerta del Sol

En Bucaramanga, cada parque tiene una historia y un significado propio que lo hace único. Con sus misteriosos grabados de curiosas formas, expuestos a la mirada desprevenida de miles de transeúntes, pero escondiendo el talante místico de su simbolismo, el tanque del agua del intercambiador de la Puerta del Sol también hace su aporte a la vida de la ciudad, como un abrevadero del pensamiento. Entre la Luna y el Sol, la escuadra y el compás, la espada flamígera, la regla de 24 pulgadas —representada en los 24 peldaños de su escalera—, los tres descansos que anteceden el ascenso a su terraza (que simbolizan el camino de los aprendices hacia compañeros y maestros) y la mirada escrutadora del ojo de Horus —el ojo de la conciencia para el que nada está vedado—, esta singular obra arquitectónica es un libro abierto que muestra con orgullo a todo aquel que sepa leerlo el pensamiento de una de las sociedades discretas y silenciosas de mayor impacto en la Ciudad de los Parques: la cofradía de los hijos de la viuda.





Tiempo atrás, se vistió de barco velero e hinchó sus lonas con acordes bulliciosos, sirvió su mesa a la medida de una elegancia ingenua recién nacida en los barrios de occidente, se vistió de azahares para unir vidas bajo las estrellas y se iluminó de artificios coloridos que reventaban el cielo decembrino a fuerza de golpear el aire venido de otros años. Pero su historia no termina, y hoy, abrazado por autopistas y senderos de asfalto, ahogado por las ensordecedoras voces del tráfico citadino que lo salpica con sutil indiferencia, el tanque del agua de la Puerta del Sol, escenario en otros tiempos de amaneceres de jolgorio, rumba y desenfreno, sigue hablando, a través de los símbolos que habitan en sus muros, de una hermandad insomne: los masones de Bucaramanga.

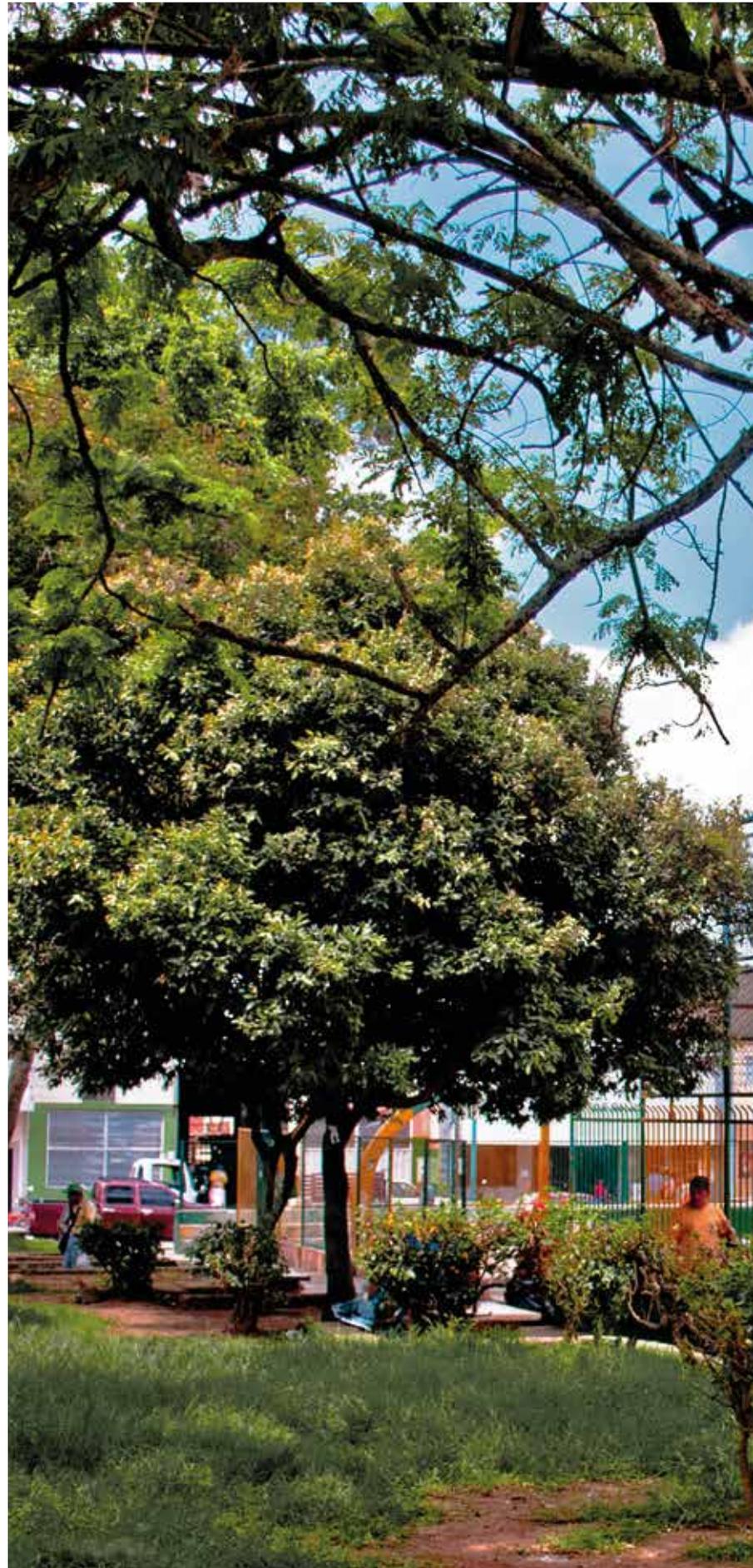
Un diamante pulido desde adentro

Haciendo honor a su nombre, el parque del Diamante II es sin duda una joya fraguada en el crisol de las oportunidades y la perseverancia, entre los tiempos de Dios y los otros tiempos, el de los mortales que se rehúsan a no ser vistos.

El parque de Diamante II es la tarima en donde todos tocan su melodía al ritmo que les marca la vida, cada uno en su propio tiempo, viviendo del roce, pero sin chocar. Su alma de piedra preciosa se forjó con el aporte creador de las voces lectoras de liturgias que emergían, como fantasmas renacidos, de su extravío en los absidiolos del templo, con la algarabía de las almas infantiles que celebraban con júbilo la primera teja partida en las clases de karate de las tardes; con el olor afortunado de las recetas trasnochadoras de perros calientes y salchipapas que construyeron edificios como salidos de un cuento de hadas, paridos por una suerte de híbrido entre el rey Midas y el genio de la lámpara maravillosa, pero no la de Aladino sino la de Lalo, el de las hamburguesas; con la venta de empanadas en el bazar dominical que sostenía las obras de caridad concebidas en la casa cural; con los practicantes de baloncesto; con los fisiculturistas improvisados que paso a paso, pero de manera notoria, dejaban atrás sus cuerpos lánguidos para reconstruirlos en las máquinas de ejercicio donadas por la Alcaldía, y con la brújula franca de los taxistas del acopio, expertos en ubicar destinos indescifrables dibujados en la cara de sus pasajeros. Cada uno en su tiempo, a la hora que le tocara el turno, sin tropiezos, sin mezquindades, aunque sí con esa mínima dosis de recelo necesaria para entender que en esta carrera no se vale el silencio.

Parque Girardot

El ocaso tiene aquí un dejo melancólico de azules, violetas y grises sobre los que empiezan a encenderse las luces amarillas de las lámparas que brillan en lo alto de los postes de cemento. La algarabía es un espacio





«En el Girardot el parque es la gente», me dice Luz Mercedes, una artista plástica que vive aquí hace más de veinte años, en una casa centenaria de muros de bahareque.

Este parque, que no aparece en los catálogos de atracciones turísticas de la ciudad y no cuenta en su mobiliario con ningún elemento de valor material o cultural —nada de lámparas francesas ni bustos de bronce ni parterres de flores exóticas o caminos de piedra, lagos, cafés de moda, balcones tallados u obras de arte—, sigue siendo el corazón de esta comunidad: aquí se realizan los campeonatos de microfútbol, entrenan los niños de las diferentes escuelas deportivas, se enamoran los enamorados y lloran los abandonados, se celebran actos cívicos, religiosos, políticos y culturales, se compra y se vende... En fin, se vive, porque «¿a dónde más va la gente?».

Desde que amanece hasta bien entrada la noche, de domingo a domingo, este escenario rebosa de energía, de ímpetu, de movimiento, de historias. Una de esas es la que recuerda que hace muchos años este barrio recibió el remoque de «Barrio Lata», aunque ya nadie sabe por qué, o que el parque albergó a los mejores fritangueros de la ciudad, cuyas delicias generosas en grasa, picante y especias atraían a golosos de todos los puntos cardinales. De ese pasado succulento hoy solo queda una vendedora de morcillas que sale los jueves con su olla humeante a ocupar el mismo lugar desde hace décadas.

Antes de marcharnos, damos una vuelta más; encuentro gran placer en pasar bajo los enormes árboles añosos y contrahechos, de troncos ásperos y renegridos que circundan el parque y que empiezan a poblarse de aves soñolientas, mientras para todos los demás la vida aún no se detiene.

Hay algo mágico en este burbujear incansable que anima este sencillo escenario, una poética vital que constituye el relato último de la ciudad: no solo es el lugar, es quien lo habita.





Cementerio Central

César Augusto Almeida R.

En los años primeros del siglo XVII Bucaramanga era una aldea con pocos habitantes y, en consecuencia, con pocos difuntos. Debió de ser ese villorrio apacible para el discurrir de cuadrillas de acémilas cargando frutos del campo, con arrieros de sombreros de fieltro y ruanas de lana, quienes bajaban de los páramos trayendo productos agropecuarios para dejarlos en las pocas abacerías urbanas, o para exponerlas en el piso llano de cualquier lote olvidado, o en grandes explanadas bajo la sombra protectora de algún guayacán florecido o de un búcaro siempre presente.

Uno de esos espacios pudo haber sido lo que conocemos como el parque García Rovira, inevitable centro de encuentros sociales, comerciales y de recreación para los más chicos. Las familias de grandes y destacados apellidos ya empezaban a enseñorearse de la aldea rústica y casi pastoril.

Don Facundo Mutis regaló el terreno para la instalación del primer cementerio municipal. No está muy clara la ubicación, pero sí que fue erigido con paredes de barro y cañabrava, y que sus primeros ocupantes eran depositados bajo tierra. En 1850 se fundó el cementerio en el actual sitio de la calle 45 con carrera 12, y fue dejado en manos de la administración católica parroquial. En ese momento tuvo el nombre de Cementerio Católico Arquidiocesano de Bucaramanga.

Cuando llego al lugar ya me saluda desde lejos la vendedora de rosas. Está encerrada entre un majestuoso paraíso de flores, de copos amarillos, otros botafuegos de incandescencias rojas, coloradas, violetas, bermejas. Hasta el blanco *in profundis* es inevitable en este carnaval de la naturaleza festiva en toda su magnificencia; preámbulos de la visita a los seres queridos que nos esperan en frente, en su reposo eterno.





Estamos en el evocador parque de tantas infancias reconstruidas: el Romero, bautizado así en homenaje al sacerdote cundinamarqués, de Usme, Francisco Romero Torres, que se inventó una exótica manera de perdonar los pecados de sus atormentados fieles: sus penitencias no eran avemarías, credos o padrenuestros, sino que en virtud de la transgresión a los valores humanos o religiosos dictados por Dios o por la Santa Madre Iglesia, imponía como reposición —de manera “proporcional”— la siembra de cantidades diversas de matas de café, así fuera por un pecadillo venial, como una mentira inocente, una envidia amarga o una infidelidad ocasional.





■ Los panteones familiares preservan la memoria de los viajeros.

Así, con este ritual fuera de lugar para la rigurosidad eclesiástica de la época, el país se llenó de cafetales, y el café se convirtió en una de las principales actividades económicas del país. El cura Romero había iniciado su experimento ecológico-religioso en el municipio nortesantandereano de Salazar de las Palmas.

Estamos en el parque que lleva su nombre, y su busto curiosamente no está ahí, sino bien escondido entre follajes curtidos en las inmediaciones del parque Sorzano González. Alrededor del Cementerio Central se conformaron las primeras casas funerarias con carruajes incluidos; en las primeras épocas el

ritual era llevar en hombros el cadáver. Desde la sala de su casa donde se reunían sus más afectuosos allegados para despedirlo con abalorios, se oían rezos sacramentales, responsos e inclusive llantos pagados.

Las tiendas del entorno despachaban licores a todo momento, y aún hoy algunos compadres alegres echan monedas al traganíquel para rememorar las piezas del folclor mexicano o la carranga nacional, géneros musicales populares en la región. Es este un homenaje que desde tiempos sin memoria hace parte del ceremonial festivo de la muerte.

Las funerarias, con sus características sombrías de pabellón oscuro, con el continuo rodaje de voces tenues, cuchicheos de grupos, tienen nombres disímiles pero afines con el ceremonial de unir la vida con la muerte sin mayores traumatismos: «De la tierra al cielo» es uno de estos nombres.

Compro a la chica de las flores un pequeño ramo de rosas, gladiolos y astromelias. Voy de visita a la casa de los fieles difuntos, y no quiero llegar sin llevarles un trocito de vida reunido en un manojo multicolor, sencillo pero amoroso, pleno de sentimientos afectuosos por quienes se nos adelantaron en este fatigoso camino de incertidumbres.



Lo voy a dejar en la primera tumba que encuentre para que se expanda, se comparta entre todos quienes allí aguardan el día del despertar de ese sueño de los justos: la resurrección de los muertos. Es su esperanza.

Ya voy a atravesar la reja que nos separa de los dos mundos al parecer irreconciliables.

Me llevo una sorpresa al primer vistazo. En mi última visita el paisaje era otro. Esos terrenos parecían baldíos, por el abandono de sus suelos agrestes, y sus tumbas más antiguas entregadas inmisericordemente a la

merced de plantas salvajes, corrosivas y abrazadoras, con tentáculos demoniacos que trepaban en esos monumentos de yeso, cemento y cal.

En fin, un lugar tétrico, más cercano a una pesadilla de mediodía que a una antesala feliz a la espera del día glorioso de la resurrección y el juicio final. Tal vez los parientes más cercanos también están ahora allí, en ese conmovedor territorio donde reina el silencio.



- Derecha: Los homenajes póstumos se rinden de maneras distintas. Durante décadas, los visitantes al Cementerio conocieron la pila de cráneos que conformaban una pirámide sacra, en homenaje a los héroes de la Batalla de Palonegro. Hoy la reemplaza un monumento con un mensaje menos directo.

Al caminar lentamente por entre el laberinto interminable de tumbas incoloras y con una luz vespertina como única acompañante, desembocábamos en la inconmensurable playa extensa y dramática de la inexistencia. Sobre el piso de tierra caían, entre una polvareda sin estrépito, los restos humanos y el maderamen del ataúd corroído por el tiempo. El encargado de la exhumación de la bóveda, indiferente a la congoja de los dolientes, desparramaba sin misericordia los trozos amarillentos de húmeros. Cuando esta ceremonia de extracción era en tierra se veían algunos gusanos prehistóricos, una especie de camarones terrestres, ampulosos, que vaya a saberse de qué clase de larva u oruga era su origen.

Al final nos encontrábamos con un muro de ladrillos grises que daba término a nuestras caminatas sin rumbo fijo y, alguna que otra vez, veíamos el enternecedor espectáculo de una pareja de adolescentes arrullándose en el calor efervescente de los amores furtivos. Lo que al parecer era un relevante sacrilegio en el altar de la muerte era más bien un

homenaje al amor entre tiernos seres extasiados con la vida. Hoy, año 2021, la luz blanca de las 11:00 a. m. nos muestra un panorama distinto, un cambio brusco de escenografía.

Dejo mi ramillete de luciérnagas multicolores en una bóveda que escojo al azar: un joven que solo permaneció entre nosotros diecinueve años. La entrada a la capilla está cerrada, pero su portón, un arco de madera pesada, es el remplazo de una verja de hierro blanca que permitía ver antes al interior de la estancia, con toda su parafernalia sacramental de cortinas extensas y mantos y columnas con bordes dorados en su capitel.

Hoy vemos un lugar espacioso, pleno de luz, y sus amplios bulevares de ciudad europea, solo para peatones, son un homenaje a la asepsia. Allí trabajan jardineros en overol y boina, pendientes de sus separadores de césped, y de algunas florecillas amarillas como acabadas de llegar de la tormenta magnífica que se desató tras el funeral de la Mamá Grande.



MONUMENTO A LOS HEROES
DE PALONEGRO

PROMOVIDO POR EL DR
HORACIO TORRES MANTILLA
COMO UN HOMENAJE EN EL
25º ANIVERSARIO DE LA
BATALLA LIBRADA EL

25 DE MAYO DE 1900





Al llegar a la esquina de un pabellón donde vemos plásticos coloridos, de flores sempiternas que simulan estar vivas, vemos repetida la misma imagen de otras torres. Algo diferente son los nuevos mausoleos cilíndricos pintados con un marrón plácido y con un aspecto simple pero agradable a la estética, donde se depositan cenizas o huesos, si se paga el precio estipulado, bien sea por periodos cortos o por la eternidad.

Me encuentro de frente con un portento de cemento tenebroso: el horno crematorio. No tiene nada de pretencioso, pero sus avisos de entrada y salida en dos ventanillas de acero inoxidable son un anuncio escabroso de una estancia febril, donde la entrega de puñados de ceniza será su finalidad última.

Me devuelvo, y en esta soledad martirizante pero apacible no veo una mariposa ni oigo el canto arrullador de una mirla, pero sí el embrujo del aletear de las cigarras que nos engañan haciéndonos creer que es un cantar, cuando es solo un estribillo candoroso y monotemático, una escala ruidosa y repetitiva. No es un cantar, sino una percusión fantástica de su juego de alas a la hechura de la naturaleza. Debe de ser el coro diario para romper con ese silencio abrumador que lo petrifica todo.

Veo con desolación una figura femenina joven, de pantalón negro y blusa blanca, sola, con una mejilla puesta sobre la fría coraza de la tapa de aluminio, donde está el nombre en alto relieve de un amado suyo. La cabeza desgonzada sobre su pecho es una imagen avasalladora del desconsuelo.

Estoy en la puerta y me preparo para despedirme de este paraje solemne; levanto la mano a la manera de los papas antes de su bendición ecuménica, *urbi et orbe*, y en una actitud sacramental apenas si pronuncio mi despedida: *requiescat in pace*. Y amén.

- El contraste entre dos caminos distintos para llegar al mismo fin: cenizas seremos.





Café Madrid

César Augusto Almeida R.

La antigua estación del tren Café Madrid ha sido remodelada, o mejor reconstruida, pues sus ruinas—por el abandono en que se sumió al desaparecer los Ferrocarriles Nacionales durante el gobierno de Virgilio Barco, en 1991— más parecían una pared de cementerio campesino. Ahora el espacio es una ludoteca que siempre está cerrada para los habitantes, que casi todos son pensionados de la empresa, y que fuman tabaco todo el día recostados en un taburete contra la pared. Ahora es un nuevo edificio barnizado con un amarillo crema, y su doble techo le da la apariencia de una pagoda. Tiene en su esquina norte una pequeña torre que simula una capilla sin campana. Esa estructura de iglesia rural no era para darle espacio a las sonoras campanadas, sino un lugar alto para el reloj—la torre del reloj— que les indicaba a los pasajeros y a los maquinistas la hora exacta de salida y de llegada. Un ritual innecesario, pues ya conocemos el proverbial incumplimiento de nuestros compatriotas. Somos muy exactos únicamente a la hora de cobrar, pues ni para ver la película que anhelamos con fervor llegamos a tiempo (nos tropezarnos en la oscuridad, caminando como sonámbulos cuando ya en las primeras balaceras le han metido dieciocho tiros de Magnum hasta al apacible director del filme). Además, esas ruinas habían sido declaradas bien de interés cultural de la nación, sin entender bien qué significado tiene esa palabrería.

Su parte baja, la adyacente, no es muy larga: su longitud no es mayor a la que tuvieron los dos vagones de pasajeros que descansaban en este paraje que algún día fue una de las estaciones del ferrocarril que unía a Puerto Wilches con Barrancabermeja, sobre las carrileras de hierro de 112 km de trepidación oscilante, y con doce paraderos donde los mercaderes de la zona armaban una algarabía de gallera, ofreciendo por las ventanillas sus fritangas de bandejas humeantes o al clima, con patacones dorados, morcillas más que morenas y trozos de gallina asada en brasa y embadurnada con color vegetal hasta los tuétanos. Las moscas inevitables hacían su consabida presencia zumbando alrededor de las viandas, a la vista grata de los comensales.

Los paseantes bumangueses iban cualquier día hasta Bocas, Vanegas, Chuspas y Provincia con sus anzuelos y gusanos de carnada, retornaban en las tardes en el tren con unos bocachicos comprados a los pescadores más expertos, y llegaban a sus casas como los héroes del río. Los vecinos que sabían de estas artes se burlaban en silencio, porque sabían que ese pez cae, pero con redes, con atarrayas, que no con anzuelos.

Su nombre, Café Madrid, se debe a dos circunstancias. Lo de *Café*, porque, aunque había también abundante carga de tabaco y quina, sus bodegas y luego sus vagones se colmaban de café, producto más que pródigo en Santander. Lo de *Madrid*, porque los propietarios de estos terrenos provenían de esta ciudad, en España. No quedó, pues, mucho para la imaginación a la hora de ponerle este nombre con cierto y falso abolengo europeo mezclado con sabor raizal: paella con tinto servido por don Juan Valdés.

El pasado reciente

Las antiguas bodegas para el acopio de carga fueron utilizadas para acoger a casi 1500 desplazados por la violencia que, como judíos errantes, deambulaban por todos los departamentos aledaños, buscando refugio con sus niños, aunque fuese bajo un escampadero con techos de plástico. Algo es algo, que peor es dormir al aire libre. En el año 2012, un incendio feroz los desplazó todavía más. Quién sabe si el incendio no fue provocado por aquellos a quienes no les placía ver a menores de edad llenos de parásitos que desayunaban con Pipelón, o señoras con camisones maltrechos, o jóvenes sin camisa y pantalonetas viejas y sucias. Aquellos que no querían soportar padres de familia vendiendo diariamente rifas de dinero en efectivo, y niñas de ojos tristes sorteando muñecas de trapo. En cualquier caso, no hay certeza sobre el origen del drama, y se puede caer en equívocos injustos. Ahora el espacio está ocupado por bloques de apartamentos pintorescos, y de la suerte maldita de los desheredados de la fortuna no se sabe mucho.

El Café Madrid actualmente es un sitio bastante poblado, con algunas vías pavimentadas y otras maltrechas donde hasta un burro se niega a transitar, ni aunque se lo atraiga con una zanahoria. Se ve de todo lo que hay en un pueblo grande, como comerciantes a granel. En el trayecto hacia el túnel de la infamia —donde en la violenta época del enfrentamiento partidista se cometieron muchos asesinatos—, hay casas de madera y cinc, materas con flores fosforescentes, y perros macilentos que se atraviesan en la angosta vía. Allí empieza a flotar un olor indescifrable pero fétido, como a estiércol de camuro. Entonces nos topamos de golpe con el origen de tan espantosa bienvenida: es el Río de Oro, donde en el pasado iban las familias a ver pasar la locomotora sobre el puente de 50 m, y donde además preparaban asados y sancochos.







Hoy aún hay hombres de amplio sombrero que mazamorrean en sus aguas con la esperanza de ver una pepita de oro brillando en el fondo de su platoncito de palo. Estos paleadores de arena semidesnudos, incansables, pasan el día en la rutina de llenar sus plataformas flotantes de madera, en espera de las volquetas que las llevarán a las nuevas construcciones. Esa visión parece prehistórica.

La locomotora era de vapor, con una caldera que hervía el agua que se alimentaba con carbón, y ese vapor movía los pistones, inducía el movimiento. La chimenea esparcía esa nube blanca que quedaba atrás, y en cada explosión de la fuerza motriz se oía el conocido chu, chu de estos *bisontes de hierro*, como los llamaban los indios aborígenes norteamericanos. Tiempo después descansaron los vapores, y el alimentador fue el diésel.

Un viaje hasta Bocas

De camino hacia Sabana de Torres se encuentra un corregimiento de gente afable, frente a cuyas casas coloridas se descubren carteles con candidatos a la Alcaldía de Girón. Más allá se transita hacia un pasado que ya no existe; transitamos sobre la antigua carrilera del tren. La llamo así porque los rieles históricos ya no están, pues los pequeños finqueros de la región los usaron, ya en el abandono, a manera de parales, para construir cercas para demarcar sus tierras y sus potreros. Por allí se ven las cercas como un testimonio de lo que fuera antes un glorioso ferrocarril, símbolo nacional del transporte terrestre de carga y pasajeros. Triste final de lo que se había proyectado desde 1870, y que luego hizo realidad el ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros, con su carrilera inicial del ferrocarril de Antioquia, que iba desde Medellín hasta el río Magdalena, para cargar los barcos de vapor que serpenteaban lejos de los caimanes que se asoleaban en sus orillas.

En Santander se amplió su recorrido y por él se viajaba hasta Santa Marta, pasando por Aracataca, por entre inmensos platanales. En la vía contraria se llegaba hasta Honda y La Dorada. Había servicio de tren con carga y pasajeros, que era lo más barato, y el de solo pasajeros, el más costoso, pero también el más cómodo. No creo que fuese satisfactorio recorrer tanto trayecto infernal con dos o cuatro chivos que exhalaban perfumes de almizcle.





- Tomando la antigua vía del tren, se emprende un viaje sin retorno hacia un universo llamado El Olvido, pues solo vestigios quedan de lo que hasta hace poco fuera un mundo que vibraba al ritmo del chu, chu del tren.







- La estructura de la antigua estación del tren de Café Madrid, en su calidad de monumento patrimonial, ha sido preservada y convertida en biblioteca y ludoteca pública al servicio del sector.

Arriba y abajo: Registros de los tiempos del tren en la memoria de los álbumes familiares.

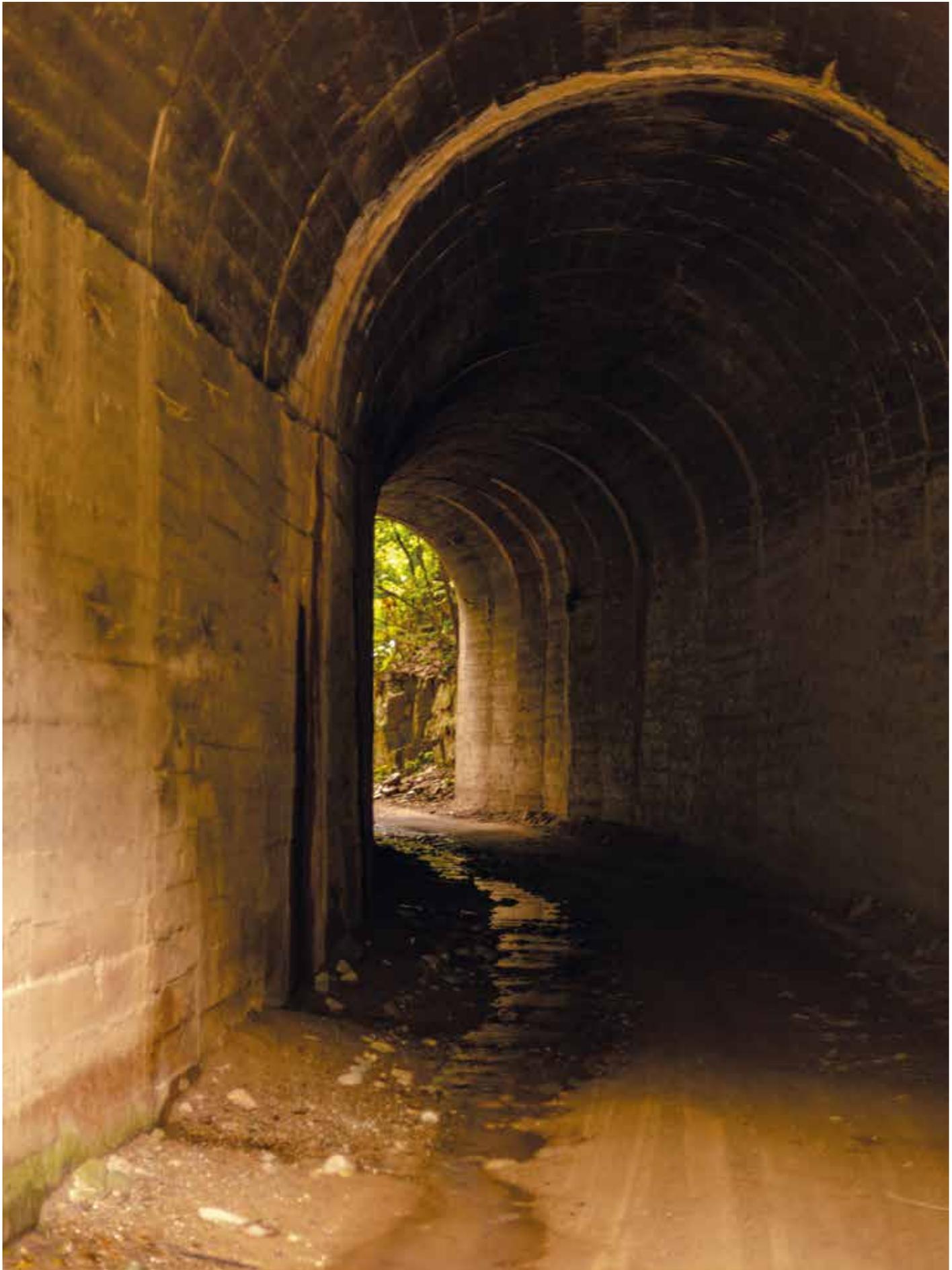




Entre Bocas y Sabana hay seis túneles oscuros que son un monumento a nuestro pasado sublime de rieles y travesaños de madera. Fuimos hasta el primero, y antes de llegar en este recorrido memorable, pues estamos avanzando por lo que fue y ya no es, pasamos por la inútil represa de Bocas, que da lugar a una hidroeléctrica que al parecer solo produce energía para ponerle alumbrado a un árbol de Navidad. Así de patético es este esperpento de cemento y torres metálicas perezosas. El estancamiento de aguas es un basurero fluvial que expele un olor sulfuroso y pútrido por donde un gallinazo no se atrevería a sobrevolar, por temor de morir. En este arduo tránsito sobre promontorios y huecos, nos rodeamos de paisajes refrescantes, una vegetación silenciosa que cubre de sombras el entorno, y tantos ríos y quebradas que fluyen con ese rumor eterno que nos renueva el espíritu.

En una breve parada frente a una casa humilde pero digna, con jardines pequeños y dispersos y algunas gallinas picoteando impávidas, una señora muy lugareña, la dama de la casa, nos atiende en las afueras, y trata de contarnos asuntos de lo que ha visto pasar por su casa; han sido muchos años de sobrevivir en el mismo lugar, con el trepidar diario de las locomotoras. Nos informa que su esposo acaba de salir, lo que es una pena, porque él habría sido la persona idónea para contarnos historias jacarandosas o lúgubres, graciosas o tristes de su largo vivir en estas orillas, donde alguna vez hubo una tienda en la que se vendían bebidas espirituosas y se oía música de carrilera.

En fin, este paseo sobre el ferrocarril que acercaba gentíos de todos los rincones y cargas de todos los olores hasta los ríos o los mares de nuestro país, al mismo tiempo pleno de gloria y de martirio, nos hace evocar una canción que afirma en su letra conmovedora, como la vida de nuestros vagones inolvidables, que «nadie es eterno en el mundo».







Plazas de mercado

César Augusto Almeida R.

En los primeros mercados semanales en Bucaramanga, sobre el suelo pelado, se ponían a consideración de la clientela los productos corrientes, agrícolas, los vegetales desfallecientes de calor, las gramíneas secas, los tubérculos arrumados en promontorios desordenados y los quesos amarillos en plasta envueltos en hojas silvestres, junto a las carnes variadas de cerdo, de res, de cabros y muy cercanas a lo más siniestro: ensartadas en un palo vertical, las cabezas de los fusilados por el régimen como escarmiento y advertencia a los venideros rebeldes contra la majestad del rey y su corona española de sometimiento, de su omnipresencia en sus territorios coloniales.

Los habitantes ya estaban acostumbrados a estas escenas de terror y además ayudaban a que esta pestilencia lúgubre se expandiera por todo el ámbito, pues la inmundicia de cáscaras de huevo, frutas, estiércol de gallina, sudor fragante a cobija de perro de las marchantas, huesos corroídos y aguas sucias sobrantes de totumas mal lavadas eran la alfombra roja que le daba la bienvenida a la apreciada clientela.

Esta asquerosidad al aire libre mantuvo una larga jornada de costumbres mal habidas y desconcertantes, hasta que el nuevo sitio, un terreno agreste donde ahora queda el parque García Rovira, se consolidó como el centro gravitacional de la convocatoria semanal de los habitantes mercaderes de esta villa pastoril, y algo cambió de ese pasado aberrante de suciedad inconcebible.

Ya rondaban por este trópico apellidos rimbombantes, europeos, que han marcado la historia económica e intelectual de esta comarca bienaventurada. Los Mutis, Harker, Clausen, Gavassa, Hederich, Puyana, que se mezclaban con los patronímicos raizales de los antepasados guanés y chitareros, propietarios precolombinos y habitantes originales de estos territorios ancestrales: los Cipagautas, Cobarizas, Sáchicas, Chuzcanos...

En 1928 fue invitado por la Compañía Anónima Casa de Mercado el arquitecto alemán Franz Tutzer, para que diseñara un edificio acorde a las nuevas necesidades por la expansión habitacional y territorial, y sobre el terreno que antes fue un lago —Los Caracoles— se empezó a construir San Mateo, actualmente en la calle 34 entre carreras 16 y 17. Dos pisos con una fachada gris que parece pintada con cemento, con ventanales en arco y, en su interior, escaleras con barandales sólidos, torneados en yeso y adornados con pintura roja mate.

Se cuenta que en sus inicios la parte baja se inundaba con los inviernos, y entonces las almas creyentes en los milagros del santoral pusieron una estatuilla de San Mateo en la mitad del farragoso *tremendal* para invocar su piedad, una manita para contener esos torrentes de destrucción. Y así con ese nombre quedó bautizado el sitio: San Mateo. No se sabe si el santo es el patrón de los chaparrones o fue una ocurrencia desesperada de algún abarrotero de escapularios de terciopelo al pecho y camándula de semillas de guanábana soldada a sus manos.

El segundo piso era el pabellón de carnes, inmenso, el más visitado, pues esa abundancia significaba exceso de oferta y, en consecuencia, los precios de los productos variados eran asequibles para todos los estratos por igual. Un puente metálico, peatonal, y como asunto raro, sin atracadores, unía esta parte con la segunda, donde se vendían quesos cremosos o sólidos de variados tamaños y colores —desde un blanco nevado hasta el amarillo puro, como el llamado queso *reinoso*, que hay que cortarlo haciendo presión con las dos manos sobre el lomo del cuchillo, pues su textura es casi férrea, pero su aroma sutil y blando armoniza los sentidos—. Todavía perduran junto a los nuevos productos industrializados como el doble crema los provincianos, como el campesino de hoja, empacado en bijao, los malagueños, los de Onzaga, el salado de Cáchira o el friolento de Chitagá. Es una referencia específica, pero el queso es un atrayente básico, y no hay plaza de mercado que pueda llamarse así sin él.





No pretende esta crónica convertirse en una historia certificada en notaría de la vida larga de esta plaza, la cual ardió en llamas en la madrugada del 6 de febrero de 1979. Al parecer fue obra de un cortocircuito, un descuido en el mantenimiento de las redes eléctricas, pues entre las altas telarañas se veían cables de colores surtidos y entreverados en filigranas de miedo; unos enredijos indescifrables que más parecían una orgía de serpientes que un sistema fluido de extensiones para surtir las necesidades eléctricas de los mercaderes. La víctima fue la segunda zona, ubicada entre las carreras 15 y 16, y de un solo piso. El pabellón de carnes se salvó, pues estaba en la primera zona, y tal vez habría pasado a llamarse el Pabellón de los Quemados, pues sus filetes jugosos de cecinas, centro de pierna, punta de anca, lengua y demás vísceras habrían quedado todas preparadas al carbón. Tampoco era un sitio de pisos tan aseados como la actual plaza La Concordia, la segunda fundada en la ciudad, donde sus losas inmensas brillan no tanto como nuevas, sino que parecen trapeadas desde siempre con brillantina para el pelo.

Pero luego hablaremos de La Concordia. Volvamos a San Mateo. Después de la quemazón fue abandonada por completo hasta la estructura del primer sector, que salió ileso, aunque conserva señales de que las llamaradas de su vecino alcanzaron a tocarlo. Los ratones y los gatos se apoderaron del lugar, y eran tantos de las dos especies, que después de años de compartirlo, decidieron cogobernar ese reino escabroso de ruinas y de miserias en cohabitación fraternal. Sus amplios portones están sellados y sus ventanales cubiertos con un muro de ladrillos, mientras los transeúntes seguían de largo frente a la historia reciente, presurosos e indiferentes, como si ese no hubiese sido el lugar donde, religiosamente, una vez a la semana, o a diario, buscaban el «danos, señor, el pan de cada día...». ¡Qué pecado!



El mercadeo luminoso

Vuelvo a La Concordia para que la luz de su pequeño esplendor me renueve el espíritu. Me paro en el parque de su mismo nombre —o Rojas Pinilla—, que queda en frente. Mucho ha cambiado, y su fachada ahora de amarillo intenso le pone más claridad al día. En el pasado había mucha gente sobre la carrera 21, pero ahora solo pasan raudos los automóviles, y las casas antiguas de las cuadras circundantes se fueron sin despedirse. Paso la calle y salto sobre un pequeño separador florido. La plaza tiene dos entradas no muy anchas, y lo primero que encuentro me deja encantado. Las carnes del primer mostrador están dispuestas en filetes superpuestos, cortados en planos perfectos, rigurosos. Un golpe de vista muy estético. Ahora admiro una pirámide de papas homogéneas dispuestas en una perfecta armonía, limpias, provocativas, todo lo contrario del aspecto chabacano de otras plazas donde las carnes son mal dispuestas y los tubérculos son tirados sobre un mesón con el mismo desdén con que los recogedores de basura arrojan las bolsas podridas a los carros recolectores.

Esta plaza fue inaugurada el 1.º de diciembre de 1941, y casi la mitad era ocupada por la Compañía Colombiana de Tabaco, que compraba el producto y luego lo vendía a los fabricantes de tabacos artesanales. Fue fundada por los hermanos Carrero: Mercedes, Agapito e Higinio. En sus comienzos no se ofrecían ni frutas ni jugos. Hoy hay ventas atractivas por curiosas, extrañas. En el puesto número 43 doña Elsa Álvarez tiene una relojería exótica: exhibe innumerables relojes: todos son usados, pero funcionan a la perfección, *como un relojito*. «Hasta de cuerda hay», me dice con mucha amabilidad. Me quedo extasiado un largo tiempo observando meticulosamente ese espectáculo maravilloso de aparatos tan variados que me hacen retroceder el tiempo, que sigue avanzando con su estricto régimen de minutos y segundos. Me despido a las 11:17:02. En otro puesto me encuentro con frascos de esoterismo sagrado para convocar espíritus benignos y para desparasitar el alma de sanguijuelas violáceas. Hay jabones *sacamales*, dominio en los negocios, baño y

despojo, *contraenvidia*, extracto *amansaguapos*, agua divina, baño protector del dinero, *radinia* quita vicios y otra suerte de embelecocos que me dejan plantado en otra dimensión. No había ungüentos ni cataplasmas para aplacar las hinchazones de este país atormentado. Qué desazón.

La remodelación de este lugar deja una sensación de estar pisando una nueva civilización: hasta la afabilidad de compradores y vendedores también parece remodelada. Paso por el puesto de comidas, y a hora tan temprana ya están listos los filetes de bagre en salsa y el caldo de cogote. Me apetece el bagre, pero no creo que este plato espeso me aplaque la sed. Lo haría mejor un postre de arequipe. Veo la oferta de jugos y encuentro lo que no estaba buscando: un jugo de naranja legítimo.

El regreso al ruido

Dejo —no abandono— este pequeño paraíso para volver al centro, con lo que me expongo a que los ladrones lugareños o visitantes de otras parroquias me arrebaten lo que no tengo.

El ajetreo de las calles adyacentes al nuevo edificio del Mercado Metropolitano, que se construyó sobre los escombros del incendio del anterior, me causa fiebre, espasmos en el cuello, me hace arder las uñas, y, en el *summum* de la exasperación, estornudo por los oídos. Subo las escaleras sobre la carrera 16, y el olor a cáscaras de yuca me da la bienvenida. Ya no se ven las carretas que subían y bajaban por la calzada, arreadas por hombres de larga cabellera, gorros al revés o pañoletas de pirata marino, con el torso desnudo y húmedo, que me hacían recordar imágenes tomadas del cine de los viejos centros urbanos de las ciudades europeas. Aquí movemos nicuros, y por allá, bacalaos. Y bien, lo nuevo es lo de siempre: el estropicio, la humareda, los tomates chontos, la nuez del Brasil, las remolachas, los pepinos, los pollos sin ropa, todo distribuido por especies en cuatro pisos, que es lo único que hace la diferencia.





Y es que había que sobreponerse a la adversidad de la pasada destrucción y comenzar de nuevo. De los productos de siempre hacen mucha falta aquellos de los que nunca se volvió a saber. Me siento un ratito en una banqueta tan dura como la vida de los cotereros sin preguntar de quién es. O el mundo me da vueltas o el carrusel juguetero de mi imaginación se divierte a mis expensas. Camino sin albedrío de un lado a otro, de un piso a otro por las rampas, que no escaleras, y no veo algo que me estremezca por novedoso, estrafalario, una esmeralda de oro, unos fideos rellenos, un pollo con sabor a pescado, una camisa con seis mangas, y lo único que me saca de esta ensoñación absurda es el chillido bien berriando de un loro enloquecido por el encierro tras las rejas, sin saberse qué canallada cometió contra la vida humana o los bienes ajenos ni por qué está pagando la pena. Ni me acerco a indagarle porque ya sé que va a responderme, para salirse por la raya lateral, con otra pregunta: que si quiero cacao. Me retiro y trato de empezar una charla sin tanto prólogo con alguna vendedora que tenga aires de buena conversadora y que me no me vaya a exigir que a cambio le compre un estropajo.

—Buenos días: gracias, solamente estoy extrañado porque no volví a ver limas, esa fruta de cáscara verde parecida a una mandarina, pero con sabor como a yerbabuena. Desde el mercado de mi pueblo no volví a verlas. Tampoco la cebolla larga que su primera capa era rojiza; ni el limón dulce ni los bultos de leña.

Me mira sin parpadear, se pasa un peine sobre el pelo desordenado, se ajusta el delantal y se pone de pie:

—Limón dulce sí hay, pero poco; tenga paciencia y búsquelo. Los bultos de leña eran para cuando se cocinaba en hornillas. Ahora venderán, pero no en los mercados; lo compran los que preparan mute o usan moyas de barro. No sé. De las otras cosas tampoco sé, vecino — me responde sin arrugar un músculo de la cara—. Y con esta respuesta caigo en la cuenta de que desde hace unos años todos los compradores

somos de apellido Vecino. Tal vez es algo asociado inconscientemente a la frase de combate de los antiguos almacenes Ley: «Ley, su buen vecino».

Doy otra vuelta más y quedo amarrado por una frustración abrumadora. No supe nada de la fruta feliz de mi infancia, ni hallé nada nuevo en el presente, muy poco o algo resbaladizo del pasado, y tengo un gusto salado en la boca.

Salgo a la calle y me encuentro de frente con la vieja San Mateo. Una idea bien brillante me llega a mi caletre: voy a tratar de colarme por una ventana sellada. Y me acuerdo de las cucarachas que allí abundan, esos insectos inmortales que son los únicos capaces de sobrevivir a una hecatombe atómica.

Tal vez ellas sepan algo más.





Ⓟ HECHO EN
BUCARAMANGA



San Francisco

María Cristina Úsuga Soler

Un paso

Basta buscar en Google «zapatos famosos» para que aparezcan centenares de páginas que abordan el tema y proponen listados de todo tipo: los “Manolos” azules de Sarah Jessica Parker en *Sex and the City*; los excéntricos (y horrorosos) zapatos de armadillo de Lady Gaga; las sobrias ballerinas de Audrey Hepburn; los Pilgrim de Catherine Deneuve en *Bella de día*; las sandalias japonesas y las hawaianas; las Nike Cortez de *Forrest Gump*; las Nike de Michael J. Fox en *Regreso al futuro 2*; las “quimbas con alas” (al decir de Argos) de Mercurio —este dato lo saqué de mi memoria—; las botas del gato, o, mejor, el Gato con Botas; las botas de siete leguas; los zapatos de tacón del rey Luis XIV de Francia; las diminutas zapatillas de cristal de la Cenicienta; las simbólicas zapatillas de danza rojas del cuento de H. C. Andersen; los zapatos viejos de Cartagena... La lista es interminable.

Hay zapatos en el arte, zapatos que son objetos artísticos, instalaciones de zapatos rojos como símbolo contra la violencia de género, multitudes de zapatos sin dueño para enunciar a los desaparecidos, zapatos para los obreros, para los golfistas, para los atletas, para los bomberos, para los electricistas, para los médicos y las enfermeras, para los niños que están empezando a caminar (¿alguien recuerda el famoso «no tuerce»), para bailar salsa, ballet o *clap*, zapatos campesinos, chocatos, abarcas, alpargatas, cotizas, chancletas, zapatos adecuados para cada clima y cada ocasión. El zapato es símbolo de poder, de riqueza o de miseria y sufrimiento. Y ha sido objeto de profundas elucubraciones filosóficas, como ocurre con el cuadro *Un par de zapatos*, de Vincent van Gogh.



Muchos pasos

«Dorothy entrechocó sus zapatos de lentejuelas rojo rubí mientras repetía: “Se está mejor en casa que en ningún sitio”». He aquí el probable origen de mi interés infantil en tener unos zapatos rojos de charol, que nunca tuve, valga la aclaración, y que seguí deseando por muchos años.

Así, entre las botas Machita azules, los zapaticos ortopédicos que usé en la más tierna infancia, las *cinderella* escarchadas (las mías fueron de un dulce lila, con una fragancia no menos dulce), las abuelitas chinas con una rosa bordada, los zapatos negros de amarrar para el colegio, los tenis Hevea o *pisahuevo* para la clase de deportes y los botines de gamuza (los clásicos de cordón y suela de goma, de muchos colores, rojos entre esos) que fueron mis preferidos durante mi adolescencia paramera, los Converse y los tenis Croydon, y hasta las botas amarillas Kondor, un buen día llegué a San Francisco en pos de unas sandalias artesanales que vendían en un pequeño local sobre la carrera 22, cuyo nombre ya olvidé.



Iba también con la curiosidad de ver, ¡por fin!, las legendarias zapatillas reales que calzaban los preciosos y delicados pies de las reinas de este país de reinas, porque reina que se respete —del confite y el algodón de azúcar, del mango biche con sal, del *cholao*, de la sopa de *chorotas*, del mute y la carne oreada, del tamal de los domingos, de las panuchas de Málaga, de los ayacos, del masato de arroz, del guarapillo de frutas y el guarapo de corozo, del cabrito con pepitoria, de la arepa de maíz pelado, de la trucha al ajillo, de la hormiga culona, del bocachico frito sudado, del río Magdalena, del páramo de Santurbán, del cañón del Chicamocha, del fique de Curití, de las amonitas de Guane, de las gachas de Guadalupe, del camino de Lengerke, de la ceiba barrigona, del ají Pajarito, de Cepitá, Barichara o Socorro, de las obleas con arequipe de Floridablanca, de la fritanga de Girón— se calza en Bucaramanga.





Me deslumbraron esas inconcebibles y primorosas esculturas, cinceladas con ternura y vocación de orfebre, verdaderas joyas que no deberían pisar jamás una acera o una calle, sino flotar junto con su compañera en elegantes salones sociales o pasarelas diamantadas, cual modernas cenicientas.

Confieso sin pudor mi arrobamiento, y el instante fugaz de sacratísima iluminación cuando comprendí (para olvidarlo luego, como debe ser) el poder casi hipnótico que ejercen en algunas mujeres los zapatos, aunque reconozco que jamás se me pasaría por la cabeza subirme en uno de esos primores de tacón infinito. Caerme desde esa frágil altura revestida de diamantes sintéticos y quebrarme los tobillos en el intento no es mi vocación. ¡Pero cómo disfruté viendo las innumerables variaciones!: doradas, plateadas, rojísimas hasta llegar al rojo pecado, verde esmeralda, azul turquesa, violeta tornasol, con brillantes, con apliques florales, con plumas, con cadenitas doradas que tintinean al caminar, con plataformas inconcebibles y alturas de vértigo, con tiritas tan finas como un espagueti y hebillas tachonadas de circones tallados en corazón...



Pese a que mi vocación por acumular zapatos es más bien escasa, en algunas ocasiones he dedicado mi tiempo y mi energía a entrar y salir de cada almacén. Nunca sé qué quiero antes de encontrarlo, pero sí sé lo que quiero cuando lo encuentro: sandalias, *baletas*, botines, romanas, mocasines, botas, de boliche, Oxford, alpargatas, zapatos planos, de cuña, de tacón playero, *destalonados*, boca de pescado, azules, fucsia, amarillos, habanos, dorados, mostaza, marrones, color piel, rojos, frambuesa, azul aguamarina, verde agua, carísimos, en oferta, exclusivos, casi regalados...

Son más de veinte años de alegrías y también de desencantos en San Francisco, porque en más de una ocasión no encontré lo que buscaba (o no estaba buscando) para desconcierto del pobre penitente que me acompañaba —al que admiro, entre otras cosas, porque él no se complica: «Estos son los que me gustan, madre». Y se los prueba, los paga y sanseacabó—.



Y es que comprar zapatos es un arte, como lo es fabricarlos: se requieren paciencia, amor y dedicación, capacidad creativa, vocación de innovador, sentido estético. Y de esto sí que saben en cada taller de esta ciudad, cuya perenne vocación comercial ha hallado un nicho que, aunque amenazado, continúa siendo un punto de referencia para propios y visitantes, porque no hay turista que no pida que lo lleven a San Francisco.

Aquí cada casa es un local; cada zaguán, una vitrina. Por cada ventana se asoma un anaquel pletórico de zapatos de todos los estilos, para todos los gustos y necesidades, para todos los caprichos, los antojos y las ocasiones. Hay bolsos de todas las formas, tamaños y colores, y miles de cinturones con herrajes importados y cueros italianos. Sobre las aceras brotan las mesas, las góndolas y las canastillas con ofertas irresistibles de fin de temporada, de principio de temporada, de intermedio de temporada.

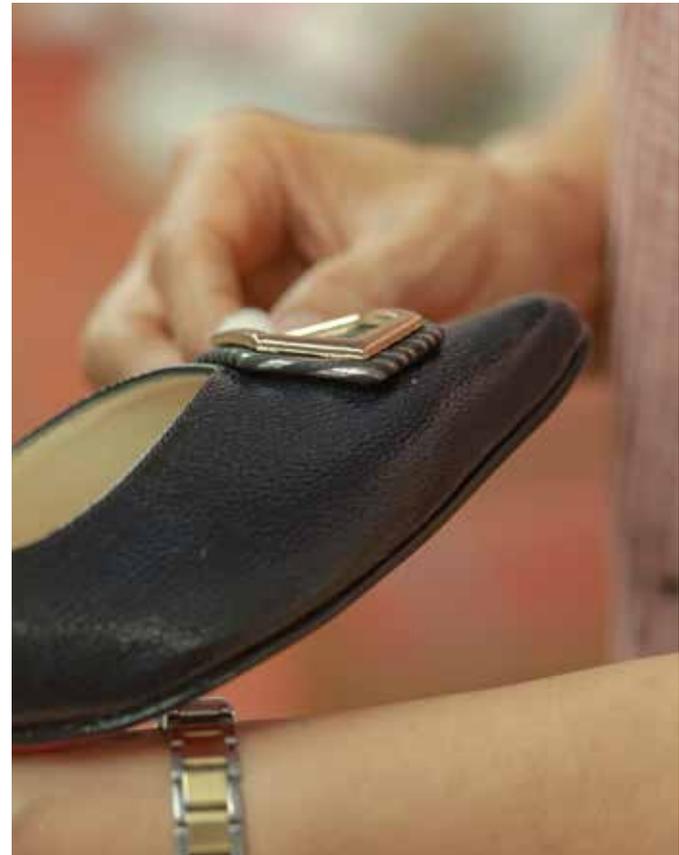




En cada calle se reproducen los almacenes lujosos, de amplias vidrierías refulgentes, llenos de lámparas que multiplican el día y los destellos, con cómodos sillones de fino cuero, donde cada objeto más parece una joya, y el aire es fresco y perfumado. Y junto a ellos, resisten los pequeños locales que ofrecen marcas menos conocidas, pero de igual calidad; los zaguanes estrechos tachonados de zapatos que parecen crecer como las flores amarillas en los campos y se abren a salitas sin luz natural, pero llenas de espejos, anaqueles y repisas y, cómo no, de zapatos.

Ir a San Francisco es literalmente andar y desandar caminos en busca del tesoro ansiado, cual vellocino de oro, sin rendirse, con la resuelta vocación del guerrero que al final de la tarde se convierte en héroe. Es memorizar los nombres de cada local, los rostros de las vendedoras, los elogios que nos dispensan (porque siempre siempre el zapato que nos medimos se nos ve «¡de ma-ra-vi-lla!») y sentirnos una diva.

Es recordar y comparar materiales, características, bondades y desventajas, estilos y precios; combinar mentalmente cada atuendo con el zapato que se sostiene en la mano, haciendo cálculos dignos de un maestro de ajedrez, medirse una y otra vez innumerables modelos, desfilarse frente a espejos de todos los tamaños, situados en los lugares más inverosímiles, que nos devuelven nuestra imagen multiplicada en la placidez del zapato nuevo, el ideal, el perfecto: que sea alto, pero no tan alto, dorado, pero no de ese dorado, que tenga plataforma pero que no se note, que imite la piel del leopardo o la serpiente pitón sin perder sobriedad, que sirva para ir a la oficina, al paseo del fin de semana, al cumpleaños de la suegra, a la reunión con las amigas, al colegio del niño (y que nadie se entere de que es el mismo par, no nos talle el juanete ni nos torture el espolón), que tenga el tacón de moda, pero que no maltrate, que estilice las piernas, aplane la barriga, afine la cintura y no nos haga ver como a Bambi recién nacido, agarradas del brazo del primero que se aparezca, so pena de terminar de rodillas en el parque brillante del salón de fiesta, la elegante oficina o el centro comercial.



Último paso

Al final de tantas vueltas, de tantas pisadas por diversos caminos, de tantos zapatos soportados por conveniencia, obligación o vanidad, no hay nada que nos haga tan felices como llegar a casa, quitarnos los zapatos y calzarnos las pantuflas o andar a pie limpio. Y a ningún objeto queremos tanto como a los zapatos viejos, esos que ya se saben la forma de nuestro pie, los que ya se amansaron, los que nos traen el recuerdo de algún lugar, los que evocan los buenos o los malos pasos, los tropezones, las épocas duras y las más amables, o alguna ocasión especial. Tanto los queremos que los llevamos una y otra vez al zapatero tratando de prolongar su existencia, hasta que un día, derrotados, tenemos que aceptar que pasaron a mejor vida. Y ahí está San Francisco con sus vitrinas infinitas para abrirnos de nuevo las cajas de la fantasía.





Cuatro barrios

María Cristina Úsuga Soler

La casa en el aire

Infinitas escaleras de infinitos escalones parecen brotar, como las raíces de extrañas plantas, de lo que antes fue una montaña cubierta de frondosos árboles añosos. Escaleras sobre la montaña cubierta de cemento y anclajes a la vista, escaleras sobre la ladera revestida de malla oscura, como la manta rota de un gigante sin hogar. Escaleras que se pierden entre angostos pasillos, entre rejas, puertas, ventanas, techumbres, terrazas, balcones y miradores diminutos, todo tan junto que semeja una sola mole. Escaleras que parecen conducir a la nada y, sin embargo, están cerradas con una puerta de madera que se sostiene en el aire, sin quicio. Escaleras que se retuercen sobre sí mismas, que se bifurcan, que se enfrentan, que se angostan o se amplían sin ninguna lógica aparente, que se suspenden en el proyecto inconcluso de una nueva cajita de cemento que brota a un costado de otra cajita de cemento, como la yema nueva de una planta monstruosa. Escaleras que se aferran a columnas inverosímiles sobre las que emergen casas de colores que en cada nuevo piso avanzan más sobre sí, en un delirante desafío a las leyes de la gravedad y a la erosión. Columnas, escaleras, paredes, superficies inclinadas en todos los sentidos, volúmenes que se adhieren a la montaña mientras se deslizan sobre sí mismos, como si de un novedoso cubo de Rubik se tratara. Puertas, ventanas, rejas, pasamanos, oquedades, barandales, balcones, pasadizos...

Morrórico se descuelga y sube de manera simultánea, avanza y retrocede, se eleva y se hunde, sobresale y se retrae, en una discordante sinfonía de notas sólidas y perpendiculares que se multiplican y se dividen hasta el paroxismo sin dar tregua al ojo asombrado. No me cabe duda de que estas son híbridos de casas con cabras, y me miran burlonas desde mi vértigo a la inversa: ellas allá en lo alto; yo, desde abajo, embelesada en sus asimetrías y sus agudas inclinaciones.



- Desafíos y contrastes: color y osadía para “colgarse” de la montaña.

Un lago y una montaña

Aquí la ciudad se extiende apacible en un puñado de casas con tejas rojizas y paredes ocre, en un armónico juego de volúmenes que se funde con una montaña que aún hace honor a este nombre: oitíes, almendros, guayacanes, ficus, caracolíes, palmas, araucarias, yarumos y ceibas extienden sus raíces y se abrazan con ciruelos, guayabos, guamos y mangos. Junto a ellos, entre aros, calas, filodendros, anturios, espatifilos, monstera, potos, singonios y difenbaquias viven variedad de abejas, moscas, avispas, hormigas y mariposas, colibríes, palomas, abuelitas, perdices, copetones, mirlas, azulejos, cardenales, tángaras, canarios, carpinteros, loros, búhos, garzas y cucos ardilla.









El aire es más liviano, delgadito y fresco en Lagos del Cacique, y se disfruta del raro privilegio del silencio. A esta hora el atardecer se pinta de intensos matices rosados, suaves lilas y amarillos cremosos que harían las delicias de cualquier pintor costumbrista. Sobre el lago verdoso se sostienen los últimos brillos del sol, ondulados por la brisa.

Todo lo demás es un misterio para mí, pues en este sector de Bucaramanga las viviendas suelen levantarse dentro de encerramientos que las aíslan de los ojos de los transeúntes, de la curiosidad del caminante para el que este sector es demasiado bonito, demasiado ajeno, demasiado extraño a la cotidianidad de la urbe que se desenrolla, se agita, se eleva o se hunde vertiginosa. Pero me basta con la belleza que alcanzo a percibir: el silencio, el silencio, ¡qué tesoro tan preciado!, el canto de aves que no veo ni oigo, pero imagino habitando la montaña, el verdor nativo que se funde delicadamente tras las primeras nieblas de la tarde y me recuerda que es hora de marcharme.

- Izquierda: Sector del barrio Lagos del Cacique y el único de los antiguos cinco lagos que sobrevive en la zona.

Visitantes frecuentes al lago: el martín pescador chico (*Chloroceryle americana*).



La Joya

Con sus casas de medio siglo y una sola planta, calados en las paredes, tejas de barro y antejardines cubiertos de descoloridas baldosas blancas y verdes, o rojas y verdes, y verjas de hierro, este emblemático barrio se extiende plácido sobre la escarpa y desde allí mira la ciudad, con amorosa paciencia, ajeno a sus ritmos y a sus afanes.

Sus calles son anchas y apacibles, tan limpias que causan asombro, y los múltiples escenarios para el disfrute colectivo evidencian la raigambre del trabajo conjunto, en *común-unidad*. Aquí han nacido artistas plásticos, políticos —dos gobernadores, entre ellos—, importantes líderes sociales, músicos, periodistas, reinas y modelos, orfebres, zapateros y hasta jíbaros y sofisticados amigos de lo ajeno, y junto con la opulencia conviven el hambre y la extrema necesidad.

La Joya tiene un no sé qué encantador de pueblo encaramado cerca de las nubes. A mí, que nunca había ido más allá de su nombre, me resulta fascinante contemplar a la altura de mis ojos el poético paisaje que conforman las cárcavas, la hondonada de la quebrada, la vegetación que en esta época exhibe un verde húmedo y fragante, y el anuncio de los vientos que entre julio y agosto llenan el cielo de cometas de todos los colores y tamaños,





en una fiesta tradicional y legendaria en la que se «enfrentan» con los habitantes del barrio Santander, su vecino del otro lado del abismo.

Entre las casitas de techo español a dos aguas y cielo raso de caña y bahareque que sobreviven, se ven otras más modernas, aunque su estética particular no va en busca de la belleza, sino del aprovechamiento pragmático de cada centímetro cuadrado. Hay incluso algunos edificios que, desafiando la naturaleza porosa y erosiva —como la de un alfandoque— de estas tierras, se levantan para expandirse hacia lo alto.

Gigantescos árboles, quizá sobrevivientes o herederos de los que habitaron esta hoyada cuando era una enorme finca de tierra árida y reseca, labrada por unas cuantas familias de aparceros que sembraban tabaco, bordean el orillo del barranco. A su amparo, de tramo en tramo, los fines de semana, con el sancocho en enormes ollas, congregan a su alrededor, entre risas y cerveza, a la familia o a los amigos, y surgen pequeños jardines domésticos con flores multicolores sembradas en cuanto tiesto resulta inservible en la cocina. Dan ganas de pasar la tarde ahí, a la sombra de los mangos y los guayabos, bajo el dosel que conforman los cachos de venado, los geranios, los helechos y las portentosas buganvillas, charlando con los vecinos, recordando las historias de esta comunidad que persiste en mantener un viejo patrimonio santandereano, aunque la leyenda popular se empeñe en decir lo contrario: la solidaridad.





La ilusión del Pantano

Más allá del borde que nos permitimos ver desde nuestras convenientes parcelas de realidad, existen otras que desafían de muchas formas nuestro sentido de lo cotidiano. Para aproximarse a ellas es menester tomar rutas distintas, subirse a un bus desconocido, salir de los lugares hechos a la medida de las costumbres.

En esa frontera, sobre las paredes del abismo que circunda la escarpa occidental y se hunde en un valle en el que esa suerte de esculturas geológicas y mutables que son las cárcavas se alzan en todo su esplendor, aparece un barrio cuyo nombre, en ese escenario que oscila entre el verdor y el amarillo reseco, me resulta una paradoja: Pantano. En realidad, son tres «Pantano», pero para el ojo novato constituyen una unidad que empieza a extenderse y a trepar desde el fondo invisible de la cuenca, abriendo sendas y caminos intrincados sobre la tierra cobriza. Aquí no se sabe si las casas suben o descienden, ni cuándo se está pisando la acera, el patio, el jardín o la terraza de un vecino, pues cada milímetro de espacio está ocupado.

Las viviendas mantienen un diálogo permanente con la escarpa, y al tiempo que se hunden en ella, emergen y se expanden; algunas parecen incrustadas en las paredes erosivas, otras, apenas sostenidas por esos milagros que uno quisiera que nunca dejen de existir, para que no devengan en tragedia. Si no fuera por la evidente pobreza de estos sectores, se podría soñar con que son bucólicos pueblecitos rurales que crecen al abrigo de la montaña y han aprendido a hablar su idioma de frases cortas y sin aristas.



Desde una planicie que resulta ser la terraza de una casa que no veo, custodiada por un gato de lustrosa piel rayada y ojos verde agua transparente, veo en primer plano un gigantesco mango cargado de frutos pletóricos, que se me antoja, por un trampantojo, al alcance de la mano. Luego, siguiendo la sinuosidad de la hondonada, diviso una profusión de paralelepípedos de color gris metálico que se sobrepone a diferentes alturas, y cuyo brillo apagado matiza el tono ocre de los adobes rústicos y la oscuridad muda de la miriada de ventanas de todos los tamaños y a todas las alturas. Veo también una multitud de placas de cemento erizadas de columnas desnudas y varillas de metal oxidado, entre las que algún día crecerán nuevos muros de adobe desnudo, nuevas ventanas de todos los tamaños, y, con suerte, uno que otro balconcito para contemplar el privilegio que sigue siendo este inestable paisaje labrado por la lluvia y los vientos.

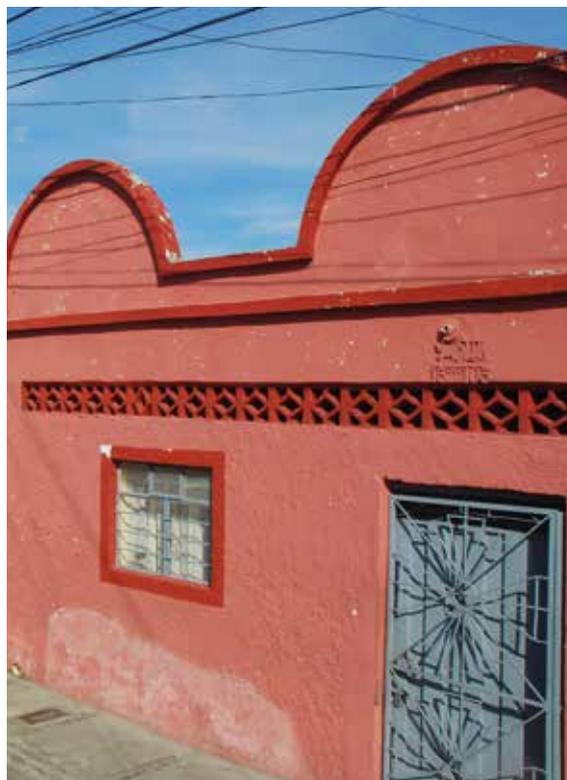
Aquí y allá, una que otra pincelada de color — amarillo tierno, azul aguamarina, blanco roto, rosa pastel, gris perla—. Entre todas, se destaca una casa con un pequeño balcón, en cuyo frente está pintado un jaguar gigantesco, amarillo pollito, con una mirada inquietantemente humana y colmillos romos.



El siguiente plano es la montaña que se va azulando en la distancia, y un horizonte inmenso que va del azul diáfano al gris profundo de las nubes que anuncian una lluvia irremediable. Miro una vez más hacia el fondo del abismo que, si no fuera por la ropa que se orea al aire libre, diría que está deshabitado. Entrecierro los ojos: todo se resume en persistentes manchones de color gris sobre el fondo verde y ocre, rotos por fragmentos de intenso bermellón. Y el cielo sobre la escarpa, como un poema.



- El color es una manifestación de vida. Fachadas con coloridos particulares que nos recuerdan que el vestido dice mucho de cómo somos.







Entre la pepitoria y la champaña

María Cristina Úsuga Soler

Bucaramanga crece vertiginosa, caótica en algunos puntos cardinales al grado de antojarse intimidante en las partes en donde cuelga de la montaña. Como no pudo seguirse expandiendo hacia los lados, creció hacia arriba, como la espuma de la champaña; como el humo perfumado de los asados de antaño; como la presencia perenne de la carne serenada y marinada con la esencia dulce de los raspados del trapiche, para luego ser fraguada en leña; como el sabor certero que vino del mar en la mesa de los migrantes; como todo lo que crece con gracia y elegancia. Como todo lo necesario.

Bucaramanga es hoy una ciudad cosmopolita, multiétnica y pluricultural que acoge costumbres gastronómicas de todas las latitudes, pero no siempre fue así. Por muchas décadas la oferta gastronómica de la Ciudad Bonita circundó —con contadas excepciones— los linderos de la carne oreada, la pepitoria, el cabro en sus diversas expresiones de cocción, la arepa de maíz tostado (con un poquito de ceniza de horno como adobo), los calentados arrechos, el mute, y, por supuesto, las crujientes hormigas culonas. Restaurantes insignes como El Tony, Señora Bucaramanga, Puerta del Sol, La Carreta, El Viejo Chiflas y otros más, templos de la gastronomía santandereana, fueron cediendo espacios a una ciudad que crecía al ritmo de los nuevos visitantes que llegaban en racimos de todas las latitudes (diáspora migratoria en la que tuvo mucha influencia la apertura de la Universidad Industrial de Santander a la educación de diversos estratos sociales de todo el país), y con ellos, además de los ideales, sus mochilas llenas de bollos dulces, de tubérculos amorfos para la sopa, de poderosos mariscos con virtudes míticas y el inimitable arroz cocido en leche de coco, que al mezclarse con los aires propios del Chicamocha fueron reclamando de los empresarios locales de la buena mesa la apertura a nuevas recetas para satisfacer a todos los paladares.



Surgen alternativas: Casalins, Tavolo Gourmet, Mar Azul, Arrecifes, algunos extintos, como Corcovado, la mayoría sazonados con inquietudes de ultramar e hijos de la ancestral cultura andariega aún viva en las nuevas generaciones de chefs en la Ciudad de los Parques. Opciones llaneras, paisas, mexicanas, orientales, italianas, en fin, una amalgama de sabores tan infinita como la imaginación, dispuesta a complacer los paladares más exigentes. Todo ello magistralmente maridado con exquisitos vinos de recia estirpe servidos con cátedra y elegancia casi ritual.

Para aquellos que tienen una condición especial de salud o para quienes eligen estilos de vida veganos o vegetarianos, también existe un espacio ganado a pulso en la mesa santandereana. Emprendimientos gastronómicos como Albahaca, Pacha Mama, Aldea Vegana, Vegano Vacano, Namasté, Flor de Loto, Radha Govindas, Azafrán y muchos otros que hicieron y hacen historia, aun en el terreno impensable de lo trivial, incluyendo en su menú a las estigmatizadas hamburguesas, los *choripapas*, los "suizos" y toda suerte de comida rápida, ahora conversa y servida con arreglo a la buena salud. Un relato que se escribe silencioso, pero con letras de molde, en el corazón y las arterias agradecidas de los habitantes de toda el área metropolitana, y en los espíritus de quienes evitan el sufrimiento innecesario de otros seres, que ya no son servidos en su mesa.

- De la tienda del camino, descansadero después de que se coronaban las vueltas y revueltas de Pescadero, el Restaurante Chiflas es hoy un sinónimo de la comida típica de Santander.







De los sitios elegantes vestidos con el glamur de los manteles blancos, de las mesas que se envuelven en seda para recibir finas copas de cristal y tenedores de plata, de las ventanas que sin montañas en frente mirarían hacia el mar, del auto lujoso o remendado, de la cicla, del bus, tanto visitantes ilustres como parroquianos de a pie bajan y se arriman a las ollas populares de la carrera 21 con calle 50, a la entrada de la plaza de mercado de La Concordia, al restaurante La 22 y sus exuberantes platos, para apaciguar los embates repentinos y de obligatoria atención del reclamo visceral de las mediasnueves, del almuerzo o de las onces. Gallina sudada, bagre en salsa, morcillas, chorizos, papas chorreadas, maduros con queso, arroces de colores que aceptaron con acierto los ingredientes más inesperados, y, por supuesto, el mejor mute de la región.

- Desde 1992, primero con el nombre de Tokio y posteriormente con el de Fujiyama, todos los secretos de la comida oriental que, bajo la tutela de Mei Shia Lin Chou y sus hijos Ching Li y Cheng Yi Lin, mantienen una tradición posesionada en la ciudad.



Las cocinas populares de las plazas de mercado son el portal prohibido con disimulo, pero deseado en secreto a una nueva dimensión, donde la vanidad capitula ante el sabor, donde el banco alto de cuatro patas que da a la barra y la silla de mimbre nos llevan a comparecer ante un succulento ayaco o un humeante tamal con ruyas mientras acaba de terminar la noche.

Pero la osadía culinaria de la Ciudad Bonita no se estacionó en la satisfacción del gusto raizal, sino que dio un temerario y venturoso salto al futuro cuando en el hotel Chicamocha se instituyeron los festivales gastronómicos regionales e internacionales, plataforma en la que se esmeraron por exhibir, durante varios años consecutivos, la cultura de la cocina criolla dispuesta junto con otros fogones procedentes de todas las latitudes del orbe. Se destacan en mi memoria el Festival de Comida Mexicana, el de Comida Española, el de Comida Árabe y el de Comida Peruana: un tributo a la cultura de los pueblos unidos por el alimento; las más auténticas manifestaciones del ingenio servidas en la mesa de los santandereanos.

Capítulo aparte lo constituye el discreto pero contundente arribo a Bucaramanga de los chorizos de doña Eustaquia, directamente importados del Valle de San José, y cuya fórmula magistral —la original e irreplicable, la que encerraba el misterio de doblegar voluntades ante la intención de comer uno solo — aún no ha sido revelada. Dicen que quizá partió con su creadora a la eternidad para ser privilegio de dioses, hurtado a los mortales en las manos de una campesina guanentina.

Las costumbres culinarias ancestrales de Bucaramanga —y de todo el país— dieron un giro de 180 grados con el advenimiento de las “plazas bufet” o “plazoletas de comidas” de los centros comerciales. De una mezcla desigual entre esnobismo foráneo con pretensiones de buena mesa y el instinto de supervivencia del gusto autóctono, surgieron las cadenas productoras de alimentos encarcelados en empaques de colores rígidos y cajas recién lustradas, uniformadas cual guarnición, llenas de las promesas insostenibles que acompañan sus sabores repetidos.



Pero muy a pesar del ejército de comensales presurosos que se aglutinan alrededor de la lisonja del empaque sin alma, los fogones de leña no se apagan, los hornos de piedra donde el café se hierve de madrugada y el maíz se asa al mediodía, bóveda ardiente —vientre— donde crece la galleta en las tardes, no cierra sus puertas y resiste con estoicismo. De que los hay, los hay, y la cocina artesanal también se pronuncia con vigor en la buena mesa de la meseta. Panem, Batutto, Venetto y Penélope son algunos de los emprendimientos del riguroso y delicado arte de la sartén que integran lo tradicional con lo moderno y marchan a la vanguardia del sabor honesto y franco, llevando la frescura de la huerta a los paladares exigentes.

Todo crece, todo cambia, es la dialéctica de la vida, el ADN obligado del ejercicio de existir. Los sabores y los aromas, al igual que los placeres, evolucionan. Entre la mesa familiar servida —artífice silencioso de variados destinos— y el restaurante obligado de días especiales para cumplimentados, graduandos, padres, madres, secretarias, enamorados y demás, tal vez cambien los olores del ambiente o la tersura de los manteles, pero no el sentimiento de integración que surge cuando se lleva a la boca un pedacito de placer servido con amabilidad y buen gusto, o cuando el monótono transcurrir de las horas es felizmente interrumpido por la frase: «Hoy vamos a comer afuera».

La mesa bumanguesa tiene identidad propia, habla por sí sola con elocuencia en cualquier tarima y no se arruga al calor de ninguna brasa. Podría decirse, con permiso de Süskind —sacando de contexto la frase original—, que es «como la esencia, el espíritu de algo pasado que no sufre la perturbación de los atributos habituales del presente». De manera que la nostalgia no es un error, como tampoco es incorrecto pensar que Bucaramanga no solo ha crecido hacia arriba, en las laderas de los riscos y en la cima de las cañadas, sino también hacia dentro, en el patio del asado, en torno al horno de piedra o de la estufa industrial, en torno a la buena mesa y a la buena alimentación.





- Restaurantes que conservan la tradición heredada de la cultura gaucha de los cortes exclusivos y los asados, con la sapiencia de los maestros parrilleros que llegaron a la ciudad con el fútbol y las estrellas argentinas de El Dorado futbolero, Raúl Roque Di Marco y Roberto Pablo Janiot.





Las veredas: de Bucaramanga a Bucaramanga

César Augusto Almeida R.

Las veredas son el campo, “ese horrible lugar donde los pollos se pasean crudos”, como escribió Gabriel García Márquez en 1981. Son los asentamientos rurales alejados del centro urbano, nuestro primigenio espacio donde la vegetación hizo nido desde los comienzos de la vida, donde nuestros campesinos maltrechos por las vicisitudes de la escasez sobreviven con dignidad en medio de olletas y trastos marcados por las abolladuras del tiempo. También es el paraíso terrenal de los potentados propietarios de grandes extensiones de potreros de pastos jugosos, de plantaciones ilimitadas de frutales, acequias caudalosas y productos variados de pancoger.

Estos lugares son mágicos y alucinantes para quienes residen en el fragor incesante de las ciudades, para los amantes de alejarse de los aires impuros, que construyen casas de ladrillo para recrearse en pequeños entornos, un solaz de fin de semana en que los niños citadinos encuentran una mandarina al alcance de su estatura y se paralizan viendo una mariposa radiante de colores escanciando el néctar de una buganvilia. Un éxtasis de ensueño. Un cuento de hadas. A los editores de esta publicación les atrajo el nombre de El Aburrido, lo que es curioso, porque existen sitios más poblados con apelativos espantosos y tenebrosos, como la hermosa Matanza, municipio santandereano de la provincia de Soto.



De volar en la cadencia de una nube, que es transitar por carreteras pavimentadas, para luego tener que bajarse de ahí y pasar a una *vía terciaria*, que es como las llaman poéticamente los ministros de vías, es un tránsito de un lado a otro que algunos emperifollados llamarán una tortura. Para otros, con una visión menos pedestre, es una delicia, un bizcochuelo relleno de néctares. Esa delicia la saboreamos. Yendo hacia Rionegro giramos a la derecha, donde unos vecinos nos observaban sin quitarnos la vista, como si fuéramos visitantes lejanísimos, de otras periferias y con un ojo en la frente. Los pequeños comercios del lugar parecían muy activos, pues están a un lado del camino al mar Caribe. Un leve ascenso nos va cambiando la temperatura del clima sin darnos cuenta, y luego empezamos a sentir que lo que respiramos es un aire puro, diáfano, lejos del que inhalamos plagado de inmundicias químicas en la vida urbana, y entonces el pecho se nos llena de nueva vida.

De camino a la placidez

Placidez es la palabra exacta para describir este memorable paseo de trabajo. Un ave terrestre parecida a una perdiz, que tampoco vuela, pero que trata de cantar y desafina, con su voz destemplada: ¡Aburrí...! ¡Aburrí...! ¡Aburrí...!, terminó por aburrir, y eso condujo a que esta vereda de Bucaramanga la bautizaran El Aburrido. Al parecer este avechuelo bullanguero es endémico. Eso ya le corresponde averiguarlo a los especialistas ornitólogos. Konrad

Lorenz ya falleció, y el reportero gráfico que nos acompaña anda por la vida mirando hacia arriba todo el tiempo, a ver qué pasa volando y en dónde se va a parar. Es tan apasionado por esta actividad que, en su ensoñamiento, y de pie un día cualquiera, va a fotografiar un Jumbo 747 creyendo que jamás había visto un pájaro prehistórico tan inmenso, y tarde que temprano va a descubrir que el nombre científico de su extraño pajarraco es *Palonegris destinus*.



- Alelados por la posibilidad de toparse con el gualilo, como le llaman al ave endémica de la zona. No es posible dejar de mirar para lo alto.

La flor y el derrumbe

Ya conté cuál fue el origen del nombre de la vereda, y espero que no se hayan aburrido. Transitando lenta o rápidamente según las variaciones del terreno, no se nos anunció ninguna tormenta, ni mirando al cielo y menos preguntándole a algún labriego, porque no vimos muchos en las orillas. Ellos son más acertados que Max Henríquez, que el Instituto de Meteorología, con toda la parafernalia de instrumentos científicos. Ellos son hombres del campo de toda una vida, legendarios visionarios, clarividentes de las espesuras

del invierno o de los descampados ardientes del verano. Vamos por en medio de la vegetación esplendorosa, plena de frescura. Ese acompañamiento vital es una cura para la ansiedad, los dolores musculares, la artritis, el lumbago y las angustias del alma. Me fue mejor que en una vista a la EPS, y no lo digo de pura fantasía, sino porque lo sentí como si mis males no me hubieran atormentado nunca. Fue el paso de la amargura a la dulzura.



■ Pava gualilo (*Aburria aburri*)

Hicimos una breve parada en una casa baja, con la sala de visitas en las afueras, hasta la que hay que bajar dos o tres escalones rústicos. La amabilidad de parte de quienes nunca habíamos visto es un arrullo, y su total confianza hacia tres extraños llegados repentinamente son tres arrullos, solo que esta vez musicales. En casi todas las ruralidades esa es la naturaleza de sus nativos, y no conocen otra ni intentan conocerla. Nos sentamos en cualquier parte y nos hablaron del derrumbe de piedras sobre la vía desde el día anterior, y ya estaba una retroexcavadora a 10 m del pequeño siniestro, pesada y somnolienta como un dinosaurio metálico. Noté que el estropicio

fue causado por la deforestación, y lo único que sostenía ese barranco amenazante eran unos simples helechos silvestres. Pero culpan al invierno en su inocente visión de las cosas. Hice un paneo lento sobre el lugar, y paré de inmediato cuando vi una matera con unas pequeñas florecillas que alguna vez había visto o había soñado, pero que en cualquier caso ya había conocido. Quizá en un recuerdo bastante lejano. «Son magnolias», me dijeron casi al unísono. Sí, señores: había oído de ese nombre y las había conocido, mas el venir al campo presente me recordó un campo pasado. La visita a este lugar me ayudó a hallar mi tesoro enterrado en el olvido. Valió la pena este feliz reencuentro. Gracias por todo.

A La Esmeralda sin saberlo

Nos marchamos acompañados de una frescura sublime, admirando el paraíso, el rumor del viento por entre los árboles frondosos, la sinfonía de las aves cantoras, las nubes brillantes que dibujan fantasmas disímiles en el cenit. En fin, un bello sueño con los ojos despiertos. Hay una pequeña casa de ciudad pintada totalmente de blanco, como casi todas las viviendas campesinas. Se nota que no fue construida al desgaire. Se alcanza a notar la mano de un arquitecto o de un aprendiz avanzado de arquitectura. Es bella en su sencillez. Tiene una piscina mediana en la parte baja a plena luz del sol.









Como es un miércoles, está cerrada, pues son casas de fin de semana. Tengo curiosidad de observar por la ventana, pero lo pienso mejor, puesto que, aunque no hay quien la resguarde ni de los mirones, se corre un riesgo imprevisto de que haya un guardián escondido entre los arbustos con una escopeta y me pegue un susto de infarto, de modo que es mejor espantar esa idea infantil de una cachetada en la mejilla. Ya se ven las casitas desperdigadas por la serranía, pues han de saber que las veredas son un emplazamiento de casas separadas unas de otras, donde antes las comunicaciones eran a grito templado, con las dos manos abiertas puestas a cada lado de la boca a modo de megáfono. Esos eran los celulares de la época. A diferencia de las veredas, en los corregimientos las viviendas están juntas unas a otras, y los vecinos sí que son vecinos y se pueden comunicar cómodamente hasta en voz baja. Tienen callejuelas cortas y alargadas y muchas pequeñas capillas para el recogimiento dominical. En las veredas habría que ir a las liturgias hasta su templo, si lo hubiera, a caballo.

Otra casa a la orilla del camino. Es una tienda-hogar: la señora que atiende está en el fondo, tal vez en la cocina de hornilla amasando maíz para las arepas. La esperamos, la saludamos y nos acomodamos. Sí hay cerveza, y tiene que haber servicio de energía eléctrica, porque la bebida está fría, aunque no helada: hay que ahorrar. A fotografiar ese entorno con la memoria, se dijo y me dije. Una mesa de billar abrigada con un caucho tan amplio que le llega a las rodillas es el centro de la sala. El espacio es pequeño para ejecutar ese juego cómodamente, y creo que al jugador que le corresponda tacar desde la parte sur tiene primero que pelearse con las ramas que bordean el sitio. Cuando eche el taco hacia atrás se va a enredar hasta con las matas de paico que ya florecen, ese vermífugo silvestre y fuertemente aromático con que en tiempos pasados desparasitaban a los niños en los campos.

■ Bucaramanga desde Bucaramanga, porque más allá del entorno urbano, existe una ciudad viva, la ciudad verde.



■ Los protagonistas de todas las letras son tan bumangueses como el que más. La diferencia: ellos se pueden dar el lujo de respirar aire puro.

Ya llegaría luego el añorado Pipelón, un frasco pavoroso cuya cuña radial rezaba: «Pipelón, para el niño flaco y barrigón, para expulsar lombrices por montón». Creo que todavía usan el paico, ya que está más a la mano, y no hay que traer Pipelón de lejanas farmacias. La señora debe seguir en la trastienda en sus labores domésticas, y no hay mucho lugar para la charla. Parece estar sola, y no veo niños de aquellos que jugaban con trompos de palo que fabricaban ellos mismos a punta de machete pelado. Su esposo debe de estar en otros jornales. Estoy extrañado porque tampoco veo un perro de esos que si son de color amarillo marrón siempre se llaman Canelo. Debe de estar correteando gallinas. En el centro, en lo alto de la mesa de billar, hay un plafón que parece hecho en yeso con florituras en los bordes. ¿Eso en el campo? Tampoco vi un pájaro enjaulado, pero



- Nostalgia de campo en esa otra Bucaramanga, que fue poblada y creció desde el campo.

sí un guacamayo libre al lado del bombillo único. Está quieto y no cotorrea. ¡Oh, sorpresa! Ahora comprendo: no está disecado sino hecho en tela.

Linda manera de tener un ave colorida en casa sin necesidad de maltratarlas con un encarcelamiento a cadena perpetua. Admiro ahora un juego de la naturaleza, pues hay tres árboles frutales muy juntos, como hermanados, pero no tienen trazas de ser una familia: un guayabo, un papayo y un mandarino. A mí no me engañan si quieren una foto familiar. Ahora regresa Mauricio, el experto fotógrafo que está tomando los registros gráficos para esta publicación. Se había ido a deambular carretera abajo en busca

de algún ángulo imprevisto para la noticia gráfica, porque es un veterano en esa rama del periodismo, y simplemente se limita ahora a pagar mis tres “amargas” bien frías. Señal de que nos regresamos, porque desistimos de llegar a nuestro destino inicial, por lo lejano. Sin embargo, en La Esmeralda entendimos que lo que hay aquí es lo mismo que hay allá, con algunos pequeños detalles que no hacen mucha diferencia. Nos damos la media vuelta y nos despedimos. Todo fue muy bello y agradable. Estuvimos en un sector que aún le corresponde a Bucaramanga, y por eso fue un viaje de ida y regreso de Bucaramanga a Bucaramanga.

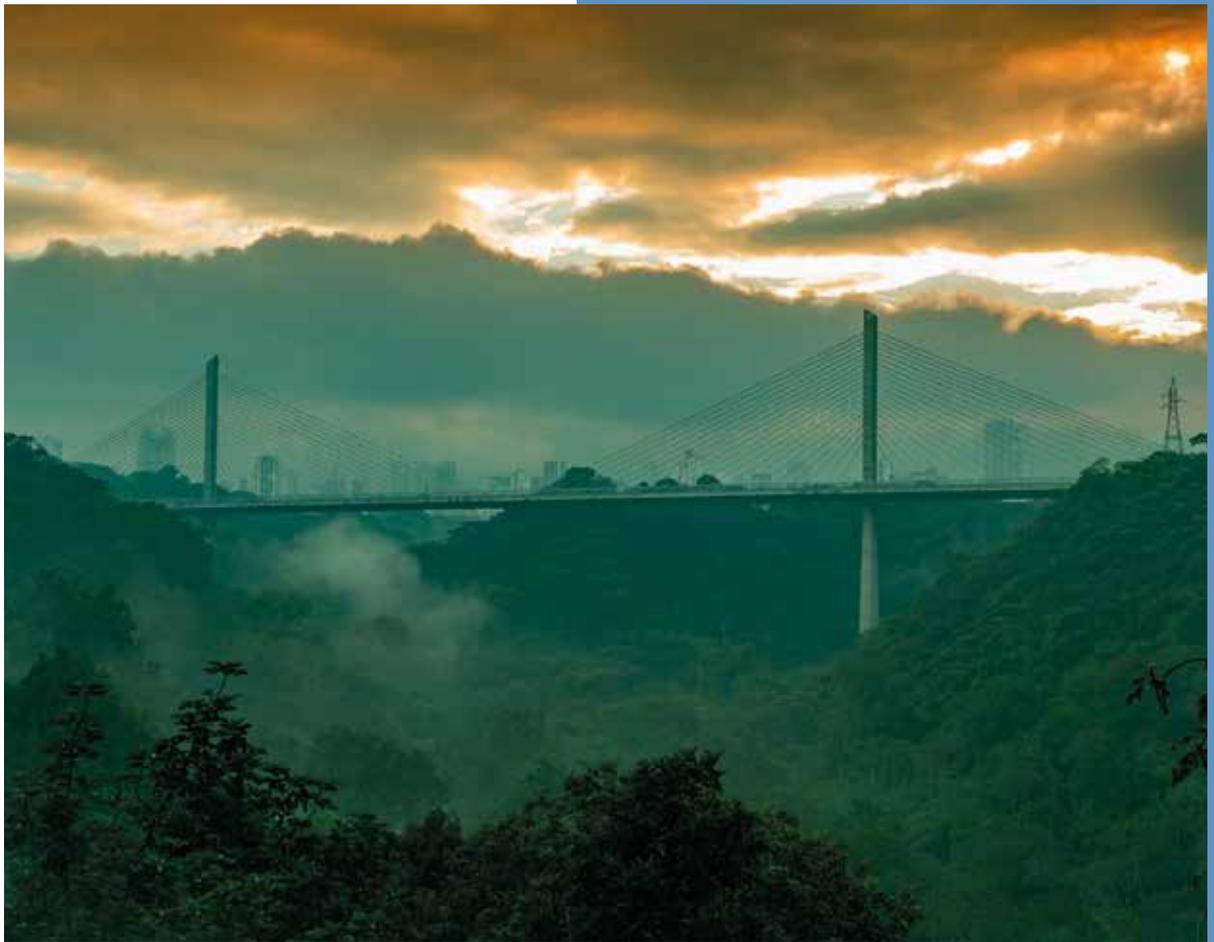
No hubo nada aburrido en El Aburrido.

II



Calea bucamanguesis
Flor endémica de Santander

REFLEXIONES SOBRE LA CIUDAD







La ciudad que soñamos

Félix Jaimes Lasprilla

Escribir sobre la ciudad que soñamos, la del futuro, exige examinar la ciudad del pasado. No importa que solo miremos los últimos 50 años de los 400 de existencia, para luego profundizar sobre la metrópolis del presente, la que hoy vivimos, gozamos y sufrimos.

La Bucaramanga que conocí hace medio siglo, en 1970, cuando arribé de San Gil para estudiar Ingeniería Civil en la UIS, tenía casi 300.000 habitantes, y su casco urbano ocupaba la denominada meseta. Por el norte aparecían pequeños asentamientos sin servicios de agua ni alcantarillado, hoy los barrios Transición y La Independencia. Por el sur, Bucaramanga llegaba hasta los barrios La Victoria y Conucos, recién construidos por el Instituto de Crédito Territorial. Por el oriente, pegadas a la montaña, había lujosas casas separadas por amplios antejardines. Por el occidente se llegaba al borde de la meseta, una escarpa vertical, un abismo con profundidades superiores a 30 m afectado por la erosión que, en cada invierno, se llevaba pedazos de meseta, casas, vías y gente de los barrios Nariño y Gaitán.

La Bucaramanga de los años setenta iba desde la calle 1, en el norte, hasta la 61, en el sur; y desde la carrera 36 hasta la carrera 6 —aunque en algunos sectores llegaba hasta la 2 y en otros hasta la 9—. Desde el cerro de Palonegro, Bucaramanga se veía como una mano con dedos extendidos, cuyos bordes internos carcomidos por la erosión minaban día a día las construcciones. El Aeropuerto Gómez Niño quedaba en la meseta, y la terminal de transporte intermunicipal, en el parque Centenario.



Bucaramanga quedaba a tres largas horas de San Gil, a 90 km por la ruta de Pescadero, con algunos tramos llenos de huecos. Y si bien San Gil estaba muy lejos, Floridablanca y Piedecuesta también lo estaban. Fue a principios de los setenta, con la terminación de la construcción e inauguración del Viaducto La Iglesia, hoy Benjamín García Cadena, que, al salvar la depresión de la quebrada, se pudo terminar la autopista. Entonces se acercó y se abrió el camino para la conurbación de Bucaramanga con Floridablanca.

En el ámbito institucional, en la Bucaramanga de los últimos cincuenta años, se han presentado importantes hitos. Es indispensable recordar la creación, en 1965, de la Corporación Autónoma Regional para la Defensa de la Meseta de Bucaramanga (CDMB), cuyo trascendental desarrollo ocurrió a partir de los setenta, al ejecutar el Plan General de Control de la Erosión, para solucionar el problema que amenazaba la estabilidad de la ciudad. Con el liderazgo de la CDMB, nació la Asociación de Municipios, posteriormente Área Metropolitana de Bucaramanga (AMB). También es importante destacar el nacimiento y desarrollo de las Empresas Públicas de Bucaramanga y de la

Empresa de Desarrollo Urbano (EDUB), cuyo objetivo era crear «una ciudad dentro de la ciudad», en las tierras del antiguo Aeropuerto Gómez Niño, una vez inaugurado el Aeropuerto Palonegro, en 1974.

En los setenta, el Acueducto Metropolitano de Bucaramanga se transformó en una compañía de carácter mixto, dado que había sido privada desde su creación en 1916, y se requerían aportes públicos para financiar el proyecto de ampliación del Suratá. Durante buena parte de los setenta, ochenta y noventa, en Bucaramanga sola una empresa prestaba el servicio de acueducto, y la CDMB, el de alcantarillado. Además de eso, contaba con los servicios públicos de recolección de basuras y disposición de residuos sólidos, también prestados por una sola empresa.

A finales de los ochenta, Bucaramanga resolvió tres problemas de movilidad que la afectaban: 1) se construyó el Anillo Vial Metropolitano para desviar el tráfico nacional, que antes circulaba por las carreras 27 y 15; 2) se construyó la doble calzada Bucaramanga-Girón, y 3) se terminó la construcción de la autopista Floridablanca-Piedecuesta.

En 1988, se dio la primera elección popular de alcaldes, y era el de Bucaramanga, como alcalde metropolitano, quien en buena parte lideraba y orientaba el desarrollo de los municipios que conformaban el área metropolitana. La infraestructura vial, con dobles calzadas a Floridablanca, Piedecuesta y Girón, estimuló el desarrollo urbanístico en los extremos, debido a los bajos precios de la tierra.

Con la Constitución de 1991 y los desarrollos legales e institucionales, se dio mayor independencia a los municipios; con la elección popular de alcaldes, en múltiples oportunidades, se estimuló la aparición de intereses personales por encima de las verdaderas necesidades de planeación, organización y desarrollo de la metrópolis y de la comunidad. Entonces aparecieron empresas de servicios públicos que no prestaban servicio alguno; la corrupción administrativa permeó instituciones que antes eran ejemplares, y el debilitamiento de las instituciones y la falta de confianza se comenzó a enraizar en nuestra

sociedad. En la década del 2000 al 2010 mal nacieron Metrolínea y EMPAS, y la CDMB cayó en la politiquería, con sus correspondientes consecuencias.

Para examinar la ciudad del presente, conviene observarla a partir del 2010, cuando se consolida el fenómeno metropolitano y aparece el ciudadano metropolitano. Es decir, el ciudadano del común, aquel cuya familia vive, trabaja o estudia en cualquiera de los cuatro municipios que conforman *nuestra ciudad*; aquel que lamentablemente no relaciona el caos de la movilidad, los problemas de planificación y de seguridad, ni detalla el uso de los impuestos que paga con cómo está organizada administrativamente su ciudad para la prestación de los servicios a los que él tiene derecho.

- La conurbación de los espacios entre los municipios de Floridablanca y Bucaramanga se evidencia en su desarrollo urbano.



No es un secreto que *nuestra ciudad*, con algo más de un millón de habitantes, a pesar de estar conformada por cuatro municipios con cuatro alcaldes, cuatro personerías, tres contralorías, cuatro oficinas de control interno disciplinario, cuatro de control interno de gestión, cuatro secretarías de tránsito y 72 concejales con honorarios, presenta multiplicidad de funciones que generan ineficiencias administrativas que cuestan mucho dinero. A lo anterior habría que agregar que para mantener en un estado regular las vías metropolitanas existen nueve instituciones; para el acueducto, dos empresas; para la recolección y disposición de residuos sólidos, seis empresas privadas y tres públicas; para Planeación y Control Urbano, cinco planes de ordenamiento territorial con cuatro Secretarías de Planeación y ocho curadores urbanos; cuatro Sisbén; tres municipios certificados en términos de educación, y uno no. Podemos concluir que la complejidad y el caos en la administración de *nuestra ciudad* son consecuencia de tener más de cien oficinas de primer nivel para la toma de decisiones, además de cuatro estructuras tarifarias del impuesto predial, de las cuales la de Floridablanca es una de las más altas de Colombia. En resumen, vivimos en una babel.

Por ello, la Cámara de Comercio, junto con las universidades UNAB, UIS, UPB y UCC, estudió la opción de crear el Distrito Metropolitano de Bucaramanga. Ignoro a la fecha si esta en realidad es una solución viable, pero urge estudiar cómo salir de la babel en la que estamos. No puedo desconocer que la decisión de crear este Distrito es política, pero pregunto: ¿podrá nuestra indolente clase política ignorar esta realidad estructural de la organización de *nuestra ciudad*, que va contra la lógica, la competitividad y la eficiencia administrativas?

Con los antecedentes expuestos, después de ver el pasado y el presente, examinemos ahora la ciudad que soñamos, la ciudad del futuro, la de los próximos cincuenta años.

Necesitamos crear y creer un *cuento* de un proyecto de ciudad con instituciones que generen confianza; una visión de futuro para recuperar el gen de la solidaridad que nos permita crecer armónicamente. La ciudad del futuro exige recuperar la confianza en las instituciones; evitar que, como hoy, cada institución o cada persona vele por sus intereses de manera egoísta, sin importar lo que les pase a los vecinos. La ciudad que soñamos tiene que cimentarse sobre una visión compartida, sobre el respeto por la legalidad y la justicia. Para tener la ciudad soñada, apremia superar que instituciones como la CDMB y la EMPAS tengan dueño. No podemos soñar una ciudad justa, equitativa, con un territorio organizado y en crecimiento ordenado, si los administradores públicos ven cada proyecto como un contrato que pueden aprovechar en beneficio personal, y no como la posibilidad de solucionar necesidades de la comunidad.









El desarrollo físico del territorio de la ciudad que soñamos pasará de manera incontrovertible por la verticalización de la meseta. Se fortalecerá la ciudad región, con pluricentros, conformada por los cuatro municipios actuales más Lebrija, Rionegro, Tona y La Mesa de Los Santos. En el desarrollo equilibrado y armónico de esa nueva ciudad región deberá actuar el municipio de Bucaramanga como el ente articulador de la planificación integral de la totalidad de esta región.

Entre los siguientes diez a veinte años deberemos superar el fracaso de Metrolínea como solución al transporte masivo; superar, por economía y eficiencia, la multiplicidad de empresas de servicios públicos; desarrollar las plantas de tratamiento de aguas residuales necesarias para entregar las aguas servidas a los ríos, debidamente recuperadas; proteger las cuencas superiores de los ríos Frío, Suratá y de Oro, que nos garantizan el agua; iniciar los estudios para construir un metro o tranvía, posiblemente elevado, que interconecte

a Piedecuesta con la UIS, que atraviese desde allí la meseta por el suroccidente hasta Girón, y por el Anillo Vial Externo regrese a Piedecuesta. De otra parte, será necesario unificar las tarifas del predial urbano y rural para superar las actuales inequidades; acabar con la corrupción en la contratación, y dar paso a instituciones que soporten planes integrales de desarrollo regional.

El desarrollo urbanístico de los valles de Mensulí, el Río de Oro, Ruitoque Bajo y Aranzoque, así como de las tierras que rodean el denominado Anillo Vial Externo será una realidad antes de veinte años, así como los desarrollos industriales sobre la nueva vía Bucaramanga-Barrancabermeja.

Pero solo tendremos la ciudad soñada si somos capaces de recuperar las instituciones, de forma que realmente estén al servicio del ciudadano metropolitano.





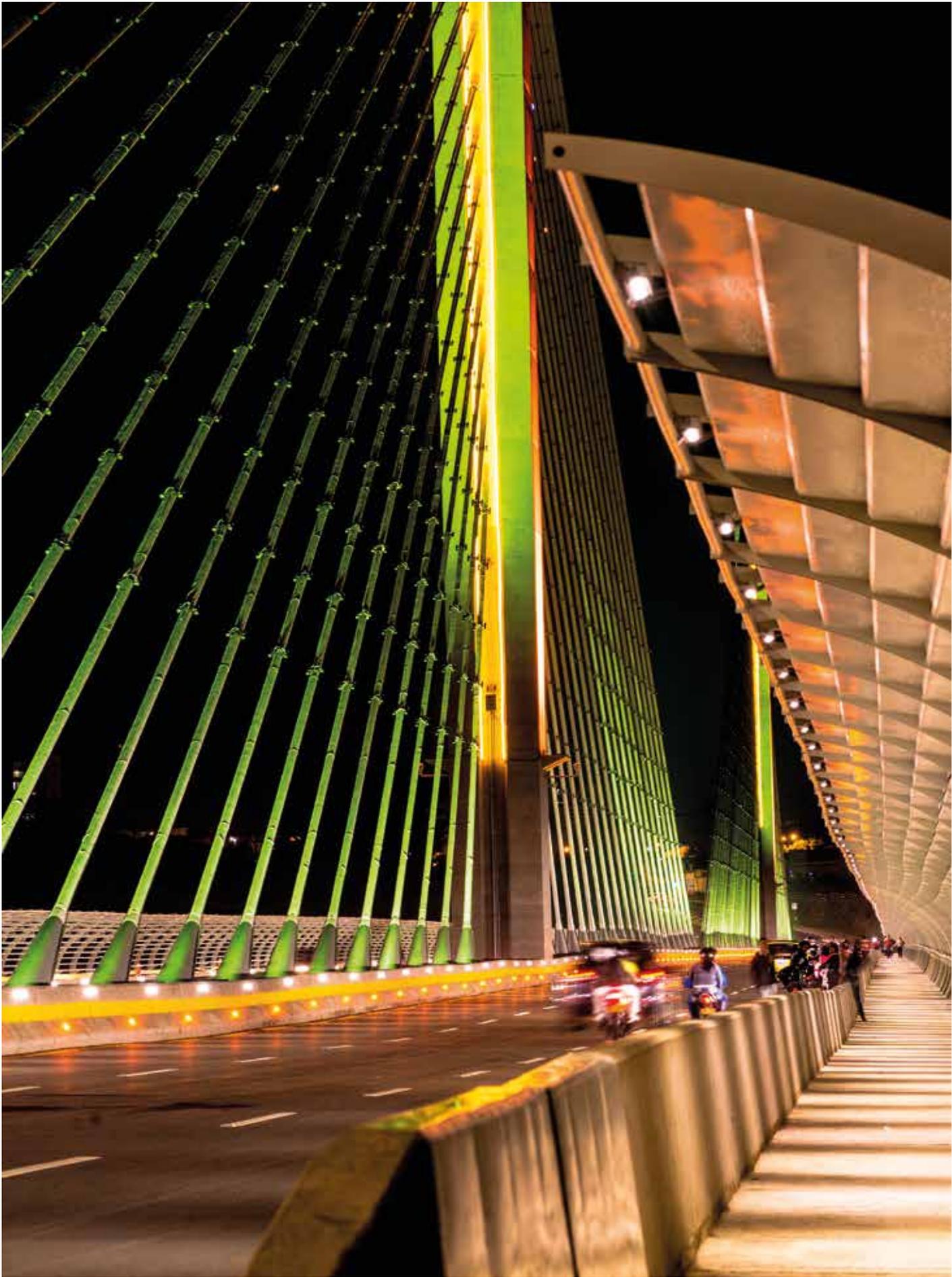
Bucaramanga, una ciudad que desbordará sus propias expectativas

Consuelo Ordoñez de Rincón

Pensar en Bucaramanga y su desarrollo futuro pasa primero por reconocer las particularidades de su ubicación geográfica, enclavada en las montañas del brazo oriental de los Andes, cerca y lejos de todo, sin aparentes oportunidades relevantes, ni grandes infraestructuras o emporios empresariales. A pesar de ello, Bucaramanga es una ciudad que, con una pujanza y una capacidad propias de sus gentes laboriosas, inteligentes y perseverantes, ha alcanzado niveles de competitividad y desarrollo que hoy la ubican como la cuarta economía más competitiva del país, según el informe del Consejo Privado de Competitividad y la Universidad del Rosario, en su última versión (2020).

Esta reflexión también exige pensar de manera *multiescalar*, para reconocer que Bucaramanga no se limita a su jurisdicción político-administrativa, sino que hoy se proyecta en un entorno metropolitano donde, a falta de una integración formal como distrito, se asume como núcleo de la aglomeración más importante del oriente colombiano. Un núcleo que coordina acciones con sus municipios vecinos de Girón, Floridablanca y Piedecuesta, y que muy prontamente habrá de incorporar en esta visión regional a Lebrija, Rionegro y Zapatoca, para consolidar un complejo de integración urbano-rural con mayores capacidades de desarrollo y proyección sostenible.

En términos espaciales, Bucaramanga creció hasta ocupar prácticamente todo su territorio en la meseta, y se extendió con mayor preeminencia hacia el norte y el sur, ante las barreras naturales de cerros y escarpa al oriente y occidente.



Ello no solamente por el crecimiento demográfico endógeno, sino porque históricamente ha sido albergue de muchos compatriotas y extranjeros atraídos por la calidad de los servicios que ofrece. La región ha atraído empresarios y profesionales, cuyas inversiones o labores no necesariamente se desarrollaban de manera exclusiva en la ciudad, sino que, vinculados al comercio o a la actividad productiva del Magdalena Medio, encontraron en este territorio la ubicación más apropiada para sus familias. Más recientemente, la ciudad ha recibido una amplia población migrante fruto de la violencia que ha enfrentado el país y de los problemas socioeconómicos de Venezuela, lo que ha incrementado la demanda de suelo y vivienda, especialmente de carácter social.

Los bumangueses tenemos esencialmente una historia de éxito. Hemos hecho un gran esfuerzo por derrotar el cáncer de la erosión, hemos desarrollado micro, pequeñas y medianas empresas manufactureras que permiten abastecer el mercado local y se insertan en escenarios nacionales y de exportación. Hemos incursionado en un sistema de logística y servicios de valor agregado. Hemos fortalecido centros de educación superior reconocidos por su calidad académica —liderados por la Universidad Industrial de Santander—. Hemos venido consolidando un sistema de salud con instituciones de excelencia y gestionado proyectos de ciencia, tecnología e innovación en distintos frentes. Un valioso potencial para capitalizar y fortalecer.



Haciendo gala de esa condición de excelencia, el llamado es ahora, con 400 años de potente historia, a mantener la ciudad en forma e impedir que los años la marchiten. Esta ciudad bonita y cordial, donde todo queda relativamente cerca, y donde aún se puede disfrutar de la vida familiar y barrial, sin abstenernos de los servicios de la modernidad, está a punto de fracasar ante las complejidades de la aglomeración, y requiere con urgencia una planeación integral que permita proyectar las oportunidades para una población creciente que demanda empleo, infraestructura, mejor calidad en servicios sociales y soportes urbanos. Necesitamos una visión conjunta de ciudad, una identidad colectiva que nos vincule como sociedad, y en la cual logremos el compromiso unánime de la trilogía ciudadanía-empresa-Estado, para renovar nuestra vocación económica, para recuperar la estética, la calidad del espacio público, así como la cordialidad, el respeto y la firmeza de los principios de honorabilidad y trabajo decente que nos permitieron alcanzar los éxitos y los niveles de vida que hemos disfrutado hasta hoy, y que estamos perdiendo poco a poco.



- Embalse del río Tona, que asegurará el agua del área metropolitana por los próximos 15 años.

En este marco, la prospección colectiva que propongo debe enfrentar al menos cinco retos pendientes:

1. La eliminación de la segregación social gestada por décadas con la expansión de la mal llamada “ciudad norte”¹ y la persistencia de asentamientos subnormales en los bordes occidental y oriental, en muchos casos en condiciones de alto riesgo de deslizamientos o avalanchas, que exigen una política integral de asentamientos y reasentamientos urbanos. El reconocimiento de la deuda social de soluciones habitacionales seguras y sostenibles, que implican también una mirada integradora y productiva hacia las zonas rurales cercanas y hacia programas de renovación urbana, sin afectar negativamente a propietarios y moradores, en zonas hábiles para redesarrollo y revitalización urbanas.

2. El reconocimiento de nuestra vocación de servicios y el fortalecimiento de corredores y zonas industriales y logísticas, incluida la zona norte, con generación de empleo formal que permita reducir las altas tasas de informalidad; así como la convocatoria a la pequeña y mediana empresa a generar alianzas y encadenamientos, a fin de eliminar la competencia de bajo nivel para acceder a nuevos mercados y destacarse por diseño y/o calidad.

¹ Correspondiente a las comunas 1 y 2 de Bucaramanga, donde se ubicaron desarrollos habitacionales de estrato bajo y reducidos soportes urbanos, así como asentamientos subnormales que luego se consolidaron.



■ Parque Santander, una apuesta por el ornato de la ciudad.

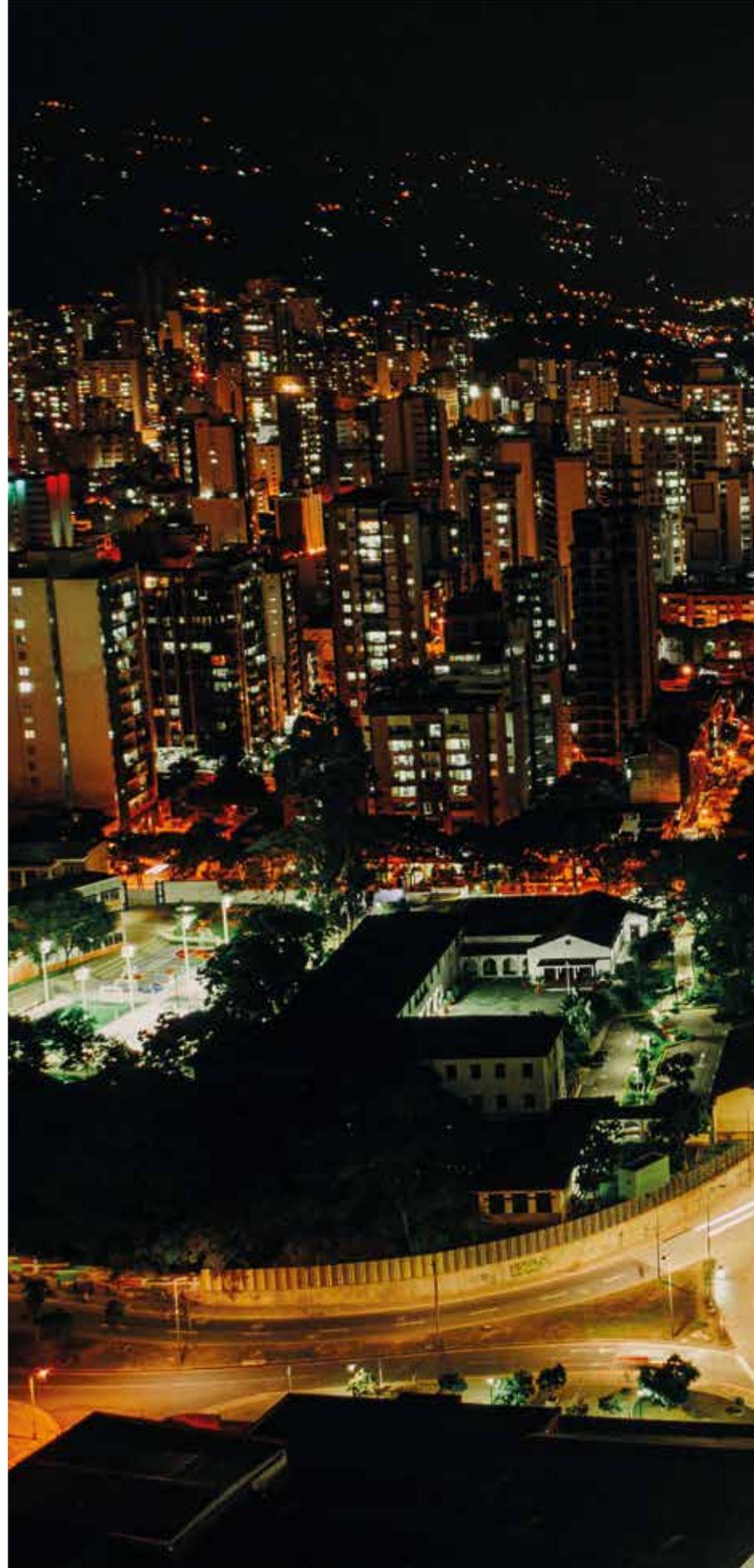
3. La recuperación del ornato urbano en general, pero en especial del centro de la ciudad, con el ánimo de otorgarle el valor cultural y tradicional que merece. Viabilizar zonas emblemáticas como el Paseo del Comercio, Chorreras de Don Juan y el entorno de los parques Bolívar, Santander, Centenario y Antonia Santos, para ubicar desarrollos gastronómicos, comerciales y culturales ordenados y atractivos que le otorguen un nuevo aire a un entorno recuperado. De allí, seguir reconstruyendo hacia el occidente la plaza San Mateo, con actividades culturales y productivas sostenibles, y renovando las calles 34 y 36 como ejes de integración zonal.

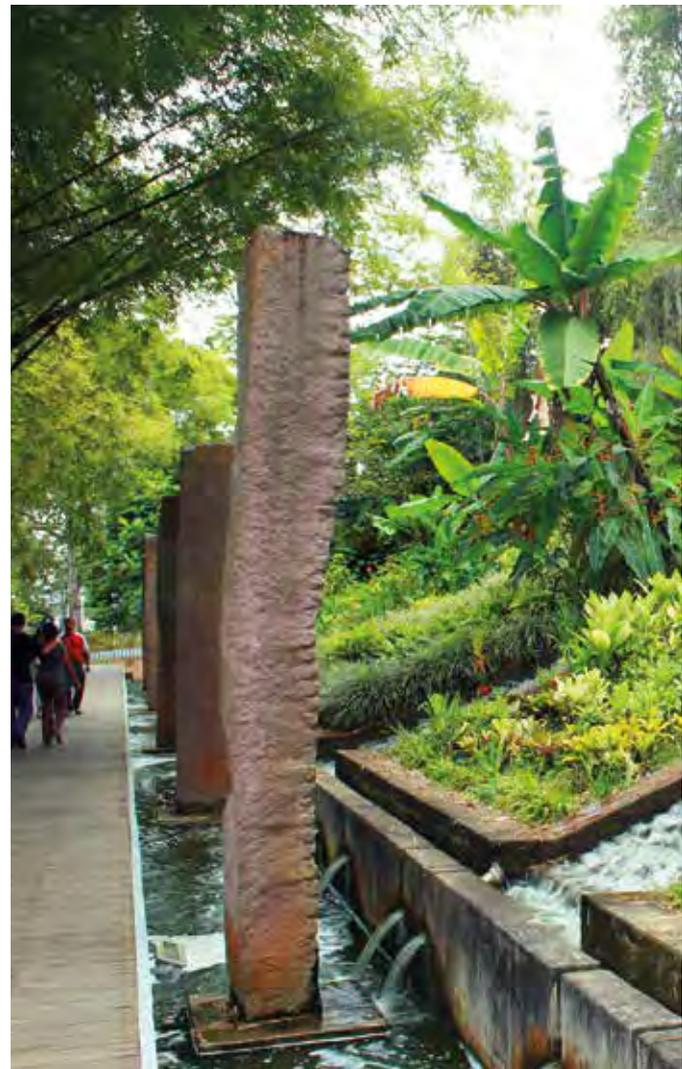
4. La solución al problema de la disposición final de residuos sólidos en el contexto metropolitano, para garantizar la incorporación de la economía circular y motivar procesos de transformación de materiales con tecnología apropiada. Así, se privilegiará colectivamente la financiación de un sistema de reducción de desechos.

5. Un modelo de transporte público con integración física, operacional y tarifaria para toda el área metropolitana y las zonas aledañas, tanto suburbanas como rurales, y los municipios vecinos. Ello para promover el transporte limpio, con la recuperación de la formalidad, el fortalecimiento de la poca infraestructura disponible, los centros de intercambio modal y cobertura hasta la última milla.



Bucaramanga metropolitana crece aceleradamente con grandes retos y una agenda de servicios pendientes que debe actualizar para mantenerse en los niveles protagónicos de desarrollo y competitividad alcanzados, y, sobre todo, para proyectarse con fortaleza en el mercado, cada vez más innovador y especializado. Esta propuesta de un ejercicio prospectivo para construir la visión compartida de futuro que le garantice identidad propia y liderazgo para los próximos treinta años, acompañada de un conjunto de decisiones y proyectos estratégicos que progresivamente la vayan llevando a ese escenario deseado, sería un regalo maravilloso para esta ciudad siempre joven de 400 años. Lo contrario, la ausencia de una planeación integral a mediano y largo plazo, podría conducirla en la senda del deterioro tendencial, que ocurre cuando no tenemos un objetivo y





perdemos la ilusión de innovar, o cuando no se tiene la claridad, la energía o la decisión de elevar los niveles de satisfacción, exigencia y compromiso.

Los ciudadanos tenemos hoy la posibilidad de derrotar la apatía y entregarle generosamente nuestro conocimiento, ideas, ilusiones, recuerdos, anhelos y propuestas para que en una construcción colectiva definamos para los próximos treinta años un compromiso integrador, y los vehículos y motores que nos lleven al más hermoso puerto de llegada, el de la ciudad más bonita, más cordial, más solidaria, más pujante, más moderna, más sostenible y más equitativa que entregaremos a las futuras generaciones, con orgullo y satisfacción del deber cumplido.





Entre el obstáculo geológico y la dificultad política

Álvaro Beltrán Pinzón

La escabrosidad de la montaña, la aspereza del territorio y la quebradiza geografía que entorpece la comunicación, y que casi obliga al repliegue en el aislamiento, son algunos de los accidentes orográficos que se manifiestan a lo largo del paisaje santandereano. Estas características también parecen replicarse en los asentamientos humanos que surgieron y aprovecharon los intersticios que dieron forma a una terraza, una meseta y algunos pequeños valles que propiciaron una cierta exacerbación de la autonomía refractaria y el apego al terruño, claramente auspiciados por un clima agradable y un beneficioso régimen de lluvias.

La pertinaz dificultad geológica, primero experimentada entre la cuenca de la Quebrada Seca y la escarpa occidental, que dio pie a cordones de asentamientos tuguriales, más adelante se hizo presente en las depresiones y fallas que obligaron al apretado desarrollo de una ciudad cada día más pujante, gracias al ingenio de sus habitantes y al particular espíritu emprendedor que los define cuando se trata de encontrar solución a los problemas. El trazado de vías estrechas, el entramado que buscaba el mejor rendimiento del suelo y la provisión de los servicios públicos constituyeron una preocupación fundamental para asegurar la morada de los migrantes que deseaban asentarse en su territorio.

Para superar la gran depresión que separa a Bucaramanga de Floridablanca, en 1970 se consolidó el viaducto García Cadena, que significó su rápida expansión, aunque caótica. Otro tanto puede decirse en relación con el viaducto La Flora, puesto en funcionamiento en 1995. Las tradicionales carreras 15, 27 y 33, que marcaron los ejes longitudinales del desarrollo de la Bucaramanga de antaño, encontraron de esta manera su prolongación hacia el sur.





El alcantarillado se inició en 1933, y se dispuso que las aguas de la quebrada Encarnación debían utilizarse para lavar los colectores. La mayor parte de los caudales superficiales siguieron corriendo por las cañadas, sin estructuras de control, lo que ocasionó la gran amenaza de deslizamientos en todo el sector occidental de la meseta. Solo hasta mediados de 1970 se pudo dar solución al riesgo de erosión, mediante la fructífera labor desarrollada por la Corporación Autónoma Regional para la Defensa de la Meseta de Bucaramanga (CDMB).

El servicio de agua potable surgió por iniciativa de monseñor José de Jesús Trillos y permaneció en manos privadas hasta 1975, cuando la magnitud de las obras de ampliación, necesarias para proveer el vital líquido a la importante urbe que se avizoraba, impusieron su estatización. Por su parte, el suministro de energía eléctrica se materializó en 1891, también por emprendimiento privado, con lo que Bucaramanga se convirtió en el primer municipio colombiano en contar con alumbrado público de origen hidráulico. Otro tanto se puede advertir de los servicios de aseo y de telefonía.

En suma, la historia de los servicios públicos de la ciudad estuvo marcada por la tensión entre los emprendedores que fundaron las empresas y los ediles que querían declararlos de utilidad pública. En 1972 hubo un gran avance, cuando el Concejo Municipal, bajo la presidencia de Rodolfo González García, creó las Empresas Públicas de Bucaramanga, con el propósito de administrar, unificadamente, los servicios de acueducto, alcantarillado, teléfono, aseo, plaza de mercado, matadero, plaza de ferias, plantas y pavimentos, central de transporte, central de abastos y suministro de combustibles. Sin embargo, diferentes factores e intereses políticos llevaron a que esta unificación de servicios no se perpetuara; con el correr de los tiempos, el crecimiento de la ciudad y la conurbación con los municipios vecinos (Girón, Floridablanca y Piedecuesta), se ha llegado a una profusión de empresas que dificultan la administración eficiente de los recursos y no aportan al cabal cuidado de la naturaleza y la ecología.



- Uno de los hitos del desarrollo urbano de la ciudad, fue la construcción del programa de vivienda en las antiguas pistas del Aeropuerto Gómez Niño, que llevó por nombre Ciudadela Real de Minas, en homenaje al primer nombre de nuestra ciudad. El proyecto de vivienda Plaza Real, fue el primero en construirse en el sector.



A fin de proveer un modelo de desarrollo urbanístico que consultara todos los aspectos necesarios para el mejor bienestar de los habitantes, se creó la Empresa de Desarrollo Urbano Ciudadela Real de Minas; sin embargo, esta solo alcanzó a concluir los proyectos habitacionales Plaza Mayor, Ciudad Bolívar y otros pocos conjuntos, sin que alcanzara a convertirse en el modelo a seguir para las iniciativas desordenadas que se estaban avizorando hacia el sur.

A sus 400 años de vívida existencia, entre la pujanza y las complicaciones políticas, la Bucaramanga de hoy está llamada a afrontar el reto que definió la Organización de las Naciones Unidas en septiembre de 2015, para asegurar la prosperidad de sus pobladores como parte de una agenda de desarrollo sostenible. Ha de constituir preocupación fundamental que todos los habitantes tengan acceso a vivienda digna antes de 2030, lo que implica la reubicación de las construcciones inestables que se localizan en las escarpas o en las zonas con potencial de inundaciones o deslizamientos en masa.

Así mismo, será clave proporcionar un sistema de transporte público eficiente y seguro, que incluya tranvía eléctrico, teleférico y un sistema masivo en el ámbito metropolitano. La provisión de andenes y alamedas adecuados para el tránsito peatonal son parte de un proyecto para enmendar las fallas que presentó desde su inicio el trazado urbanístico de la ciudad. El cierre de calles para el tránsito de vehículos es una necesidad imperiosa, así como dar paulatina prioridad al uso de la bicicleta, en el cometido de crear una ciudad más amable.

La renovación urbanística y sostenible con el medioambiente debe privilegiar el uso de energías alternativas; y se impone la reutilización de las aguas lluvias y el tratamiento de las aguas residuales antes de verterlas a las corrientes hídricas, pues de otra forma aportan, de manera irresponsable, un alto índice de contaminación. La producción de residuos sólidos debe reducirse mediante el adecuado reciclaje,



y el contenido de materia orgánica debe utilizarse para fines de generación energética y producción de abonos naturales.

El interés por los espacios recreativos y de encuentro —que en su momento le valieron a la ciudad el calificativo de Ciudad de los Parques, gracias a la alianza público-privada que hizo posible la construcción de los 21 escenarios emblemáticos que aún subsisten— podría encontrar continuidad con la creación de un gran parque metropolitano en la zona nororiental, hoy ocupada por cantones militares, que se integre con el campus universitario de la UIS, el Estadio Alfonso López y la Villa Olímpica.

El gran reto político que surge para la Bucaramanga metropolitana es la configuración de planes de ordenamiento territorial que armonicen los usos del suelo y las vocaciones de las comunidades, así como encontrar una forma de administración que haga posible la utilización eficiente de los recursos; esto en el entendido de que la suerte de cada uno de los municipios que la conforman está irreversiblemente atada a la de los demás. La estructuración de un eje de desarrollo multipropósito, que tenga como polos a la Bucaramanga metropolitana y a Barrancabermeja, es gestión inaplazable para el futuro de Santander.

La línea de sombra de los escollos que se han tenido que superar durante estos 400 años de vida histórica de nuestra ciudad parece moverse entre el obstáculo geológico y la dificultad política. Pero esta permanece abierta al futuro, con gran esperanza, a partir de la fuerza del saber, el impulso de su sensibilidad y la tesonera voluntad de afirmación en sí misma. Por supuesto, necesitamos reconstruir ese principio de cordialidad con el hombre y con la vida, de apertura hacia el acogimiento y la inclusión. En este impulso sabremos encontrar las vías para otros tránsitos, un mejor modo de la existencia y del estar, siendo de aquí, pero con espíritu global.









Bucaramanga metropolitana, ciudad región inclusiva y creadora de valor sostenible

Nívea Santarelli Franco

Atendiendo la invitación del rector de la Universidad Industrial de Santander para participar en esta valiosa publicación realizada con motivo del cuadringentésimo aniversario de nuestra querida Bucaramanga, me complace aportar mi visión prospectiva sobre los temas económicos de la ciudad.

Este texto pretende plasmar una mirada sobre la vida económica que la Bucaramanga metropolitana de hoy puede consolidar sobre nuestras fortalezas y potencialidades, así como sobre los grandes retos que debemos atender para lograr una ciudad región creadora de valor, sostenible e integradora del territorio.

He formado esta visión a lo largo de más de cuatro décadas de experiencia profesional en la región, tiempo durante el cual he tenido el honor y la oportunidad de liderar numerosas iniciativas y emprendimientos, tanto desde lo privado como desde lo público, así como de asesorar y acompañar la gestión de un importante número de empresas. He logrado conocer, más allá de las cifras y estadísticas, qué mueve nuestra economía, cómo es nuestra cultura empresarial, cuáles son nuestras más críticas falencias y cuáles nuestras mayores oportunidades.



En primer lugar, debo rescatar la memoria de un importante proceso gestado en Bucaramanga a finales del siglo xx en el que, liderados por Corplan², entidad que tuve el orgullo de dirigir, más de 400 ciudadanos de los diferentes estamentos sociales, económicos, académicos, culturales y políticos soñamos juntos una visión de ciudad deseada. Como fruto de ese esfuerzo colectivo, concebimos el Plan Estratégico Bucaramanga Metropolitana 2000-2015.

Este plan fue integrado a los distintos planes de desarrollo de la época, y hoy, veinte años después, la visión de futuro concebida en ese entonces continúa plenamente vigente: «La región metropolitana de Bucaramanga, punto de encuentro e integración del nororiente colombiano, será un territorio verde donde convive una sociedad solidaria y creadora, que se une con sus instituciones para liderar su propio desarrollo».

En contraste con el entusiasmo ciudadano de ese entonces, poco hemos avanzado en la práctica, y por esto quiero llamar la atención sobre una primera y gran debilidad que sufrimos y que debemos superar en la región: periódicamente emprendemos iniciativas de «soñar con el futuro que queremos», acudiendo a la ilusión de ciudadanos y dirigentes que participan de manera entusiasta y optimista en estos ejercicios de prospectiva y planeación. Pero esa energía no perdura cuando se trata de pasar de la visión a la acción, y de poner en marcha los planes requeridos para hacer realidad esa ciudad proyectada.

Me propongo ahora desarrollar los cuatro componentes enunciados en la introducción, claves en la visión de futuro de Bucaramanga metropolitana, y que conforman mi visión de esa ciudad soñada desde el factor económico: ciudad región, creadora de valor, sostenible e integradora del territorio.

² Corporación Metropolitana de Planeación y Desarrollo de Bucaramanga, conformada en 1999 por la dirigencia gubernamental, gremial, empresarial y académica de la ciudad, y que no tuvo continuidad, por falta de liderazgo y compromiso de sus dirigentes.







Ciudad región

Cuando hablamos de Bucaramanga, dada la conurbación existente, es imposible circunscribirnos a la delimitación política de los cuatro municipios que conforman el área metropolitana de Bucaramanga. Tenemos cuatro alcaldías con sus respectivas institucionalidades, con visiones de desarrollo muy diferentes y la consabida duplicación de recursos y esfuerzos. Entretanto los ciudadanos trascendemos el concepto de *municipio*; vivimos nuestras vidas en una sola ciudad región, en la que compartimos y disfrutamos los bienes y servicios que nos brinda. Una ciudad región que debería convertirse en un lugar atractivo para estudiar, trabajar, visitar e invertir.

Hoy más que nunca se requiere la voluntad política de nuestra clase dirigente para poner en práctica esa visión metropolitana en la que podamos conformar, tanto en la política como en la práctica, un solo

ecosistema educativo social y económico. Un espacio en el que todos nos comprometamos con el desarrollo social, económico y cultural de nuestro territorio y los ciudadanos que lo compartimos, en correspondencia con la agenda global.

Creadora de valor

Hoy más que nunca cobra relevancia la propuesta de construir en Bucaramanga metropolitana «un escenario de generación de riqueza colectiva bajo principios de equidad social y sostenibilidad ambiental, basado en la aplicación de la ciencia y la tecnología, para el desarrollo de los sectores estratégicos con el compromiso social de los agentes del desarrollo, en especial de los empresarios, los trabajadores y el gobierno»³.

³ Es este el objetivo de *ciudad competitiva* en el Plan Estratégico de Bucaramanga Metropolitana 2000-2015.



Según informes del DANE (2018), Bucaramanga metropolitana aporta el 47 % del valor agregado a la economía de Santander, y es reconocida tradicionalmente como centro prestador de bienes y servicios como educación, salud, tecnología, transporte, alimentos, maquinaria agrícola, moda y construcción, entre otros. Para lograr que estos sectores sean portadores de futuro, debemos considerar la creatividad como elemento clave para transformar positivamente nuestro ecosistema productivo. Así los estamentos sociales, políticos y económicos deberemos unirnos con el propósito de aplicar el conocimiento que generamos en la academia, sector de relevancia en nuestra región, para lograr el cambio cultural que nos permita agregar valor intelectual a los procesos productivos y generar nuevas fuentes de negocios basados en innovación y tecnologías de última generación.

Aunque el tema propuesto para este artículo es el de la visión de nuestra economía, hoy es impensable una sociedad centrada solo en el propósito de generar valor económico en cualquier sector o actividad. Por tanto, es imprescindible considerar al mismo tiempo los tres ámbitos de generación de valor: el económico, el social y el ambiental.





Las organizaciones y los territorios se deben a los estamentos y partes interesadas que conforman una comunidad; por esta razón, al considerar sus objetivos de competitividad y creación de valor, deben velar simultáneamente por el bienestar y progreso de su entorno.

Sería importante proponer un acuerdo de los distintos actores sociales de la región alrededor del compromiso de generar valor compartido en las tres esferas de valor como fuerza impulsora de progreso y bienestar para nuestra sociedad.

Sostenible

En concordancia con la planteado en párrafos anteriores, debemos poner en práctica ese sueño de «lograr un desarrollo armónico y sostenible». Debemos pasar de la definición de políticas a la acción orientada al uso racional de los recursos, así como contemplar la preservación de los ecosistemas de la ciudad y su entorno inmediato; en definitiva, requerimos una cultura ciudadana de consumo responsable y prácticas empresariales sostenibles.

Según la ONU, las ciudades ocupan el 2 % de la superficie terrestre y son responsables del 80 % de las emisiones de CO₂ y del 75 % del consumo de la energía. Por su tamaño, esta ciudad tiene una escala ideal para hacer una apuesta orientada a generar un impacto positivo en el medioambiente, con estrategias de economía circular, procesos de innovación y transición energética, entre otros.

Integradora del territorio

Finalmente, subrayo el aspecto de la responsabilidad de nuestra ciudad como motor del desarrollo integral, armónico y sostenible del territorio en el que estamos insertos. Es nuestro deber crear y fortalecer vínculos urbano-rurales sostenibles que permitan la prestación de servicios ecosistémicos y la creación de mercados de proximidad y economía circular, entre otras alternativas de integración. Necesitamos apostar por el desarrollo de acciones estratégicas que generen calidad de vida a toda la población de Bucaramanga metropolitana y su entorno.





Recuerdos ambientales de Bucaramanga

Jairo Puente Bruges

Recuerdo que en el segundo semestre del año 1981 un grupo de profesores y estudiantes creamos el Grupo Ecológico de la UIS, que más tarde se amplió y se llamó Grupo Ecológico Santander. Este grupo inició campañas educativas y planteó propuestas de investigación ambiental en Bucaramanga y Santander. Uno de los temas de análisis del grupo era la reducción de los espacios verdes en zonas urbanas y rurales.

Menos espacios verdes urbanos favorecen la formación de islas de calor

En aquellos años existían muchos espacios verdes (públicos y privados) en Bucaramanga que habían motivado el nombre de la Ciudad de los Parques. Sin embargo, en las últimas décadas estos espacios verdes se han reducido dramáticamente. Según un informe del Observatorio Metropolitano (2015-2016), Bucaramanga solo tenía 2,51 m² de espacio público verde por habitante (m²/hab.). Para la Organización Mundial de la Salud (OMS), el mínimo aceptable es de 9-10 m²/hab.; y lo recomendable, 15 m²/hab. Son conocidos los efectos benéficos de los árboles sobre la calidad del aire: regulación de la temperatura, retención de contaminantes y liberación de oxígeno, entre otros. La reducción de espacios verdes propicia el aumento de la temperatura y la contaminación del aire, con las enfermedades que esto trae asociadas.





Uno de los efectos de la desaparición de espacios verdes urbanos es la formación del fenómeno llamado *efecto islas de calor*. Entre los años 1997 y 2001, la UIS y la Alcaldía de Bucaramanga realizaron un convenio con la Universidad de Graz (Austria). Un equipo de investigadores de la Universidad de Graz realizó mediciones de campo, y estos estudios confirmaron la existencia de islas de calor en la ciudad. El fenómeno se asoció a un aumento de la temperatura ambiente, lo que propicia la reacción entre gases que pueden formar contaminantes adicionales. Además, el fenómeno genera una especie de cúpula térmica que impide la difusión en la atmósfera de agentes contaminantes emitidos por vehículos, empresas industriales y otras fuentes de contaminación del aire externo.

Un informe del área metropolitana de Bucaramanga (del 18 de marzo de 2020) señala:

Nuevamente, el reporte de las últimas 24 horas, correspondiente al día 17 de marzo, evidencia un aumento de las concentraciones de material particulado PM_{2,5} en las cinco estaciones que conforman el Sistema de Vigilancia de Calidad del Aire del área metropolitana, si comparamos el tiempo de exposición con los resultados de las mediciones correspondientes a los días 15 y 16 de marzo. Cuatro de las cinco estaciones marcaron cifras que corresponden al rango Dañino a la salud (color rojo). (Acueducto Metropolitano de Bucaramanga, s. f.).



Entre otras recomendaciones, los investigadores de la Universidad de Graz señalaron en su informe final (publicado hace veinte años): «El centro de Bucaramanga, con un alto grado de la densidad de la edificación, un clima urbano con temperaturas altas durante las noches (isla de calor), circulación de viento reducida y una contaminación relativamente elevada provocada por el tráfico». Por esta razón, recomendaron: «Más verde en esta zona, sembrar más árboles que sirvan como filtros para los gases y el polvo y el mejoramiento del tráfico público para conseguir una reducción de las emisiones». La siembra de árboles en la ciudad debería ser una prioridad.

Menos árboles en las cuencas afectan las corrientes hídricas

La desaparición de los árboles en las cuencas y subcuencas hidrográficas afecta el ciclo del agua y genera reducción de caudales y prolongadas sequías. Además, el aumento de los sedimentos arrastrados por las corrientes hacia los ríos y ciénagas propicia las inundaciones en periodos lluviosos. En el libro *La crisis del agua en Santander*, publicado en 1993 por el Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Medio Ambiente (Inderena), que fue la autoridad ambiental hasta la promulgación de la Ley 99 de 1993,



por la cual se creó el Ministerio del Medio Ambiente, los autores señalábamos —analizando datos de veinte años atrás de esas fechas— las pérdidas de caudales registradas en ríos importantes de Santander, como era el caso de los ríos Lebrija, Magdalena, Sogamoso, Fonce, Suarez, Opón y Suratá. Este último es una fuente importante de abastecimiento de Bucaramanga. Los autores señalábamos que «de no tomarse medidas inmediatas y eficaces, el departamento enfrentará en los próximos años un déficit en el suministro de agua a las poblaciones».

En el Estudio Nacional del Agua (ENA) de 2018 figuran 50 municipios (de 87) de Santander en la lista de «cabeceras municipales susceptibles al desabastecimiento de agua en temporada seca». En esta lista figuran Bucaramanga y los municipios del área metropolitana, entre otros. En el ENA 2014 el índice de uso del agua (IUA) para Bucaramanga ya estaba localizado en una categoría en la que «la demanda de agua es muy alta con respecto a la oferta disponible».

Esta es una de las razones para no otorgar licencia ambiental al proyecto de megaminería que se pretende ejecutar en la subcuenca del río Suratá. Según el Estudio de Impacto Ambiental presentado por Minesa, el proyecto solicitó una concesión de agua superficial de cuarenta litros por segundo (40 l/s), que tomaría del río Suratá y quebradas, y una concesión de 294,4 l/s de agua subterránea; esto es, un aumento de la demanda equivalente al consumo de una población similar a la de Piedecuesta. Esto, en municipios que —según el Estudio Nacional del Agua— son «susceptibles al desabastecimiento de agua en temporada seca», pues registran una alta demanda en relación con la oferta disponible.

Contaminación de ríos y quebradas en Bucaramanga

Además de la disminución de caudales, otro problema que se ha agravado en los últimos años es la contaminación de corrientes de agua. Estudios del Acueducto muestran la presencia anormal de arsénico y mercurio en la quebrada La Baja, y de arsénico en el río Vetás, que desemboca en el Suratá.

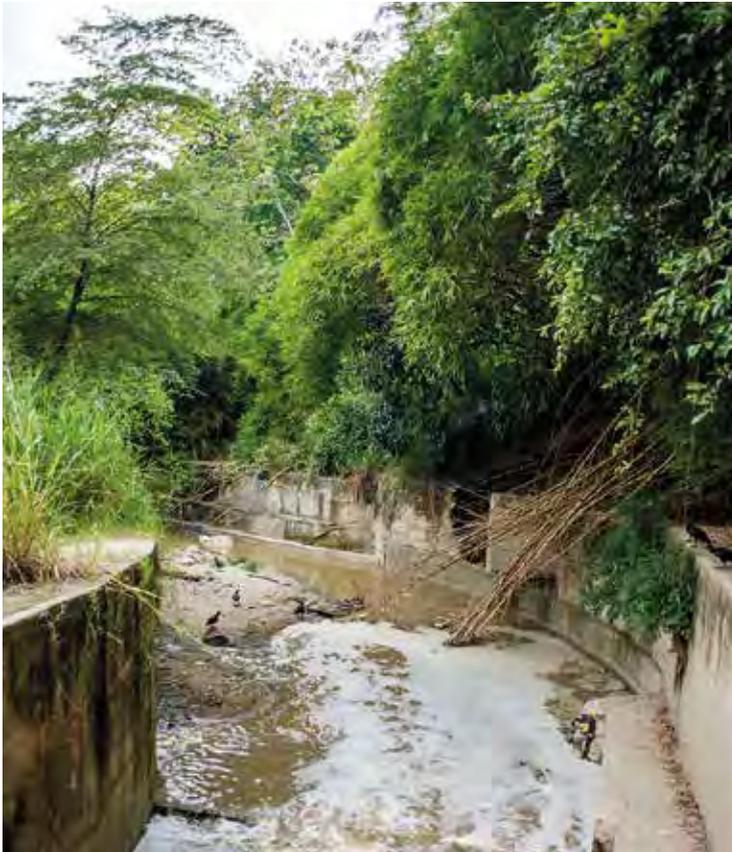
Las aguas contaminadas con aguas residuales domésticas generan molestias y riesgos para la salud pública, por la generación de olores indeseables y otros contaminantes del aire. Los afectados son sobre todo ciudadanos de barrios vulnerables y zonas rurales del municipio. Sobre las zonas rurales, en sentencia de julio de 2019, derivada de una tutela puesta por el entonces concejal de Bucaramanga Jorge Flórez, un juzgado confirmó que «el agua consumida en dieciocho instituciones educativas localizadas en tres corregimientos no es buena, puesto que presenta las bacterias coliformes totales y *E. Coli*».

Sobre la contaminación por vertimiento de aguas residuales domésticas, que afectan a corrientes de agua, el año pasado (diciembre de 2020) se informó que

[...] la Corporación Autónoma Regional para la Defensa de la Meseta de Bucaramanga y la Empresa Pública de Alcantarillado de Santander anunciaron la firma del convenio interadministrativo para la preinversión de la Planta de Tratamiento de Aguas Residuales del Río de Oro (PTAR), con el fin de iniciar el estudio previo que se requiere para la ejecución de la obra [...] Esta PTAR tratará el 89 % de las aguas residuales del municipio de Bucaramanga y el 100 % de las aguas residuales del municipio de Girón. (*Vanguardia Liberal*, 2020).





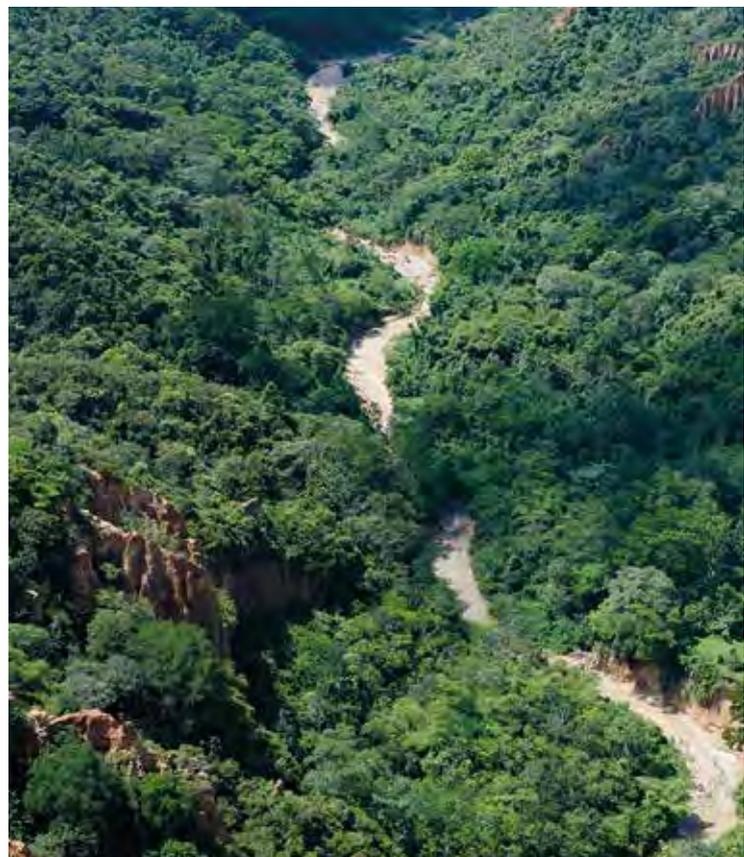


Estos y otros problemas ambientales son temas complejos que exigen la integración de esfuerzos. La ley 99 de 1993 (art. 4) crea el Sistema Nacional Ambiental (SINA), que «es el conjunto de orientaciones, normas, actividades, recursos, programas e instituciones que permiten la puesta en marcha de los principios generales ambientales contenidos en esta Ley». Además,

[...] estará integrado por los siguientes componentes: las entidades del Estado responsables de la política y de la acción ambiental, las organizaciones comunitarias y no gubernamentales relacionadas con la problemática ambiental, las entidades públicas, privadas o mixtas que realizan actividades de producción de información, investigación científica y desarrollo tecnológico en el campo ambiental.

Sería interesante activar en el área metropolitana de Bucaramanga un sistema ambiental integrado por las entidades relacionadas con el tema, orientado a explorar soluciones para la compleja problemática ambiental que afecta a nuestra querida Ciudad Bonita.





Referencias

Área Metropolitana de Bucaramanga. (s. f.). En cuatro de las cinco estaciones del AMB para medición de calidad del aire aumentaron las concentraciones de material particulado PM 2.5, según el monitoreo del 17 de marzo. <https://www.amb.gov.co/en-cuatro-de-las-cinco-estaciones-del-amb-para-medicion-de-calidad-del-aire-aumentaron-las-concentraciones-de-material-particulado-pm-2-5-segun-el-monitoreo-del-17-de-marzo/>

Congreso de la República de Colombia. (1993, 22 de diciembre). Ley 99 de 1993. Diario Oficial 41146. <https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=297>

Vanguardia Liberal. (2020, 5 de diciembre). Dan luz verde para construir la obra que descontaminará el Río de Oro. <https://www.vanguardia.com/area-metropolitana/bucaramanga/dan-luz-verde-para-construir-la-obra-que-descontaminara-el-rio-de-oro-EG3181143>





- Izquierda: Bucaramanga desde sus cerros orientales. Superior izquierda: Ardilla colorada (*Sciurus granatensis*), parque La Flora. Superior derecha: Guayacán rosado (*Tabelula rosea*), Cabecera del Llano. Inferior izquierda: El popular toco (*Icterus auricapillus*), Bajos de Pan de Azúcar. Inferior derecha: Tángara buchipecosa (*Ixotrauphis guttata*), parque Virviescas Pinzón.





Bucaramanga, quimera cincelada durante 400 años

Eduardo Muñoz Serpa

*A la memoria de Roberto Diego Serpa Isaza,
quien durante su vida profesional soñó y luchó
por una Bucaramanga para el siglo XXI*

Cada vez que llega diciembre se anuncia que en este mes se celebra un año más de la fundación de Bucaramanga —pues esta ocurrió el 22 de diciembre de 1622—, fecha en la se llevan a cabo actos solemnes. ¿En estricto sentido Bucaramanga fue fundada? ¿Acaso no será más ajustado afirmar que en la citada fecha se formalizó el asentamiento de Bucaramanga como pueblo de indios?

En el siglo XVII, la Corona española tenía divididos en unidades administrativas los territorios desmesuradamente grandes que poseía en las Américas, y para gobernarlos creó un complejo sistema que, en lo que a asentamientos urbanos se refiere, se organizaba de manera jerárquica: en el nivel más alto estaban las ciudades (cuya fundación era solemne y tenían privilegios), luego las villas y parroquias (que eran modestos poblados), y finalmente los pueblos de indios y los lugares. Estos últimos se organizaban para gobernar esos desordenados asentamientos, en los que había blancos pobres, población indígena y negros. Además, la nueva etnia —la mestiza— crecía allí en número y demostraba más empuje.

La Corona daba vida regular a los pueblos de indios; les imponía organización administrativa y autoridades para que allí se aplicara el principio de *vivir en policía*, y así evitar la dispersión y la *falta de Dios y ley* de quienes los moraban.

En 1622, Juan de Villabona, oidor de la Real Audiencia de Santafé, por petición de Miguel de Trujillo, cura doctrinero del Río de Oro, y Andrés Páez de Sotomayor, juez poblador, ordenó desde Pamplona la creación del pueblo de indios de Bucaramanga, y lo llamó Real de Minas, por morar allí gentes que vivían de la minería. Comisionó a los citados cura y juez poblador para tal menester. En adelante habría un teniente con funciones de alcalde, un cura doctrinero, un escribano y un alguacil. El alcalde mayor de tal asentamiento vivía de ordinario en Las Vetas de Pamplona. El acta de fundación, o mejor, de poblamiento del pueblo de indios (valga la redundancia) creado en el sitio de Bucaramanga, se fechó el 22 de diciembre de 1622.

El progreso de Bucaramanga como asentamiento urbano, a partir de tal momento, fue lento. Solo tres años después, en 1625, se erigió el primer templo en el lugar donde hoy se halla la Capilla de los Dolores. En 1628 aún seguían construyéndose pequeños bohíos para albergar nuevos pobladores, y en 1737 (110 años después) el cementerio quedaba una cuadra al occidente del lugar donde se esperaba que algún día se trazara la plaza (hoy parque García Rovira). La calle Real (hoy calle 35) avanzaba solo dos cuadras hacia el oriente, a partir del sitio destinado para la plaza. Los linderos entre los predios se demarcaban con matas de fique y piñuela, y las autoridades despachaban desde un *ranchejo* pajizo ubicado en tal calle, media cuadra al oriente del lugar en que se esperaba alzar la plaza. Este terreno se despejó, y finalmente se logró trazar la plaza en 1748 (126 años después de aquel 22 de diciembre de 1622). En 1786, 164 años después de su poblamiento, se abrió la primera escuela dominical, en la que se dictaron clases de aritmética, lectura y escritura.

En 1821, es decir, 199 años después de existir formalmente el pueblo de indios de Bucaramanga, cuando ya éramos parte de la República de Colombia, el Congreso reunido en la Villa del Rosario de Cúcuta elevó a la categoría de villa a la hoy capital de Santander. 36 años después, el 24 de noviembre de 1857, la Asamblea Constituyente del Estado Federal reunida en Pamplona designó a Bucaramanga como capital del Estado de Santander, para zanjar así la agria disputa que por dicha dignidad sostenían Pamplona y El Socorro.



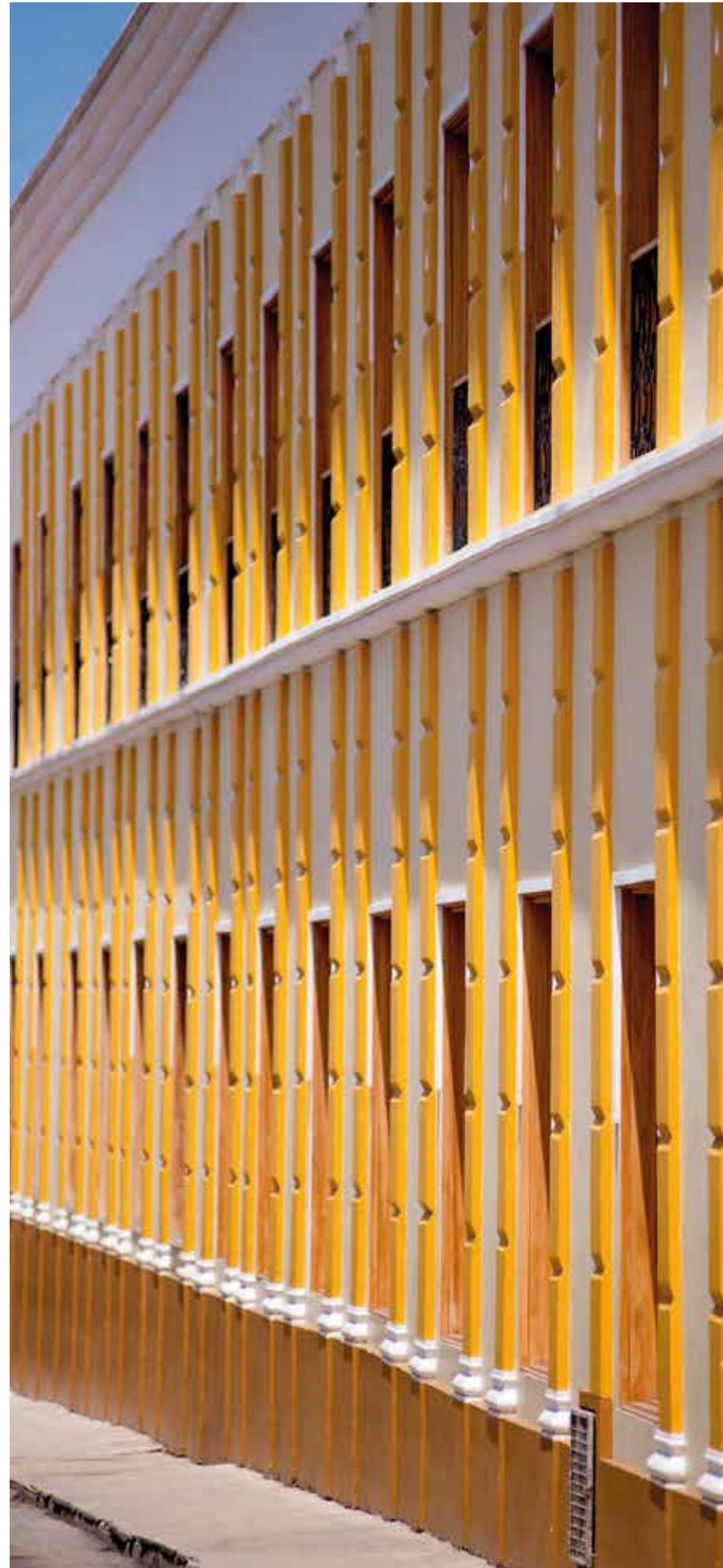
Si de alcaldes de Bucaramanga hablamos, el más antiguo del que haya noticia fue Juan Buenaventura Ortiz, conocido por todos como «Gato Negro», quien fungía como tal por 1743. Según las crónicas, era de malas costumbres, pendenciero y amigo de lo ajeno. Sus tres amantes se daban golpes en público para disputarse el “honor” de ser la preferida del señor alcalde. A Gato Negro se lo veía con frecuencia en la villa de Girón, en un sitio llamado Hoyo Caliente, donde funcionaban las guaraperías y chicherías del lugar, y eran frecuentes los escándalos y las peleas.

Por tales “frioleras” fue acusado ante el virrey, quien ordenó juicio en su contra y conducirlo a Santafé de Bogotá, para que respondiera de cargos hechos ante la Real Audiencia, autoridad que le instauró un proceso, rico en alegatos y recursos, ires y venires. No obstante, fue finalmente absuelto. Resuelta tal situación, Gato Negro decidió regresar a su natal España, donde tiempo después murió a causa de una cirrosis hepática.

«En materia de alcaldes, así empezamos».

¿Cómo un núcleo urbano que comenzó en forma tan modesta, tanto así que a lo largo de sus primeras centurias solo pudo avanzar muy poco trecho, logró volverse un polo de desarrollo nacional que tiene ante sí mejores perspectivas en el horizonte del siglo XXI que muchos de aquellos asentamientos urbanos que nacieron como ciudades y desde su fundación tuvieron privilegios, miramientos y tratos especiales? Muy lentamente y a pulso.

Debe saberse que en 1857 Manuel Murillo Toro, quien fue el primer presidente del naciente Estado Federal de Santander (nombre escogido para la entidad territorial por Tomás Cipriano de Mosquera —entonces presidente del Congreso de la República— para ponerle punto final a la aguda polémica sobre cómo debía llamarse el recién creado Estado), tuvo que ejercer su gobierno desde las modestas instalaciones del cabildo local, en una habitación en la





que despachaba desde una humilde mesa ordinaria, usando como mobiliario tres asientos de vaqueta. Por alojamiento se le ofreció una sobria habitación en la residencia de don Ulpiano Valenzuela, casa en la que también se alojaban varios diputados.

El hecho de ser la capital del Estado Federal le dio futuro y vida a la villa, pues los hermanos Zapata abrieron su imprenta; el doctor Vicente Herrera empezó a publicar allí su periódico *Los Debates*; comenzaron las reuniones de las sociedades democráticas; don Ulpiano Valenzuela trajo el primer quitrín que hubo aquí, y en él se paseaba por las modestas calles; se abrió la Licorería del Águila, y se numeraron sus calles y casas, entre otras innovaciones.

Llegado a su fin el complicado siglo XIX, terminada en 1902 la guerra de los Mil Días, Bucaramanga (que tanto soportó en esa fratricida contienda) comenzó con dificultad a rehacer su vida económica y social tras los días aciagos del enfrentamiento bélico, y tozudamente y con vigor logró, a lo largo del siglo XX, volverse una de las ciudades más pujantes de Colombia.

Numerosas veces lograr que el Gobierno central mire hacia Bucaramanga y Santander ha sido una lucha de penosos pasajes. Necesidades apremiantes para nuestra región y anhelos de obras fundamentales para el futuro de la ciudad y de Santander han costado sudor, amarguras y esfuerzos. Tales avances no se hubieran logrado sin la presencia de personas que supieron oportunamente encarnar el talante del terruño, y no habrían tenido futuro Bucaramanga ni Santander. ¿Ejemplos? Muchos.

Resaltamos la larga lucha que fue lograr el que Bucaramanga tuviera un aeropuerto digno. Durante una veintena de años se reclamó por ello, y finalmente se construyó, en buena medida por el concurso, seriedad, sentido de región y honestidad de personas como Abdón Espinosa Valderrama y Rafael Pérez Martínez. Probablemente sin ellos no se hubiera alcanzado tal meta. El agudo problema de desabastecimiento de combustibles derivados del petróleo que hubo en



Bucaramanga y su área metropolitana en los años sesenta se pudo solucionar cuando destacados santandereanos fundaron Terpel en 1968, tras una dura batalla que hoy infortunadamente se hundió en el olvido.

Estos son solo algunos ejemplos de una lucha sin par ni reposo librada en el siglo XX: las batallas contra la devoradora erosión a principios de los años sesenta en Bucaramanga; lograr el acueducto que tenemos, con todas sus dificultades en los años setenta del siglo pasado; poder construir y pavimentar la carretera entre Bucaramanga y Barrancabermeja; la lucha por la pavimentación del tramo carretable entre Tunja y Oiba en los años sesenta; la creación de la UIS en los años cuarenta, en medio del escepticismo de todos. Uno a uno, todos fueron duros combates librados por generaciones enteras y exigieron el concurso de personas que supieron ser dignos dirigentes de nuestra región en el momento oportuno.



Mas no todo ha sido pujanza y pasos certeros. También ha habido momentos en que ha reinado la apatía, etapas de letargo y estancamiento, que coinciden con pasajes en que no ha habido quien brille como dirigente ni tenga una buena visión de futuro; momentos en que han primado el egoísmo y las luchas internas.

Pese a todo, la ciudad ha sorteado avatares, remontado las secuelas y ecos de dos guerras mundiales, y la incertidumbre y zozobra creadas por las pasiones políticas. Ha debido superar el estigma de que no se podía volver polo de desarrollo por estar asentada en plena cordillera oriental, lejos de todo, de los puertos marítimos, distante del centro del Gobierno nacional, mal comunicada con los centros vitales para el progreso. El estigma de que no se lograría vencer el escepticismo y abulia de propios y del Gobierno central.

Hoy se puede decir que el siglo xx fue significativo para la ciudad, que, en esa centuria, pese a las condiciones adversas, se lograron construir los cimientos para que en el siglo xxi se puedan alcanzar muchos logros.

Antes de 1988, momento en el cual los alcaldes comenzaron a ser elegidos por voto popular y a tener periodo fijo, tales funcionarios eran designados por los gobernadores. Reinaban entonces la inestabilidad y la eterna duda de cuánto duraría este o aquel al frente de la administración municipal, lo que dificultaba la posibilidad de hacer proyectos y trazar políticas de largo aliento.

Numerosos fueron los alcaldes que hubo entre 1902 y 1988. Unos fueron buenos; otros, regulares; algunos, intrascendentes, y más de uno resultó un fiasco. Los hubo lúcidos, capaces, aptos para dirigir, pero con el riesgo de ser removidos de su cargo cualquier día, bien por los vaivenes y sobresaltos de la política local, regional y nacional, bien por los intereses y maquinaciones de la política al menudeo, o por las conveniencias y las viscerales luchas personalistas en que nos hemos debatido desde que nació la República.

Por eso muchos que hubieran podido ser excelentes administradores solo duraron meses al frente de la Alcaldía, y sus proyectos y ejecutorias

fueron mutilados o abandonados, o se quedaron engavetados, para que campearan las conveniencias de este o aquel intrascendente grupo político o electoral. Más de un alcalde quedó maniatado por las maquinaciones politiqueras, lo que impidió que dejaran huella en la administración.

El alcalde más recordado por sus ejecutorias, por lo eficaz que fue su gobierno, ha sido Guillermo Sorzano González, quien, por su lucidez y por haber ejercido tal dignidad durante el cuatrienio 1952-1956, pudo ejecutar un buen programa de gobierno y dejar obras que sirvieron de cimiento para el desarrollo de la ciudad durante más de treinta años.

Otros fueron sobresalientes, como Rafael Pérez Martínez, Valentín González, Bernardo Mutis, Samuel Arango Reyes, Luis Fernando Sanmiguel, Gerardo Silva Valderrama, Jaime Trillos Novoa, Eduardo Remolina Ordóñez y Carlos Virviescas, entre otros. Hubo alcaldes a los que el Concejo Municipal les torpedeó todo. En más de una ocasión, por represalia, a la administración municipal le suprimieron todas las secretarías del Despacho, y se le quitó el sueldo al alcalde. ¿Quién pagó los platos rotos de tales estropicios? Bucaramanga.

La Ley 78 de 1986 ordenó que los alcaldes de todos los municipios del país fueran electos por voto popular, y por ello tal decisión normativa partió en dos la historia de los municipios en Colombia. Pasamos de los alcaldes designados por la Rama Ejecutiva para que, a partir del 1.º de junio de 1988, los alcaldes fueran elegidos por voto popular y tuvieran un periodo fijo para desempeñar tal cargo.

El primer alcalde electo que hubo en Bucaramanga fue Alberto Montoya Puyana, cuyo periodo empezó el 1.º de junio de 1988, quien dejó una significativa huella como administrador del municipio. Entre 1988 y 2021 ha habido en Bucaramanga once alcaldes elegidos por voto popular. Algunos de ellos han sido sensatos en la toma de decisiones, han guiado con tino la ciudad. El desempeño de otros ha dejado mucho que desear. Los ha habido





que no han podido terminar sus periodos, por haber sido sancionados por los organismos de control estatal; otros han estado privados de la libertad, a causa de procesos penales en los que se investigan decisiones tomadas en sus administraciones. Algunos han desempeñado sus cargos en medio de dificultades y sobresaltos políticos.

La experiencia de la elección popular de los alcaldes en Bucaramanga ha sido hasta el momento variopinta. Hubiera podido ser mejor, pero más de una vez hemos errado al votar, ya que hemos optado por el más hábil en el arte de la cocina electoral, por el que logra destruir a sus oponentes a fuerza de promesas quiméricas, celadas, sorpresas, emboscadas y toda suerte de hostilidades,

personajes que ya posesionados demuestran su inexperiencia en el arte de gobernar. Este es el pecado de las elecciones populares.

Es ardua y compleja la tarea de gobernar, así como numerosos los frentes de trabajo que tienen ante sí aquellos que en los próximos treinta años lleguen a la Alcaldía de Bucaramanga, pues a la ciudad se le está acabando el tiempo para solucionar problemas que arrastra desde hace años, y que le han impedido enfrentar el siglo XXI airoosamente. Muchas tareas vitales para el futuro no han empezado a hacerse, pues lo urgente no ha dejado tiempo para hacer lo importante.



Necesitamos aprender a elegir no a hábiles candidatos, sino a buenos administradores, a personas que tengan verdadera visión de ciudad, habilidad para apagar incendios sociales, que sepan planificar, que tengan capacidad de ejecución. Nuestra ciudad y sus gentes necesitan entrega, amor, sacrificios de parte de sus gobernantes.

Hay problemas urgentes de resolver, como el de transporte público metropolitano masivo de pasajeros (Metrolínea); el dolor de cabeza de la alta proporción de bumangueses que laboran en la economía informal; la indisciplina cívica de los habitantes; el mal estado de la malla vial; la falta de un diseño y desarrollo vial

audaz; el alto número de familias que viven en barrios subnormales; los problemas de salubridad pública; el nivel académico de las instituciones educativas del sector público, que puede mejorarse; la necesidad de invertir en desarrollo tecnológico, y la creación de políticas para la tercera edad, entre otros.

¿Acaso los bumangueses tendremos en adelante la inteligencia de elegir buenos administradores para nuestra ciudad? Bucaramanga es nuestro hogar, y la tratamos como si solo fuera una posada.





Los retos de la prensa regional en la Bucaramanga de hoy

Diana Saray Giraldo Meza

Cuando pienso en Bucaramanga, siento la nostalgia que evocan los 400 años de su fundación: viene a mi mente una ciudad mediana, de árboles apostados en sus andenes, casas de arquitectura admirable, donde la siesta del mediodía era un ritual inaplazable. Las tardes, que terminaban con el cantar de las cigarras, eran a veces el escenario de un encuentro casual entre vecinos enfrente de las casas, siempre en un clima que invitaba a quedarse otro rato. Eso sí, la misa de domingo era un compromiso ineludible.

Esa fue la Bucaramanga de mi infancia, a la que siempre quise volver cuando la vida me llevó a otros lugares; pero, aunque estuve muchos años lejos, siempre tuve una manera de mantenerme unida a mi ciudad: el periódico local, *Vanguardia Liberal*. Durante mi infancia, no hubo una mañana en la que no me levantara y encontrara a mi mamá sentada en el sofá, tomando café y leyendo *Vanguardia Liberal*. Esta era su manera de informarse de todo lo que ocurría en la ciudad, en el país y en el mundo. Me atrevo a asegurar que ese ritual de cada mañana se repetía, y se sigue repitiendo, en la mayoría de casas santandereanas: un café al despertar y la *Vanguardia*.

Ya con la llegada del internet, y estando yo lejos de la ciudad, esa costumbre se mantuvo en mi vida, a través de las plataformas digitales de *Vanguardia*. En ese tiempo no se cruzaba por mi mente que veinte años después regresaría y estaría al frente de este patrimonio informativo regional, con más de un siglo de historia.



Bucaramanga es una ciudad que en 400 años ha construido una historia de orgullo, en la que hemos llegado al liderazgo en temas tan trascendentales para el desarrollo como la educación, la salud o el emprendimiento. Si bien aún queda un largo camino por recorrer, hoy la capital santandereana es una ciudad de grandes apuestas, muchas de las cuales sin duda darán frutos en un futuro cercano.

En el último siglo de esta historia, *Vanguardia* ha sido ese narrador constante del relato de la construcción de nuestra identidad como ciudad. En las páginas de este diario, que suma ya 102 años de circulación, se ha escrito el acontecer de la capital santandereana. Sus páginas son la memoria del camino que hemos recorrido como región, con sus momentos de gloria y sus días de vergüenza. Visitar el archivo de este medio es hacer un viaje a cada momento que hemos vivido los habitantes de Bucaramanga y su área metropolitana, así como una oportunidad de conocer a los personajes que han sido protagonistas de esta historia.

Pero el mundo de la información ha cambiado, y hoy el despliegue digital plantea grandes desafíos para la prensa en el mundo, y especialmente para la prensa regional. En un planeta donde la información circula sin límites, hechos verdaderos se han ido mezclando con falsas noticias, de forma que cada vez es más difícil diferenciar la información real de la falsa. Y es allí donde la labor de la prensa se hace hoy más indispensable que nunca.

En la actualidad, la información se multiplica a cada minuto, a través de las redes sociales, y junto con la verdadera información se camuflan noticias falaces creadas con la intención de manipular la opinión pública, de que la sociedad tome decisiones, muchas de ellas determinantes, de acuerdo con interés personales. Esa proliferación de información falsa ha contribuido a que cada día nuestra ciudad, como un espejo del mundo, se polarice, y aumenten así la rabia y la desesperanza.







Es en esta realidad donde se hace necesaria una prensa sólida, libre e independiente, que permita desmentir aquellas falsas informaciones y que le entregue al ciudadano un relato ajustado a la realidad y al interés único de mantener una sociedad informada. Además, la prensa tiene también el deber de sembrar esperanza informando las cosas positivas que suceden, pues, aunque por momentos todo parezca confuso, siempre hay una historia positiva por contar: un deportista que lleva en alto nuestra bandera o un paisaje que nos deja sin aliento y nos recuerda lo hermoso del territorio que habitamos. Contar lo bueno es también una obligación que a veces olvidamos.

En el campo regional la prensa tiene un compromiso que ha sido a su vez la razón de ser de su existencia: servir a la comunidad. En la región los medios han sido construidos con una vocación comunitaria, para convertirse en la voz ciudadana que reclama acciones en su beneficio. Es la prensa regional la que vela por hacer visible lo que ocurre en cualquier rincón de esta ciudad, y que de otra forma pasaría desapercibido para la mayoría: la necesidad de pavimentar una calle, o de conseguir un tratamiento médico para un ciudadano, o de denunciar el grave deterioro de un colegio. Pero

al mismo tiempo ha sido la prensa regional la que ha denunciado grandes hechos de corrupción, la que ha impulsado iniciativas que han terminado en obras a gran escala o que han significado que todos los santandereanos nos demos la mano en momentos difíciles. Y esta ha sido la historia de *Vanguardia* en Santander. Hoy este trabajo se hace no solo a través del periódico impreso, sino de las distintas plataformas digitales y formatos narrativos que exige el mundo de la comunicación actual.

En esta Bucaramanga que llega a los 400 años, el compromiso de este medio y de cada uno de sus periodistas seguirá siendo el mismo que forjó su fundador, Alejandro Galvis Galvis, el 1.º de septiembre de 1919, cuando por una Bucaramanga de solo 24.919 habitantes circuló el primer ejemplar de *Vanguardia*, con cuatro hojas y un costo de tres centavos: el compromiso por la defensa de esta región como su razón de ser; por el trabajo bajo los principios liberales del pluralismo; por la defensa de las libertades individuales; por la imparcialidad y la independencia; por contribuir a una sociedad que no desfallece a pesar de las adversidades, y por seguir trabajando sin descanso en favor de una ciudad que siempre nos llene de orgullo.





Importancia de la educación en ética y valores

Blanca Inés Prada Márquez

Los santandereanos estamos celebrando los 400 años de nuestra capital, la Ciudad Bonita, como solemos llamarla. Muchas personas han estado hablando de sus logros y proyectando para ella un futuro glorioso. En materia de educación, nuestra ciudad ha logrado un gran desarrollo: tenemos excelentes universidades, escuelas y colegios bien evaluados en los ámbitos nacional e internacional; pero en educación todo esfuerzo que se haga es poco. Y si se trata de educación en ética y valores, siempre habrá mucho por mejorar. Empeñarnos en formar personas responsables, honestas, solidarias y comprometidas con el bienestar de todos es absolutamente importante para el éxito futuro de nuestra querida Bucaramanga.

Expertos en educación integral nos enseñan que esta no puede entenderse como la simple transmisión de conocimientos; esto es, de contenidos alusivos solo a hechos, conceptos o principios matemáticos, físicos, sociales o naturales. Necesitamos también impartir una educación que apunte a forjar en los jóvenes una serie de valores, gracias a los cuales logren comprometerse con principios éticos serios y sólidos que les permitan orientar su actuar, así como evaluar sus propias acciones y las de los demás. Los valores éticos guían la vida de las personas; son principios normativos que nos sugieren cuándo una determinada conducta es personal y socialmente preferible a otra que consideramos opuesta o contradictoria (Carreras *et al.*, 1995).





La educación ética de la juventud debe empezar en la familia, continuar en la escuela y la universidad, y no detenerse jamás. En este texto haremos énfasis fundamentalmente en la responsabilidad que tenemos los maestros de educación primaria, secundaria y terciaria, quienes somos por vocación los educadores de la sociedad. Somos nosotros los encargados de ayudar a los futuros ciudadanos a fundamentar su vida, ya no en el orden de la necesidad y fatalidad, sino en ideales morales que apunten a conciliar el deber con el verdadero ser y querer del hombre (Camargo y Gaona, 1994); valores que promuevan la vida ética como fuente de la auténtica felicidad del *hombre humanizado*. Somos los encargados de ayudarlos a integrar inteligentemente la libertad y la necesidad, la esfera individual y la comunitaria, lo psíquico y lo somático, lo racional y lo irracional, la diversidad y la universalidad, la permanencia y el cambio. Factores todos que nos conduzcan al ideal humanista de equilibrio y de armonía: de cada uno consigo mismo; del hombre con la sociedad, con la naturaleza y con el cosmos.

El progreso de nuestras ciudades exige educar para el compromiso social en la vida cotidiana. A través de la participación y el diálogo, nos sensibilizamos ante los problemas de los otros y ante las injusticias, que son la base de los desórdenes sociales. Con este tipo de educación, entendemos además la *equidad* como

aquella que logra realizar el Estado social de derecho (Prada, 2003), cuando este garantiza el cumplimiento de los derechos humanos que posibilitan la convivencia social armónica y promueven el bien común.

Necesitamos educar en la ética de la responsabilidad, que es el complemento de la libertad. El ser humano es el único ser conocido que puede asumir responsabilidades. Somos responsables tanto de lo que hacemos como de lo que dejamos de hacer, con independencia de si hay alguien, ahora o en el futuro, que pueda hacernos responsables. La responsabilidad para el hombre existe con o sin Dios y, naturalmente, con o sin tribunales terrenales. «Somos responsables no solo de algo sino ante algo, ante una instancia que nos obliga a justificarnos. Esta instancia es la conciencia moral» (Hans, 1998). Somos responsables ante nosotros mismos y ante la comunidad. Todos somos responsables de todos, como afirma Dostoyevski en una de sus novelas.

Otro valor fundamental unido a la responsabilidad es la honestidad. Desde la familia el niño debe aprender a respetar lo ajeno y a considerar sagrados los bienes públicos; educación que debe reforzar el Estado siendo implacable con los ladrones de cuello blanco. Es indispensable educar hoy en la ética de la solidaridad, que permita lograr un desarrollo integral y equitativo, puesto que la base de la solidaridad es la justicia, y el fruto

de la justicia es el desarrollo humano integral (Cacciari y Martini, 1997). La solidaridad implica la conciencia de cada uno y no florece mágicamente, sino que es el resultado del esfuerzo conjunto; sobre todo de una educación ciudadana enfocada hacia la toma de conciencia de que todos tenemos algo que dar, algo para compartir, alguien a quien apoyar, como bien lo expresa Kant en sus imperativos categóricos: a mayor solidaridad, mayor igualdad (como se cita en Camps, 1989).

En el ámbito de lo público o del ejercicio de la ciudadanía, son fundamentales valores como la tolerancia entendida como respeto y no como indiferencia; la libertad entendida como responsabilidad, como la capacidad de responder, de asumir las consecuencias de nuestros actos, y el respeto por el otro en su diversidad y pluralidad, por el derecho, por la ley, por la autoridad legítimamente constituida, por el medioambiente y por la riqueza cultural del país. La búsqueda de la igualdad, que solo se logra ofreciendo en lo posible las mismas oportunidades a todos —así todos no logren dar los mismos frutos—, lleva a la armonía, a la construcción de una convivencia respetuosa y pluralista, donde los conflictos se solucionen sin necesidad de hacer uso de la fuerza bruta (Popper, 1994).

Por otra parte, el ser humano tiene una vida familiar o privada, y este ámbito personal exige también una serie de valores con frecuencia descuidados en la educación, sobre todo en la educación universitaria. Hoy, cuando todos los seres humanos pedimos más libertad para disfrutar alegremente la vida, se hace indispensable una educación equilibrada para el disfrute de los placeres y la conquista de la verdadera felicidad; para la realización armoniosa de una vida familiar que cada día escapa más a los cánones tradicionales; para el logro de la salud física y mental en un mundo donde el estrés amenaza desde la infancia, y para la consolidación de amistades sólidas y amores profundos.

El acelerado desarrollo tanto en ciencia como en tecnología lleva consigo grandes desafíos. Educar para el trabajo y el empleo cuando casi nadie tiene

un trabajo estable y la competencia pide mayor preparación, flexibilidad y capacidad de adaptación, no es tarea fácil, pero es urgente. Eduquemos también para el ahorro y el uso responsable del dinero en una sociedad de consumo, donde las ofertas están muy por encima de nuestras posibilidades económicas; para el disfrute inteligente del tiempo libre; para el desarrollo de la creatividad, y para el amor por la lectura y la conquista fundamentada del saber, en un mundo donde el conocimiento avanza cada día a grandes velocidades, y los medios de comunicación nos desinforman permanentemente (Muñoz, 1998).

Referencias

Cacciari, M. y Martini, C. M. (1997). *Diálogos sobre la solidaridad*. Herder.

Camargo, R. y Gaona, P. F. (Comps.). (1994). *Ética y educación. Aportes a la polémica sobre los valores*. Cooperativa Editorial Magisterio.

Camps, V. (1989). Una total belleza moral. En J. Muguerza y R. Rodríguez Aramayo (Eds.), *Kant después de Kant. En el bicentenario de la crítica de la razón práctica* (pp. 134-141). Tecnos.

Carreras, L., Eijo, P., Estany, A., Gómez, M. T., Guich, R., Mir, V., Ojeda, F., Planas, T. y Serrats, M. G. (1995). *Cómo educar en valores: materiales, textos, recursos y técnicas*. Narcea Ediciones.

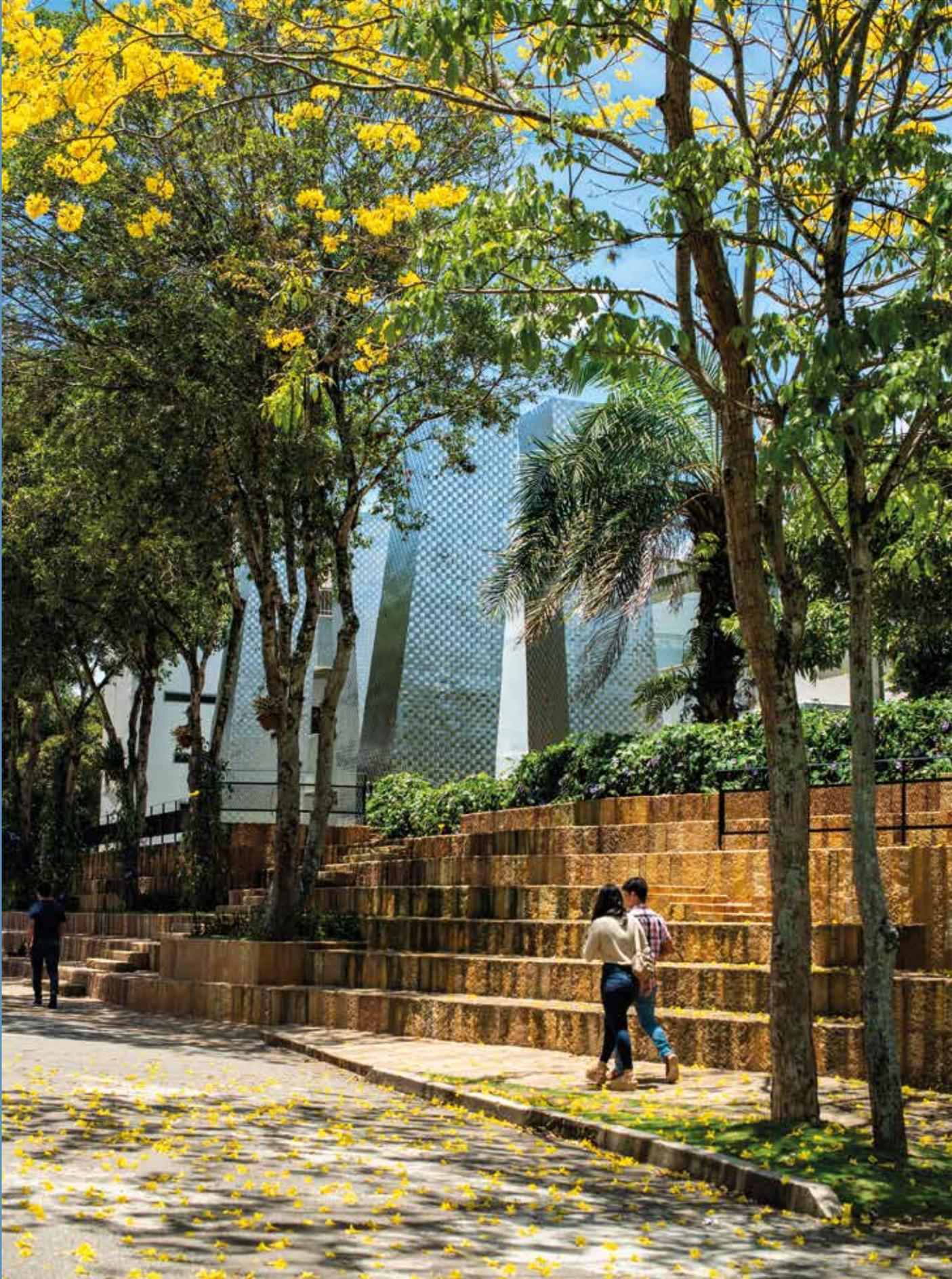
Hans, J. (1998). *Pensar sobre Dios y otros ensayos*. Herder.

Muñoz, J. (Coord.). (1998). *La bolsa de los valores. Materiales para una ética ciudadana*. Ariel.

Popper, K. (1994). *En busca de un mundo mejor*. Paidós.

Prada Márquez, B. I. (2003). Mínimos de justicia y estado social de derecho. En *Memorias del IV Coloquio Santandereano de Profesores de Filosofía*. Bucaramanga, UIS.







Hacia una nueva esperanza de futuro para la juventud bumanguesa

Jhon Alexander Monsalve Flórez

Nací, crecí y estudié mi primaria y bachillerato en una zona de la Ciudad Bonita que no hace, sin embargo, mucho honor al adjetivo —*bonita*— en lo que corresponde a su configuración estructural urbana, según la valoración estética de los acérrimos ciudadanos. Eso sí: me rodeé de buenos seres humanos, hasta el punto de que, para mis adentros, Bucaramanga es más bonita por su gente que por sus espacios. Muchos de ellos fueron mis amigos de infancia, que no pasaron de quinto de primaria, porque les llegaba la edad de trabajar; o porque tenían que cuidar de sus hermanos menores, mientras sus padres cumplían con sus labores, o porque el colegio público más cercano quedaba a decenas de kilómetros, y ellos no tenían dinero para el transporte. Otros tantos fueron mis amigos de bachillerato, varios de los cuales no cursaron estudios universitarios, porque en sus casas reinaban el hambre, las necesidades de todo tipo y los problemas familiares, o porque se rindieron ante la dificultad de ganarles un cupo en la universidad pública a quienes tuvieron, por diversas razones —siempre atadas al factor económico—, una mejor formación básica y media.

Aunque desconozco el presente de todos ellos, sí sé de algunos que han muerto asesinados; de otros que están en la cárcel o en la indigencia; de quienes trabajan de sol a sol por menos del salario mínimo, de quienes tienen varios hijos, y por ende sus necesidades aumentaron, y de los que han intentado con poco éxito laborar y estudiar al tiempo. Estas parecen consecuencias de una ciudad que ha olvidado social y políticamente a sus jóvenes, y que ha consolidado un injusto círculo vicioso de generación en generación. Actualmente, como maestro de jóvenes colegiales y universitarios de instituciones públicas, me doy cuenta de que la situación sigue siendo la misma: los problemas se reiteran, las consecuencias suelen ser similares, y tristemente las soluciones se desdibujan ante la desesperanza de la juventud.

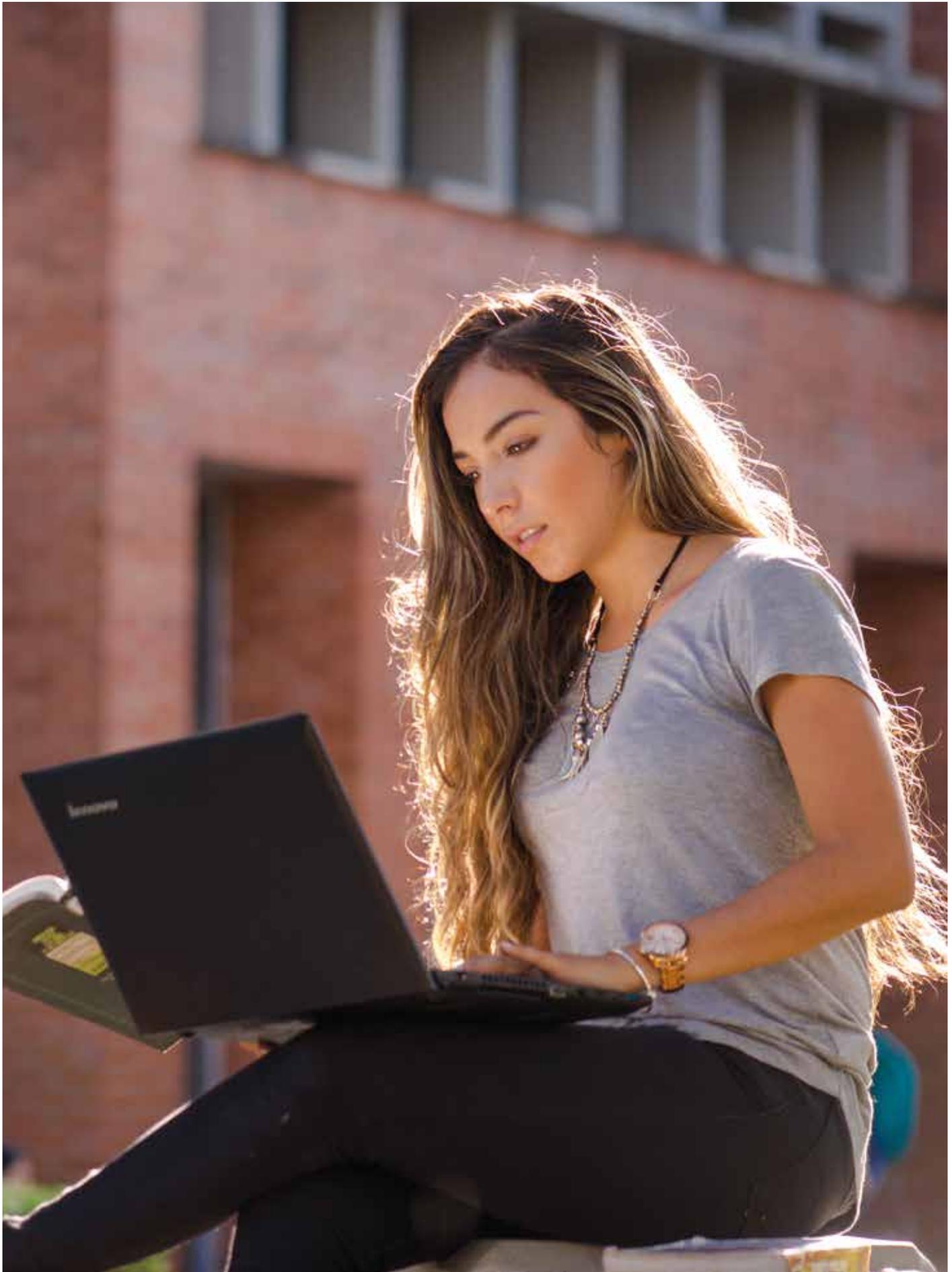


Así las cosas, es habitual oír en las aulas de secundaria, en diálogos con los jóvenes, que sus mayores sueños se reducen a la compra de un vehículo, a la búsqueda de un *amor de chequera* o a la perpetuación del puesto ambulante de alguno de sus familiares. El problema radica en las razones que los llevan a soñar de manera tan limitada y a eliminar de sus discursos las palabras *educación* o *universidad*. Por su parte, los jóvenes universitarios que viven en estos contextos tratan de sobrevivir a la carrera profesional con los beneficios ganados por su estratificación social o por su desempeño académico; pero no pueden borrar las dificultades económicas siempre presentes en casa o el fantasma del desempleo de los compañeros ya graduados.

De lo anterior ha derivado un sentido de desesperanza en la juventud bumanguesa que puede seguir detonando en manifestaciones sociales. De cierta forma, la violencia simbólica del olvido estatal hacia los jóvenes ha producido en los últimos años un estallido social fuerte protagonizado por las nuevas generaciones que recuerdan un pasado con necesidades y, a su vez, esperan —o desesperan— sin un futuro prometedor.

Ante tal panorama, la juventud bumanguesa requiere oportunidades educativas y laborales dignas, en ese orden. En primer lugar, es importante que los jóvenes estudien, enfocando su total atención en ese proceso, y sin obstáculos económicos de ningún tipo; en segundo lugar, cuando hayan culminado la universidad, los recién graduados deben contar con la seguridad de un trabajo digno relacionado con su profesión, y que les permita seguir construyéndose como seres humanos y profesionales.

Para devolver la esperanza a la juventud bumanguesa, y con ello la confianza de un futuro mejor, urge invertir en educación mínimamente desde tres aspectos. En primer lugar, la cobertura: además de aumentar el número de colegios, es necesario que se construyan nuevas universidades o sedes de instituciones ya existentes para aquellos jóvenes de bajos recursos que no acceden a la educación superior, porque no superan los puntajes de las Pruebas Saber, fácilmente alcanzados por jóvenes de mejor estratificación social. En pocas palabras, la educación superior debería ser un derecho para todos, y no el privilegio de quien obtenga







mejor calificación en una prueba nacional. En segundo lugar, la gratuidad y el apoyo financiero constante: luego de facilitar el ingreso a la universidad por medio de la cobertura, es importante asegurar los más bajos niveles de deserción, lo que conlleva invertir en matrícula cero y en becas completas para manutención, vivienda y recursos educativos dignos. En tercer lugar, la calidad en la educación: no basta con abrir más instituciones o asegurar los bajos índices de deserción: es fundamental que las universidades cuenten con recursos, con espacios y con personal idóneo para el desarrollo adecuado de los procesos de aprendizaje. Un presente que se dibuje con los colores de este párrafo llena de esperanza el futuro de muchos jóvenes destinados a perpetuar la desigualdad social característica de nuestra región.

Una acción complementaria para devolver la esperanza a la juventud bumanguesa consiste en el derecho y el aseguramiento del trabajo digno: sueldos justos, posibilidad de ascensos, contratos indefinidos, prestaciones sociales, salud para toda la familia, etcétera. De este modo, se difuminarían los sueños juveniles de irse de la ciudad a buscar vida en otras regiones o países; se desvanecería la idea de que muchos profesionales terminan trabajando en servicios de transporte o incluso

en ventas ambulantes, y se reconstruiría entonces la esperanza en el futuro, no solo de los jóvenes, sino también de sus familias.

Si el futuro que vemos ahora como utopía hubiera sido mi presente de niño o de joven, posiblemente muchos de mis amigos de antaño estarían vivos; otros no habrían conocido las cárceles ni las calles, y otros no habrían soportado tanto tiempo el flagelo del hambre. Si ese futuro utópico hubiera sido mi presente de niño o de joven, mis compañeros habrían ido a la universidad —o al menos habrían tenido la oportunidad de matricularse—, disfrutarían hoy de un trabajo digno y verían el futuro con ojos de esperanza. Entre tantas circunstancias, me doy cuenta de que fui una excepción, un golpe de suerte, más que otro caso del *ejemplo de superación* que romantiza la desigualdad social. Ahora, con motivo del cumpleaños número 400 de Bucaramanga, podríamos regalarnos el cumplimiento de la utopía. Como veo las cosas, en caso de que el Estado no tenga en cuenta a los jóvenes bumangueses, ellos mismos, por sus propios medios, lograrán lo que mi generación no pudo: educación y trabajo digno.





Bucaramanga cultural

Sandra Fabiola Barrera Ruiz

Cada cierto tiempo, mi abuela Alicia solía limpiar meticulosamente las ollas de su cocina, a fin de removerles el hollín y restaurarles el brillo. Decía que las ollas, además del fuego, eran las protagonistas de cada uno de los exquisitos platillos que solía prepararnos y servirnos con amor. La ciudad es como una inmensa olla donde se cuecen los sueños de sus habitantes. Todos nos alimentamos de ella, todos disfrutamos los placeres que de ella emanan; pero pocos nos tomamos el trabajo de restablecer su brillo o de hacerlo más resplandeciente.

Quienes crearon ese primer asentamiento humano que se convirtió en la Bucaramanga actual no alcanzaron a imaginar que estaban poniendo los cimientos de una metrópolis multicultural. Simplemente estaban resolviendo un asunto meramente logístico: el de trasladar a las afueras de Girón a quienes no deseaban tener cerca, los indios, para que pudieran rendir mejor en el laboreo del oro. Es curioso, pero esa práctica de desplazar personas por cualquier razón aún se sigue llevando a cabo después de 400 años.

Con los primeros asomos de modernidad, la otrora villa, ahora llamada Bucaramanga, encontró en la cultura su primer esplendor: el primer teatro, la primera escuela de artes y los primeros maestros. Los teatros acapararon la atención de los bumangueses durante las primeras tres cuartas partes del siglo xx; no en vano la ciudad alcanzó a tener más de una docena de ellos para un poco menos de 200.000 habitantes, que fue la cifra que arrojó el censo realizado en la década de los setenta. Los bumangueses solían lucir sus mejores pintas para ir al teatro, ya fuera para ver una película o una representación en vivo. Esto se leía como sinónimo de *tener cultura*. También lo era el abstenerse de arrojar basuras a la calle, el ceder el andén a las mujeres y personas mayores, el evitar las palabras soeces y el respetar la tranquilidad de los demás.

La llegada de la televisión y las redes sociales se llevaron por delante buena parte de los teatros y la cultura viva, no obstante los esfuerzos de los maestros de las artes y los defensores de la cultura a ultranza, quienes han acompañado a la ciudad en sus diferentes épocas.

El escritor Jorge Valderrama Restrepo le regaló a la ciudad la Biblioteca Pública Gabriel Turbay; la Universidad Industrial de Santander, un nuevo y magnífico teatro (el auditorio Luis A. Calvo), además de las escuelas de música y artes plásticas, el Festival Internacional de Piano y el de Música Andina Colombiana; la Universidad Autónoma de Bucaramanga, el auditorio Carlos Gómez Albaracín, las escuelas de música, literatura y artes audiovisuales, además de la feria Ulibro.

A su vez, un entusiasta grupo de maestros regionales de plástica, liderados por Lucila González Aranda, fundaron el Museo de Arte Moderno de Bucaramanga. La Corporación Festival de Cuenteros le dio a la ciudad el Festival Internacional Abrapalabra y revivió durante diez años el viejo Teatro Andalucía (perdido nuevamente por la coyuntura de la COVID-19). La Fundación Casa del Libro Total le regaló el libro de libros a Bucaramanga y al mundo. Pacho Centeno, artista y gestor cultural, movilizó esfuerzos para evitar que el Teatro Santander se convirtiera en un centro comercial, y gestionó la creación del Instituto Municipal de Cultura y Turismo, la Escuela Municipal de Artes y las Becas Bicentenario para los artistas de la región. La corporación Jaula Abierta ha mantenido funcionando hasta la fecha el Coliseo Peralta, primer teatro de la ciudad, entre otros innumerables esfuerzos por mantener viva la cultura de las artes en Bucaramanga.









Se podría afirmar que entre la década de los setenta y la actual celebración de los 400 años de Bucaramanga, la ciudad ha tenido el mayor desarrollo cultural de su historia, pero no ha alcanzado el desarrollo cultural que todos deseamos para una ciudad de su talante. Ha habido grandes esfuerzos, pero estos no han sabido articularse para otorgarle a la ciudad el reconocimiento de *ciudad cultural*, que considero la mayor distinción que una ciudad puede alcanzar en el imaginario de sus habitantes y visitantes.

Las artes solo son una expresión de las estéticas de la cultura, pero no la cultura misma. La cultura es una interpretación humana del tiempo y el territorio. La cultura hace que el tiempo transcurra de manera placentera, que el territorio se transforme positivamente para darles placer a las personas que lo habitan. No es lo mismo cocinar en una olla desvencijada que en una que está todo el tiempo reluciente, diría mi abuela. La cultura no es solo un momento de placer, sino el placer en todo momento. De ahí que se requiera establecer una relación coherente entre tiempo y territorio.

- La narración oral tiene en Francisco «Pacho» Centeno Osma a uno de sus principales representantes en el ámbito regional.

Con 60 años reuniendo a las mejores voces de la UIS, la Coral Universitaria (actualmente bajo la dirección del maestro Manuel Hernández) ha recorrido diferentes escenarios del mundo y ha dejado en alto el buen nombre de Santander y de su música.



Muchos de los lugares que otrora daban placer y representación simbólica (identidad) a los habitantes de Bucaramanga fueron abandonados a su suerte, de forma que se perdió el brillo que tuvieron en su momento. Qué error tan grande. Cuando una sociedad avanza en el tiempo, va dejando huellas sobre el territorio, marcas indelebles que dan cuenta de lo que fuimos y explican lo que somos. No hay nada más importante para una sociedad que reconocer su paso por el tiempo, su historia. Las ciudades que se construyen deconstruyendo su pasado avanzan a la deriva y se echan a perder. Todos somos culpables de este gran absurdo que vive la ciudad, pero que tiene solución. Sin embargo, cuanto más tardemos en corregir el rumbo, más difícil y costoso será recomponerlo.

Bucaramanga se desarrolló en el siglo xx bajo el imaginario de la «Ciudad de los Parques». El parque fue el derrotero de crecimiento de la ciudad desde siempre. Los parques Custodio García Rovira, Centenario de la Independencia y Francisco de Paula Santander delimitaron el primer gran desarrollo urbano de Bucaramanga, que se constituyó, a su vez, en el centro de la vida cultural de los habitantes. Alrededor de los parques mencionados se encuentran los principales y más antiguos bienes de interés cultural de los bumanguenses: joyas arquitectónicas de incalculables valores históricos, simbólicos y estéticos; algo que cualquier ciudad en el mundo valoraría significativamente y mantendría de la mejor manera (no solo las edificaciones, sino también sus entornos). Pero en Bucaramanga los hemos echado al olvido; hemos permitido su invasión y deslucimiento.

- Dos íconos de las expresiones culturales de nuestro centro educativo: Teatro UIS, durante una representación, y el grupo de música y danzas folclóricas afrocolombianas Macondo, dirigido por Nicolás «Colacho» Maestre.







Luego vinieron otros desarrollos urbanos, y los parques mantuvieron su protagonismo: el Antonia Santos, el Simón Bolívar, el De los Niños (que albergó luego a la Biblioteca Pública Gabriel Turbay), la glorieta de los bulevares, el San Pío, el de Mejoras Públicas (que albergó a la concha acústica), entre otros.

Decía con toda razón el arquitecto y rector de la Universidad Industrial de Santander (1971) Carlos Virviescas Pinzón que la calidad de los espacios que habitan las personas es directamente proporcional a la calidad de las personas. Las personas transforman el territorio, y, a su vez, el territorio transforma a las personas.

Creo que Bucaramanga debe pensar su desarrollo futuro en función de construir nuevos espacios culturales que brinden calidad de vida a sus habitantes, recuperando todos aquellos lugares que constituyen prueba fehaciente de su desarrollo histórico y sus imaginarios. La recuperación del centro es una tarea inaplazable de los siguientes gobiernos, no solo en términos estéticos, sino también simbólicos, para restablecer asimismo las narrativas que dan cuenta de nuestro viaje por la historia. Recuperar el territorio perdido es también recuperar los espacios culturales que están diseminados en este territorio, lo que favorecería el trabajo de artistas y gestores culturales, al tiempo que generaría oportunidades de desarrollo económico a largo plazo para diferentes sectores.

Mi abuela también cuidaba sus ollas para que le duraran toda la vida.

- Las fiestas septembrinas han sido desde siempre el evento que convoca a la alegría y al encuentro ciudadano.

En su agenda, el Carnaval del Oriente reúne manifestaciones culturales de las diferentes regiones del departamento, en un desfile de tradiciones y expresiones culturales.





Atlético Bucaramanga, las lágrimas de un pueblo

Felipe «Pipe» Zarruk

Una tarde de 2015 aterrizó en el Aeropuerto Internacional Palonegro del municipio de Lebrija un hincha del equipo argentino Boca Juniors, famoso por sus triunfos en la liga de su país, con títulos en los ámbitos continental y mundial. Se trataba de Adrián Araújo, quien tiene a su cargo la dirección de la banda musical de la hinchada más numerosa y popular del balompié gaucho. Cuando descendían hacia Bucaramanga y estaban cerca de San Juan de Girón, Araújo le preguntó a Richi Oviedo, un fervoroso seguidor del Atlético Bucaramanga, y quien lo había invitado a dictar unos talleres para los muchachos barristas, cómo se llamaba el equipo de esta ciudad. A la pregunta realizada, Oviedo respondió: «Atlético Bucaramanga». «¿Y qué han ganado?», preguntó de nuevo Araújo. El maestro y compositor de cumbias bumangués le contó que en todos estos años, desde su fundación, el equipo Leopardo nunca ha ganado nada, lo que Araújo sentenció con una bellísima frase: «¡Ese es el verdadero amor!».

No solo amor, sino también dolor y un sentimiento de cariño bastante especial que nació con el equipo, desde el momento en el que fue fundado en 1948, por parte de la famosa Junta Promotora. La fundación tuvo lugar tras la aparición en la ciudad de un comerciante barranquillero, Rafael Chaberman, quien entusiasmó a un grupo de jóvenes que hacían parte de la Liga Santandereana de Fútbol —muchos de ellos ya con títulos en la mano y con empresas conformadas con patrimonios familiares— y que deseaban invertir en el balompié aficionado. Las reuniones de estos muchachos se llevaban a cabo en el mítico Café Centenario de la calle 33 entre carreras 18 y 19, que era propiedad de la familia Díaz Romero, cuyos representantes eran Calixto y Vicente. También se encontraban en las noches en la carpintería de Miguel González, ubicada en la carrera 12 con calle 35, y luego en la oficina de Juan B. Silva, a quien apodaban el «Sastre que pavimentó a Bucaramanga», ya que era dueño de una empresa que producía asfalto. La empresa estaba ubicada en la carrera 17 entre calles 34 y 35, en la mitad de la cuadra, al lado de Puyana y Compañía, donde vendían los mejores licores de la apacible Ciudad de los Parques.



Algunos de estos entusiastas caballeros, cuyas edades oscilaban entre los veinte y los treinta años, eran Jorge Reyes Puyana, Elías Solano, Manuel José Puyana, José Gómez Sierra, Gustavo Mantilla, Gustavo Liévano, Rafael Pérez Martínez, Saúl Díaz Sarmiento, Néstor Arenas Moreno, Ernesto Azuero Arenas, Guillermo Luna, Germán Alarcón, Alfonso Mantilla Arenas, Julio Martín Carvajal Peralta y José Chalela Chalela, entre otros. Se dejaron llevar por la idea del comerciante de arroz Rafael Chaberman de fundar un equipo de fútbol profesional que tuviera como objetivo participar en la liga colombiana regida por la División Mayor del Fútbol Colombiano, hoy conocida como Dimayor.

Chaberman, quien tenía experiencia, ya que hacía parte de la junta directiva que manejaba el Junior, reconocido equipo barranquillero, les explicó el camino en su sitio de hospedaje, el famoso y elegante Hotel Nueva York, ubicado en la carrera 16 con calle 31. Este hotel era de propiedad de Simón Santander, quien, a su vez, tenía un equipo de fútbol en el campeonato de primera categoría de la Liga Santandereana llamado Pielroja. De este equipo salieron varios jugadores para el Atlético Bucaramanga, tan pronto este empezó a competir en el torneo profesional en 1949.

En este hotel se reunieron los mencionados anteriormente y decidieron por unanimidad crear un equipo que llevara la representación de la ciudad para el torneo del año venidero. Una tarde, mientras departían al calor de algunos licores en el Café Centenario, unos sacerdotes pertenecientes a la Curia de Bucaramanga, ubicada a pocas cuadras del lugar, les sugirieron los colores del equipo. Los sacerdotes manifestaron que lo mejor sería vestir en el uniforme los colores de la bandera del Estado Vaticano, es decir, amarillo y blanco.

Con todos los documentos listos, se citó a la primera reunión a las 7:00 p. m., en la calle 35 con carrera 22, donde quedaba el consultorio del médico Elías Solano. Allí, un miércoles 25 de agosto de 1948, se eligió por unanimidad la primera junta directiva que manejaría los destinos del Club Atlético Bucaramanga: el presidente Elías Solano, el gerente Néstor Arenas, el tesorero Juan B. Silva y el secretario José Gómez Sierra.





Desde el mismo momento en que se realizó la fundación hasta nuestros días, el Atlético Bucaramanga ha tenido un sinnúmero de sobresaltos que lo han convertido en un equipo *sui generis*. Al revisar su historia, encontramos que se registró en la Notaría Primera el 11 de mayo de 1949, porque los inexpertos fundadores y directivos no tenían dinero para pagar las escrituras. El día de su debut en el estadio Alfonso López, el equipo perdió por goleada 5 a 1, y meses después tuvo que reforzar la plantilla con cuatro argentinos, ya que la nómina estaba integrada por jugadores jóvenes de la región, quienes, a pesar de todo, no lo hacían nada mal. Tales eran los casos de Francisco «Chico» Bustamante, Arturo «Palomo» Palomino, y los hermanos Juan y Jorge Guerrero, más conocidos como los «Pachingos» Guerrero. Ellos jugaban bastante bien, pero les hacía falta experiencia y roce competitivo.



- Izquierda superior: Elías Solano, primer presidente oficial del Club Atlético Bucaramanga.

Izquierda inferior: En plena época del llamado El Dorado del fútbol colombiano, se promocionó un álbum de monas que los entusiastas iban completando. Equipo de 1962.

Superior: Boleta de ingreso al partido que marcaría uno de los capítulos más tristes del equipo, en ese octubre desventurado cuando las graderías del estadio Alfonso López se tiñeron de sangre y caos, tras la «toma de control» que realizaron tropas de la Quinta Brigada del Ejército, como consecuencia de las reacciones de una hinchada que veía perder el sueño de que su equipo clasificara a una final.

Inferior: Jorge Reyes Puyana, uno de los pocos sobrevivientes de los socios fundadores del Atlético Bucaramanga.

Con el arribo de los primeros argentinos, como José Fraccione, Antonio Bernasconi, Aristóbulo Deambrosi y Norberto Peluffo, el oncenista Leopardo —bautizado así por un periodista bogotano del diario *El Espectador*—, el equipo estuvo ya dispuesto a recibir a muchos jugadores de ese país, en la famosa época conocida como El Dorado. Cuentan los hinchas e historiadores que el equipo mejoró mucho en su rendimiento, y los domingos el estadio tenía cupo completo.

La crisis económica llevó a los dirigentes del club, encabezados por Rafael Pérez Martínez, a disolver el plantel en 1951, luego de una gira por la isla de Curazao en cuyas canchas, propiedad de la empresa petrolera Shell Oil Company, el Atlético Bucaramanga había aceptado una invitación para jugar un par de encuentros por los cuales recibieron 4000 USD. El dinero sirvió para pagarles a los jugadores los tiquetes del avión de Avianca que los trajo de regreso a Barranquilla. Allí el equipo se desintegró. Varios argentinos, entre ellos Raúl Di Marco, Carlos Gambina y Enrique Pessarini, se quedaron jugando en el Junior. Fueron años duros, hasta su regreso en 1953, gracias a Norberto Juan Peluffo y Pablo Molina —argentinos los dos—, este último golfista radicado en la ciudad. Los dos eran dueños entonces de la panadería La Preferida, ubicada en la calle 33 con carrera 22 esquina. Ellos pusieron el dinero para salvar al Atlético Bucaramanga, y evitaron así que se perdiera la ficha en la Dimayor.

El Bucaramanga reapareció en el profesionalismo con Norberto Peluffo como técnico. El Atlético Bucaramanga era una sociedad anónima y había quedado en el aire. Es por ello que la tarde del 14 de agosto de 1958 se reunieron 42 directivos en las oficinas de la Compañía Colombiana de Seguros, y en dicha asamblea se compuso la junta directiva del Club Atlético Bucaramanga como Corporación Deportiva. Se nombró como presidente a Rafael Pérez Martínez por unanimidad.



Sus campañas en 1958 y 1960 fueron brillantes, de la mano de su máximo goleador, Américo Montanini. En 1960, todo parecía indicar que el mejor equipo del campeonato, el Atlético Bucaramanga, se quedaría con la estrella. Luego de 61 años los hinchas recitan de memoria su formación, que era de ensueño: Berto, Scrimaglia, Marini, Casalli, Janiot y Solórzano. El equipo era una orquesta, con Aceros, Coll, Giarrizo, Montanini y Otero.

El oncenista era dirigido por el «Andarín» Juan Barbieri, un director técnico argentino, empedernido apostador de las carreras de caballos y jugador de cartas y billar hasta el cansancio. Él convenció a los directivos de la época, entre los que estaban José Luis Mendoza Cárdenas, Luis Fernando Sanmiguel y Rafael Pérez Martínez, de que lo mejor era llevarse para Bogotá el equipo Atlético Bucaramanga seis días antes del juego crucial ante Santa Fe, para adaptarlos a la altura de la ciudad.



- En la memoria de los seguidores del Atlético Bucaramanga siempre estará grabado el nombre de Gilberto «el Burro» Centeno, quien hizo parte del equipo desde 1962 hasta 1977.

Américo Montanini, a quien apodaban «la Bordadora», llegó en 1956 para quedarse; en 1962 se haría ciudadano bumangués.

Uno de los jugadores que mayor tiempo acompañó al equipo fue el argentino Roberto Frascuelli, quien hizo parte del equipo entre 1974 y 1982.

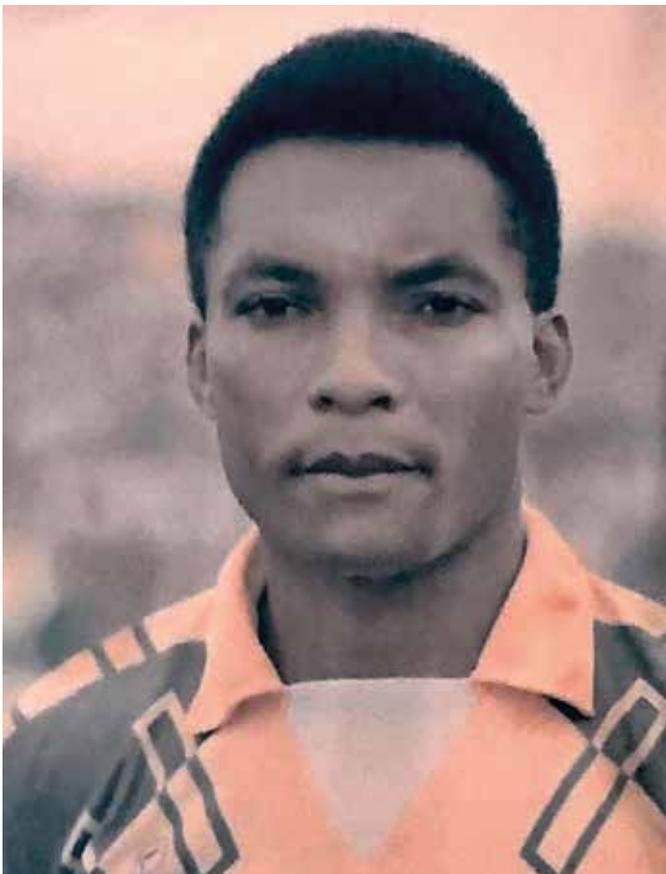
Barbieri y sus dirigidos convirtieron el Hotel Regina en un casino, entrenaban poco y se acostaban a las 4:00 a. m. El domingo 6 de noviembre de 1960, el querido Atlético Bucaramanga cayó derrotado 5 a 1. Se perdió así la posibilidad más grande de su historia para coser una estrella en su precioso uniforme auriverde.

Años después, un tenista de gran figuración en el departamento de Santander, Gabriel Peña Pinzón, confesó que asistió junto al humorista uruguayo Hebert Castro a un restaurante en Bogotá, en donde coincidieron con Barbieri, el reconocido técnico. Esa noche el cuestionado entrenador confesó que se le había ido la mano con unas “pastillitas” que les dio antes del juego, que en lugar de mejorar el rendimiento del equipo, le causó el efecto contrario.



La década de los sesenta se completó con la desintegración de ese equipo y la venta de sus mejores elementos. Empezaron las malas campañas; se realizaron buenas incorporaciones y se presentó la aparición de grandes jugadores santandereanos, como Misael «Papo» Flórez, quien, sumado a lo que hacía Hermán «Cuca» Aceros, le daban alguna representatividad al balompié santandereano, sobre todo en la selección Colombia. La selección nos representó en el Mundial de Fútbol Chile 1962, en el cual Cuca Aceros le anotó un gol a la mítica «Araña Negra», Lev Yashin, quien era el portero de la Unión Soviética el día que empataron 4 a 4 con nuestro combinado patrio.

En la década de los setenta el equipo se fue para Cartagena y luego para Barrancabermeja, con otros nombres, y regresó para alegrar los corazones de una hinchada que seguía esperando un título. Soñaron nuevamente con él en 1975, pero de nuevo se atravesó Santa Fe y le arrebató el título de las manos al oncenio Búcaro, dirigido entonces por el uruguayo Víctor Pignanelli, y que tenía una delantera de miedo: el brasileño Gillio y los samarios Vilarete y Arango. En quince años, los bogotanos le arrebataron a los Búcaros dos estrellas con las cuales soñaba toda la ciudad.



Después el Bucaramanga fue adquirido por unos empresarios que, además de ser accionistas de la empresa transportadora Copetrán, estaban vinculados —algunos de ellos— con la industria cafetera. El equipo logró hacer buenas campañas, gracias a los costosos jugadores que contrató, pero el 11 de octubre de 1981, una tragedia emboscó a su fiel hinchada que en número superior a los 30.000 espectadores colmó las graderías del estadio departamental Alfonso López, para ver al Atlético Bucaramanga enfrentarse con el Junior de Barranquilla y conseguir la clasificación a las finales del torneo.

Hubo un mal arbitraje, lo que desató un pésimo manejo de las emociones por parte de la afición, que ingresó por miles a la gramilla del escenario.

Cuando la turba enardecida devoraba todo a su paso, apareció un pelotón con más de 45 soldados adscritos al Batallón Caldas, que tomaron posiciones en el césped y dispararon contra los hinchas. El saldo entrega hoy, cuarenta años después, más de treinta hinchas asesinados, un centenar de heridos y varios desaparecidos. Queremos aclarar que por este hecho ninguna autoridad civil o militar respondió; a raíz de ello, la gente se alejó del estadio. Los hinchas volvieron al estadio en un par de buenas campañas posteriores, la de 1984 y la de 1985. El Bucaramanga animó —y de qué manera— el torneo, con la ayuda de los goles del argentino Miguel Oswaldo González.

Las campañas eran muy buenas. El Bucaramanga tenía un surtido impresionante de jugadores que llegaban desde la Sultana del Valle, y su labor era ayudar a sus “patrones” a lograr títulos como el de 1990 o el de 1997, cuando el equipo Búcaro logró la tercera y la segunda casilla, respectivamente. Convirtieron al onceno bumangués en un alfil de la mafia, y en una máquina para lavar dinero de propiedad de unos “señores” que terminaron en la cárcel. El “premio” para el Bucaramanga fue descender por primera vez a la segunda división en 1994.

Luego de la salida de Villarreal y su corte, el Bucaramanga pasó a manos de un grupo de honestos directivos encabezados por Heriberto Vargas, Edward Fernández, Gilberto Ramírez y Eduardo Villamizar, quienes, a pesar del esfuerzo económico y un par de logros importantes, como el ascenso a primera división en 1995 y el subcampeonato de 1997, tuvieron que volver a entregar el equipo a sus antiguos dueños. Estos realizaron el traspaso de los derechos deportivos y administrativos a un extraño consorcio mexicano, cuyos propietarios no vinieron nunca a la ciudad, y, quienes luego de permanecer con el equipo un par de temporadas, lo vendieron como empanada callejera a una facción de la temible Oficina de Envigado, en cabeza de Luis Fernando Yepes, a quien años después asesinaron en la ciudad de Medellín.







Yepes, sus hijos y sus amigos permanecieron cinco años al frente del equipo y enfrentaron un descenso rápido, el de 2001. El Bucaramanga se convirtió en el trampolín de cientos de jugadores antioqueños y en una caja perfecta para limpiar dinero oscuro e ilegal.

En 2006, cuando los muebles se quemaban y la casa ardía, los Yepes recibieron la orden de sus “patrones” de salir urgentemente de la ciudad. La suerte de la institución estaba echada, porque apareció en escena la familia Cadena, comandada por José, jefe del nefasto clan. Con ayuda del hijo mayor, José Augusto, un abogado de profesión con nexos bastante cuestionables con gente de dudosa reputación en el mundo del fútbol —léase Luis Bedoya y Ramón Jesurún—, la familia decide comprar el equipo a la familia Yepes. Desde ese mismo día, un manto de oscuridad arrojó a la institución bumanguesa, que había sido fundada con fines muy diferentes al pensamiento de estos señores.

Con la familia Cadena, el Atlético Bucaramanga vivió sus peores días. Luego de dos años bastante flojos y un descenso “vendido” por varios de sus jugadores, el querido equipo Leopardo desapareció el 16 de noviembre de 2008 —y durante siete años— de la primera división. Arrastró deudas, adeudaba dinero a técnicos, jugadores, inclusive al muchacho que cambiaba los bombillos del vestuario. Le retiraron a la institución el reconocimiento deportivo, y se perdieron partidos por W; es decir, por incomparecencia.

Pero como los ángeles existen, algún día apareció en la ciudad el portero vallecaucano Óscar Córdoba para representar los intereses de Óscar Álvarez y su Grupo Empresarial Santander, dedicados a la venta de combustible y con más de 38 estaciones de servicio de su propiedad. Pagaron varios miles de millones de pesos a la familia Cadena, y se hicieron con los derechos deportivos de un equipo que nació de manera diferente, con gente que pensaba y obraba con códigos de comportamiento distintos a lo que se observa en la actualidad.

Luego de los papeleos de rigor, el Bucaramanga logró su ascenso la noche del 26 de noviembre de 2015, y después de esa fecha se realizaron un par de buenas campañas en 2016 y 2018. Pero cabe acotar que el querido equipo de la ciudad apaga sus incendios con gasolina, pues ha visto desfilar por sus filas más de 50 técnicos y un total de 500 jugadores en la última década, los cuales nunca traen debajo del brazo el brillo de la primera estrella.

Mientras tanto, su numerosa hinchada, la cual supera los 2'000.000 de hinchas, sigue fiel esperando el anuncio en el firmamento, y caminan por el desierto como reyes magos, buscando la estrella que les traiga felicidad al pesebre de su corazón. Nadie como ellos, que son la verdadera razón de ser de un equipo que, sin ganar nada, ¡conquistó el corazón de un pueblo!

Las lágrimas del hincha lo dicen todo. Son su verdadero patrimonio.

- Por la historia del Atlético Bucaramanga han pasado grandes figuras, tanto jugadores como en el cuerpo técnico, algunos de ellos verdaderos ídolos locales.

El profesor Tucho Ortiz llevó por primera vez al equipo a disputar una Copa Libertadores. Jugadores como el Kiko Barrios y el bumangués Sherman Cárdenas son un referente de la hinchada leoparda.

Fotografías: Jaime Moreno Vargas.

III



Santaderia lita

EN LA MIRADA DEL ARTISTA







El lenguaje pictórico de Zambrano Molina

Gloria Oviedo

Quien por primera vez se sitúa ante la extensa obra pictórica de Zambrano Molina se siente conmovido, invadido o envuelto por algo que atrapa su sensibilidad, y que no es otra cosa que el lenguaje del artista. Me refiero al estilo propio que permite al creador transmitir de inmediato el mensaje que contiene la obra contemplada, y que tiene muy poco que ver con ese conjunto de normas que hace que racionalmente se sitúe una obra dentro de un contexto predeterminado.

El lenguaje de la obra de Zambrano Molina no constituye una cualidad complementaria de su obra, sino que forma, por el contrario, una parte intrínseca, inseparable de su propia creación. Siempre está ahí presente en todo el recorrido de su largo y dilatado recorrer por la expresión pictórica, descansando sobre dos hechos esenciales que se confunden y contemplan: su pasión por la luz y su extraordinaria capacidad de síntesis. Primero aparece la mancha que esquematiza la forma, luego tímidamente el color y después la luz, que es la síntesis de ese lenguaje traducido a paisaje.

El más completo dominio sobre la expresión del paisaje ha permitido a Zambrano Molina crear un lenguaje de indiscutible calidad. Es este el denominador común de su obra. ¿Y para qué utiliza este lenguaje? Justamente para detener para siempre y en un instante esa parte de la naturaleza que a la vista del observador estará siempre en permanente movimiento, y lo remitirá a un sentimiento de libertad y placidez, sin intentar expresar en su obra ni el proceso de transformación cultural ni la problemática histórica o social en que se halla comprometido el hombre.

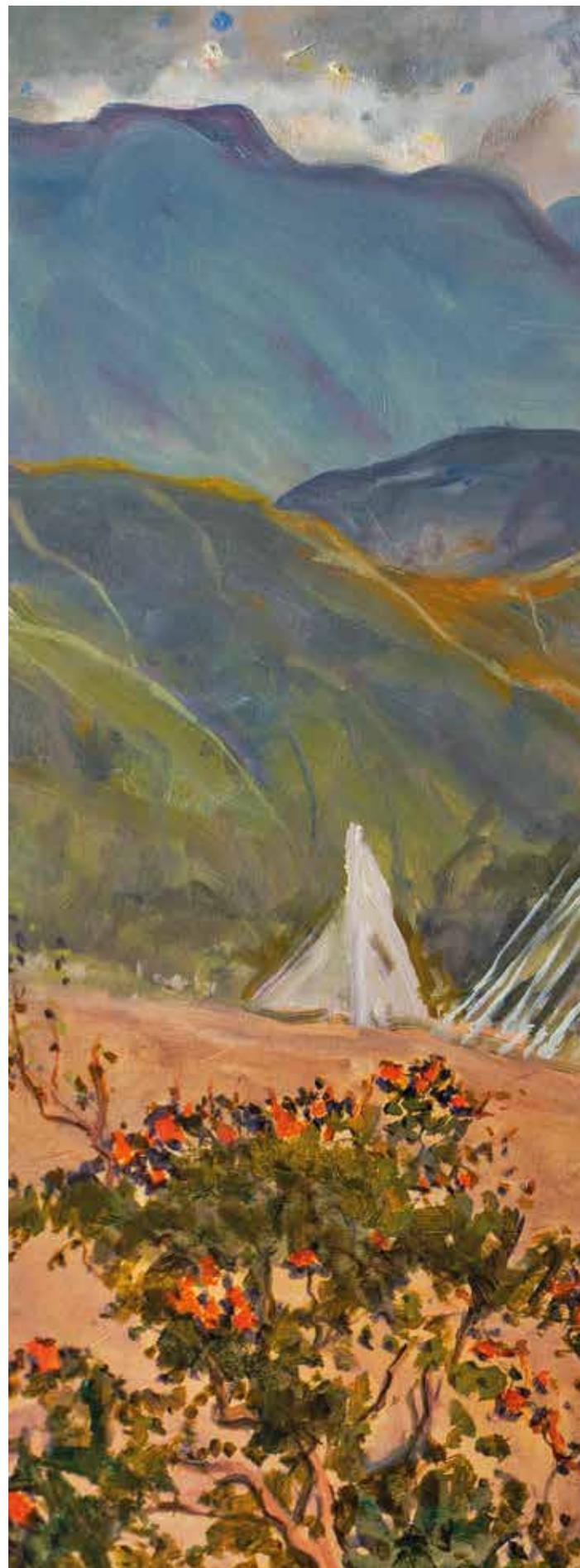
Su misión es hacer volver la mirada hacia ese espacio que siempre está ahí, pero que pocas veces observamos: el paisaje.



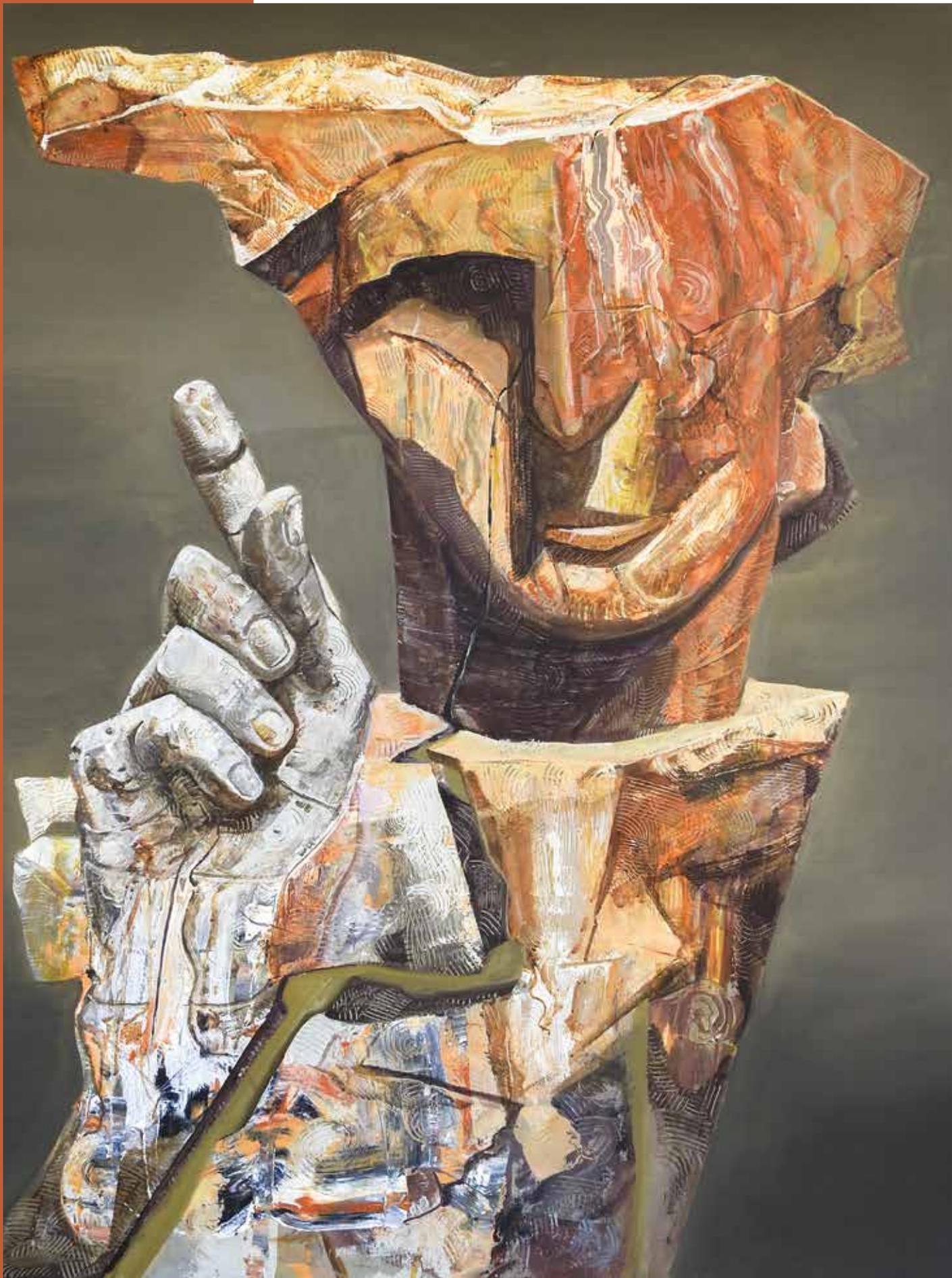


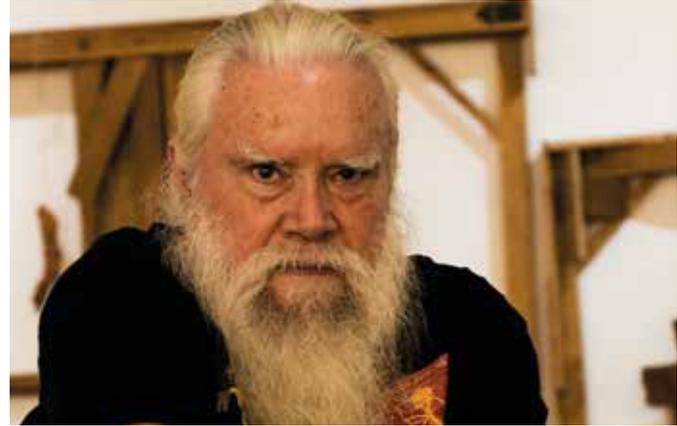
- ¿Existe realmente el color, o acaso es solo una acuarela espiritual que cada uno lleva en lo más profundo de su alma...?

- La libertad creativa del pintor le permite integrar todos los elementos que, a su juicio, representan la ciudad: el desarrollo urbano y la modernidad de edificios y puentes de extraordinaria ingeniería, la presencia de la historia en la Iglesia de San Laureano y la vida que representa para la ciudad el búcaro en flor y los cerros orientales.









Cuando caen las estatuas

Jorge Mantilla Caballero

Artista plástico en ejercicio

Pinturas: septiembre 2020 – marzo 2021

Capítulo 1: Las relaciones sucesivas entre palos, piedras, balas, gases y virus son resultantes de la franca destrucción de todo lo que llamamos civilizado hoy por hoy; son el último reducto de respuesta de una “sociedad” aquejada por un localismo estrecho e ignorante y casi siempre feroz y mortal.

Capítulo 2: La sociedad en decadencia total discapacita y otorga efervescencia colectiva, de forma que destruye todo lo que durante décadas fue representación de causas justas.

Capítulo 3: Las artes, debido a su amplia complejidad perteneciente a una realidad aparte, extensa y fantasiosa, no pertenecen a las estructuras antes enunciadas; son aproximaciones sensoriales al insatisfactorio dualismo del hombre.

El artista ve, siente y ejecuta plásticamente, pero no resuelve nada, solo lo enuncia y denuncia, como ayer, como ahora, como mañana y tal vez... hasta pasado mañana.



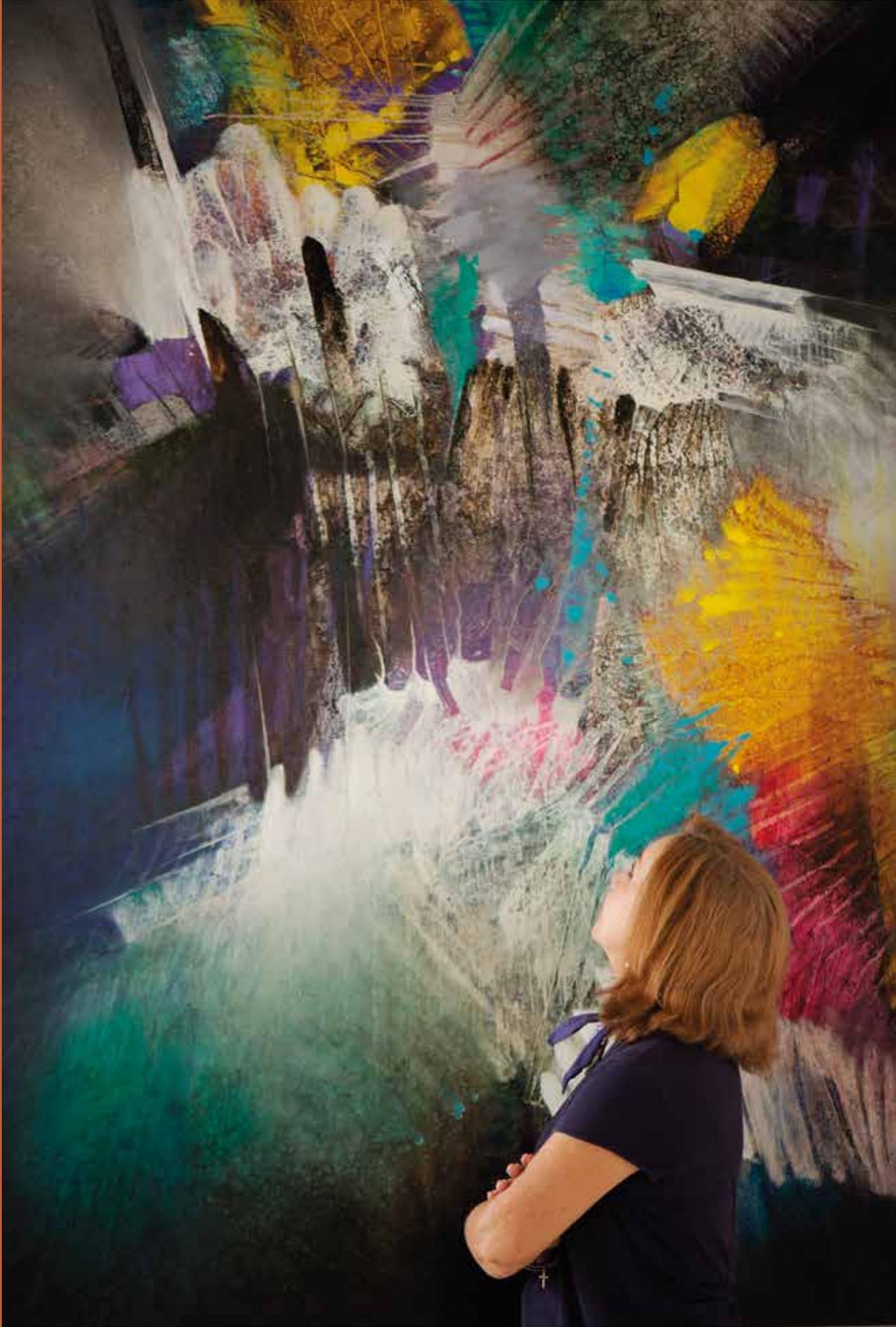






- «Así las estatuas colosales de bronce fundido que en antaño eran intocables empiezan a ser derrumbadas; así los símbolos de poder y abuso empiezan a ser atacados, así las máscaras de quienes han marcado los cuerpos y territorios empiezan a ser develadas; así retumban las estatuas al caer».

Juan David Páramo





Corrientes alternas

Clemencia Hernández

El arte es emoción intensa, fuerza, vitalidad indiscutible, desafío sin límites. Esto con mayor razón en un mundo como en el que hoy vivimos, de constante convulsión que desafía nuestra capacidad de atención y de resistencia. Sin el arte que interpreta la realidad brutal de un planeta en constante dinámica, sería imposible entender lo que nos pasa.

El mundo del presente es un vórtice, un flujo constante de procesos perturbadores. Procesos que reflejan las múltiples acciones del hombre, su evolución espiritual, la ciencia, la política, su lucha por el “progreso” y el bienestar humano.

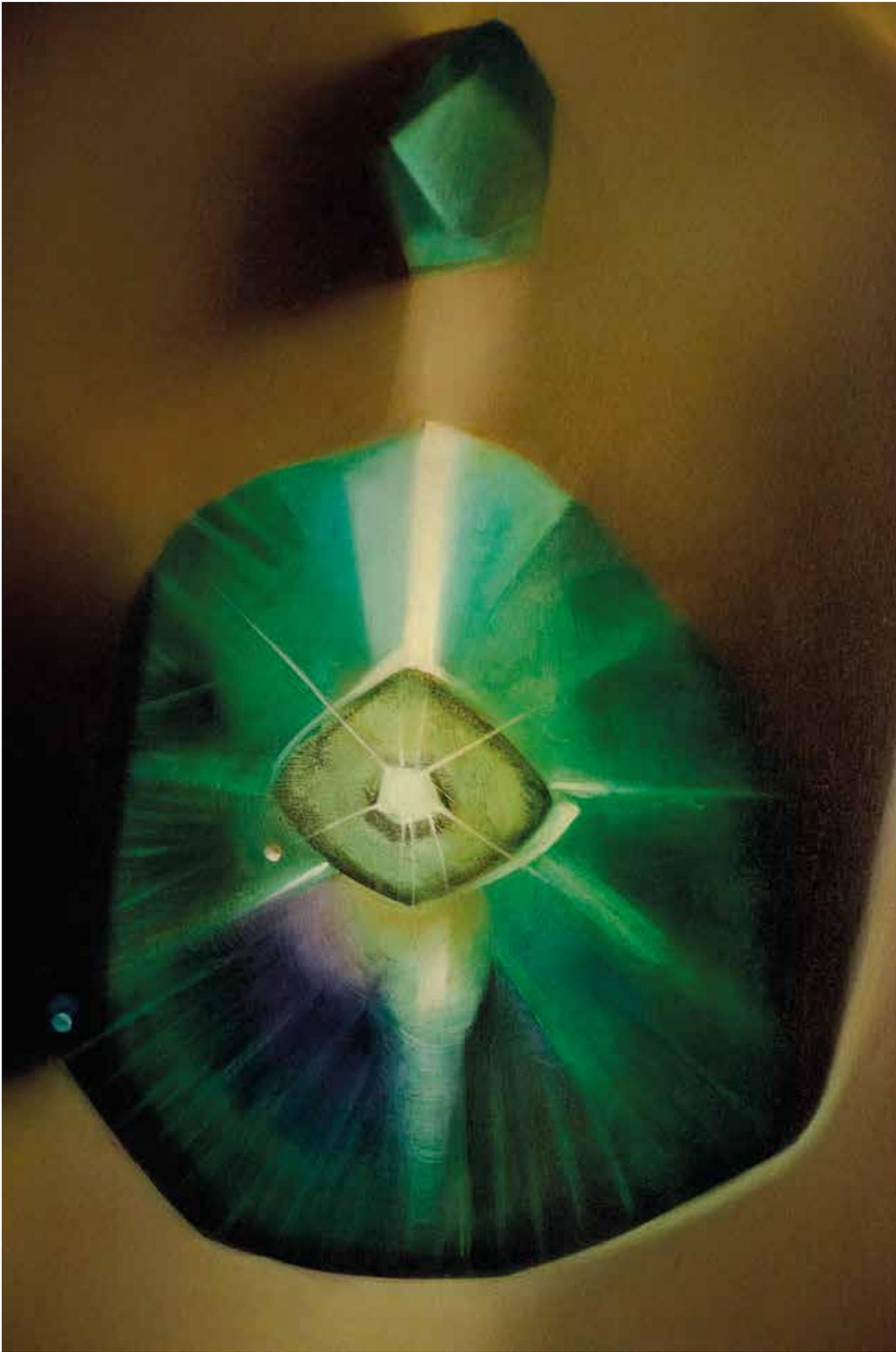
Digamos, sin presunción alguna, que de la misma manera que la ciencia desentraña los secretos de la naturaleza, el arte retrata, inventa y reinventa la vida; sin el arte la vida sería como un volcán apagado.





- En la obra de Clemencia Hernández se suceden continuas explosiones que emergen de esa libertad en el uso del color que le inculcaba su padre, pero siempre con la certeza de que no hay pincelada libre de un porqué.











Pablo Hernández: aquella lúdica infancia

Jesús María Stapper

Pablo Antonio Hernández nos invoca, desde su cromática paleta, a revivir nuestra infancia. Nos presenta desde su estadio onírico un mundo de juegos, donde solo valían las apuestas por un sueño y se pagaba con lo conquistado en ellos, con monedas sin valor y con retazos de promesas, una lúdica donde aun perdiendo se resultaba ileso.

Su obra es un viaje reminiscente por el tiempo pretérito que conduce hacia la alegría y la inocencia de la niñez feliz. Nos recuerda la fiesta que se vivía en cada juego, en un escenario que era la calle, la esquina, una cancha sin señales y sin césped, quizá un salón de clase, un atrio, un solar, un potrero o cualquier lugar que convocara la gallada.

Nos recuerda este artista santandereano que todos fuimos niños, y que bajo la lluvia aprendimos a ser de barro, a reír con el estruendo que dejan los vuelos de las mariposas y los colibríes, en vuelos que vienen de lejos, de atrás de la montaña, allá donde termina la comuna y comienza el paisaje.

Nos recuerda también los paraísos que instalábamos dentro de la sala de la casa o incluso sobre la colcha de la cama. Los carros de tabla, rodillo y maderas unidas con puntillas que destrozamos a sabiendas de que era cuestión de remendarlos con ingenio. Las veces que probamos nuestra destreza conduciendo zorras de balineras, a veces empujándolas y otras desafiando la gravedad en empinadas calles.

Fuimos osados capitanes desafiando naufragios con barquitos de papel. Volamos cometas y aviones de papel que elevamos cual si fueran alfombras mágicas de Bagdad. Volamos los cielos cabalgando en un Pegaso imaginario, y a veces cabalgando sobre briosos lomos de palo. Y en esas competencias de tiempos sin tiempo, es imposible dejar de lado las carreras de ruedas, impulsadas con la batuta de una rama en una pista, que hoy sería una trocha desafiante.



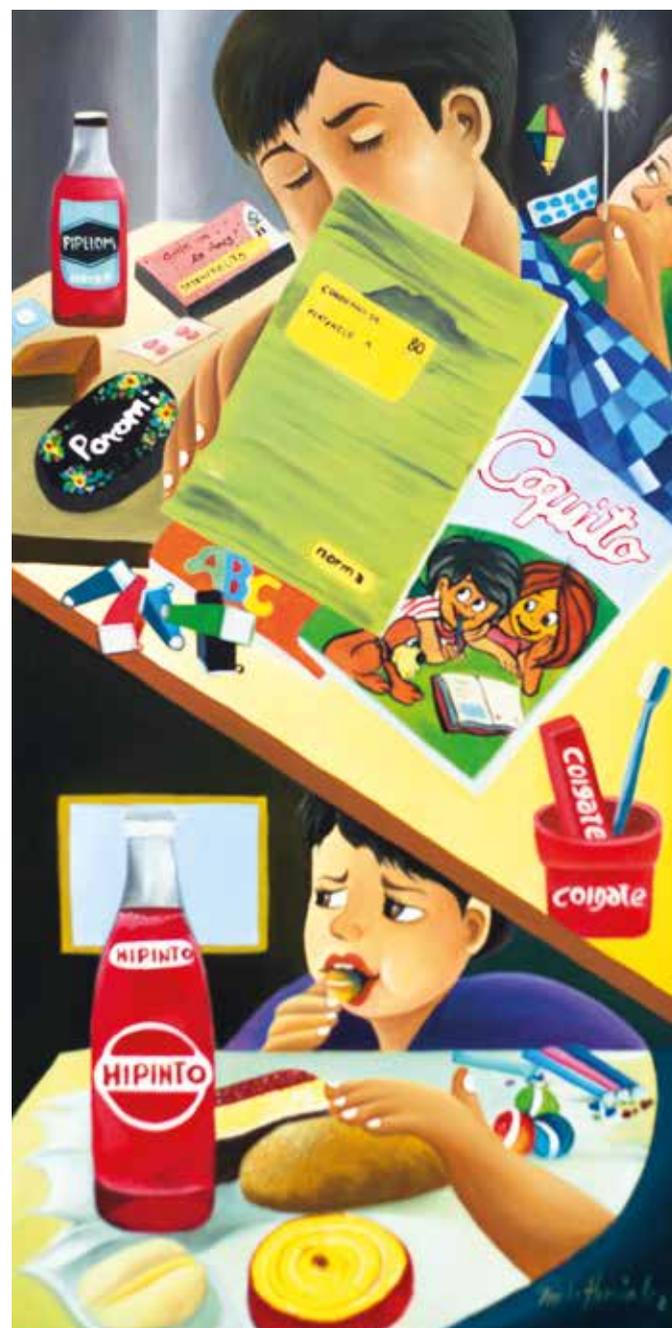
A su vez, las veces en que las pepas o maras de cristal iluminaron nuestros ojos con sus corazones nacarados y multicolores. Eran ellas las protagonistas de batallas campales o imaginarias gestas ciclísticas en pistas talladas sobre la tierra, haciendo que cada mara llevara el nombre del ciclista de moda.

Las niñas en los parques llamaban nuestra atención unas veces contoneando sus cinturas en el hula-hula, al mejor estilo de las bailarinas de *hula hahiko* de cualquiera de las islas volcánicas de Hawái; otras saltaban lazo con la destreza de un deportista de alto rendimiento; otras, en alegre jolgorio del juego de la rayuela, y otras más formaban un apretado círculo mientras jugaban al yax.

Pablo Antonio Hernández nos conmueve al máximo con esta obra extraordinaria. Detener la mirada en alguno de estos cuadros hace trepidar los cuerpos en sensaciones de retornos existenciales, en un viaje estelar entre nubes de asombro y de milagro, que nos lleva a ese lugar común de la felicidad de la infancia, de una niñez alimentada en utopías.

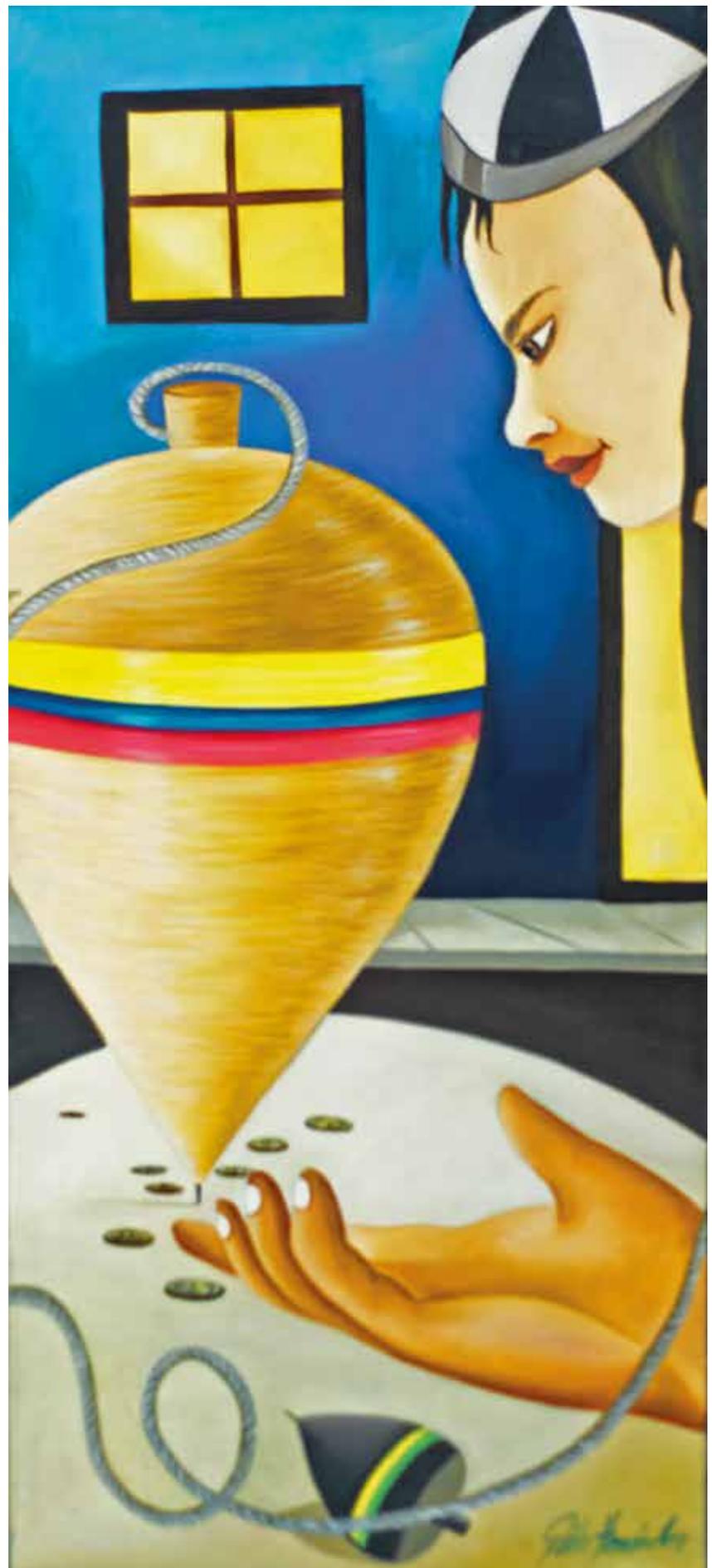
Estos juegos plasmados en la obra de este artista nos indican que, incluso en tiempos de oscuros otoños o fríos inviernos, existe la posibilidad de una resurrección de esa niñez cuyo fuego nunca se apaga en nuestra memoria. Esta obra es también una reflexión para los infantes de hoy, encerrados en una burbuja de soledad, en una habitación virtual donde no se oyen ni las risas ni los gritos que hacían eco por cada rincón de las calles y le daban a la ciudad una cara de alegría llamada felicidad.

Gracias, Pablo Antonio, por entregarnos este regalo expreso en la magia y en lúdico y festivo contenido de su creación. Gracias también por enseñarnos a vivir de nuevo.



■ La lectura visual de la obra de Pablo Hernández sustrae de la realidad la sensación plena del retorno.









Saúl Meza Arenas. Reminiscencias de un profesor y de un artista

Mauricio Olaya Corzo

Para los comunicadores sociales de la ciudad, el nombre del profesor Saúl Meza es de total referencia en el ámbito de la fotografía. De hecho, fue el primer docente de esta materia en la naciente facultad de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, y muchos años después también lo sería en el programa de la Universidad Pontificia Bolivariana.

A Saúl se le recordará siempre por dos dinámicas en sus procesos de la cátedra: las exposiciones muy bien preparadas sobre la historia de la fotografía y las salidas a las prácticas, que él consideraba la columna vertebral del proceso formativo para los neófitos aprendices.

Con acertada paciencia, siempre estaba atento a las inquietudes de sus alumnos, retroalimentaba los procesos con sus consejos, que iban desde cómo coger la cámara hasta donde ubicarse en procura de la mejor toma. De hecho, en esta última conjugación del aprendizaje, el profesor siempre sacaba a relucir la frase de identidad del maestro norteamericano Ansel Adams, cuando decía que el éxito de una fotografía radicaba en saber encontrar el punto exacto en el cual pararse frente al paisaje, para obtener la mejor composición en las dos dimensiones del visor, de modo que estas sugirieran al observador las posibilidades más realistas del paisaje.

Vendrían luego la alquimia fantástica del laboratorio y la fotografía en estudio. En este último espacio, sacaría el as bajo de la manga, pues si algo hay que destacar en el trabajo de este artista es su habilidad en el retrato. Literalmente puede considerársele un ladrón de almas, pues basta con observar cualquiera de sus retratos para obtener un pasaporte directo a la esencia de sus retratados.

■ *Terracotas*, primer premio Salón Nacional de Artistas.

Y así lo corrobora este conjunto de retratos que él ha seleccionado para este libro conmemorativo, y que inicia con el que le hiciera a su padre, el sembrador de su espíritu de fotógrafo, pues don Isaías Saúl Meza fue uno de los primeros fotógrafos que abrió un estudio de retratos en nuestra ciudad. «Esa fotografía se la hice cuando yo tenía unos diecisiete años, y casualmente vi pasar al viejo frente a las luces del estudio y le pedí que se dejara tomar una foto. La hice, la revelé y la conservo como mi más grande tesoro».

De cada uno de los retratados, Saúl conserva grandes recuerdos, pues como siempre lo ha dicho en sus clases, la primera clave para lograr un buen retrato es romper el hielo; por eso sus retratos los realiza en cuestión de minutos, mientras que la tarea previa le puede llevar a multiplicar por varios minutos los tiempos.

«Con Mantilla Caballero todo fluye, él no solo es un artista de las telas, sino en sí mismo es una obra del arte teatral. Frente a una cámara se revela y se ajusta para que su rostro y su cuerpo se conviertan en una mismísima pintura», asegura el artista.

«Con don Alfonso Gómez Gómez, el tema era de confianza mutua. Nos conocíamos desde hace muchos años y había entre los dos una cierta camaradería, que tanto en la conversación como en la realización misma de la fotografía todo fluía. El logro de un buen retrato era cuestión de escoger entre tantos buenos registros».

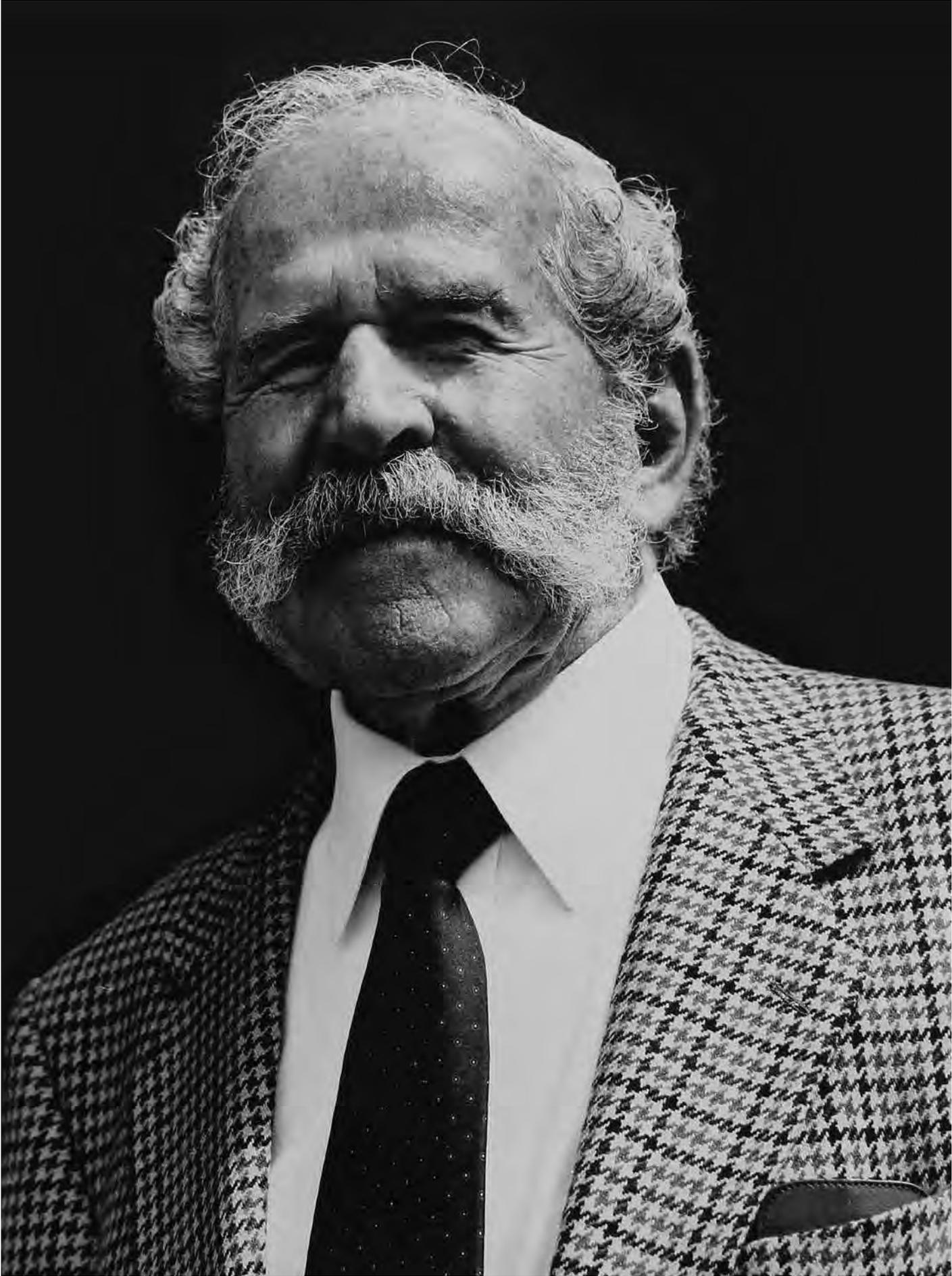
«Distinto era el caso de don Armando Puyana, pues era un hombre muy prevenido. Su frase de entrada siempre era: “No tengo mucho tiempo”. Para mi caso, era como una barrera, pues lo que yo más exigía era tiempo. Después de unos minutos, salía a relucir el espíritu del hombre de negocios, y brotaba la armonía en el ambiente».

«Del retrato que le hice al doctor Alejandro Galvis Ramírez, recuerdo que al principio el que tenía miedo era yo. La presencia del director de *Vanguardia* generaba cierto respeto innato. Su altura, su voz, la sensación de poder que emanaba en un simple gesto. Recuerdo que su primera queja fue: “Tengo como diez fotógrafos acá en planta y no ha habido el primero al que se le haya ocurrido hacerme un retrato”. Soltó la risa, y ahí estaba la foto, el retrato de un hombre realmente sencillo y sin pretensiones que los amigos conocían».

Saúl Meza ha sido el forjador de una generación de periodistas, algunos de los cuales han hecho de la fotografía su medio de vida, y esa es una de sus principales satisfacciones. «Es curioso que yo fui profesor de fotografía para un programa de comunicación social, donde, se supone, debía haber formado fotoperiodistas, algo que nunca hice, porque de hecho es una labor que como fotógrafo nunca he realizado. Solo tenía como norte mostrarles a los estudiantes el trabajo de verdaderos maestros de ese arte, como Henri Cartier-Bresson, con su “momento decisivo”, y de Robert Capa, cuando aconsejaba que si una fotografía no era lo suficientemente buena era porque el fotógrafo no había estado suficientemente cerca. Por último, a quienes les veía la vena, les decía que la mejor enseñanza para ser reportero gráfico de un periódico solo se la iba a dar la calle».

■ Retrato a su padre, Isaías Saúl Meza.



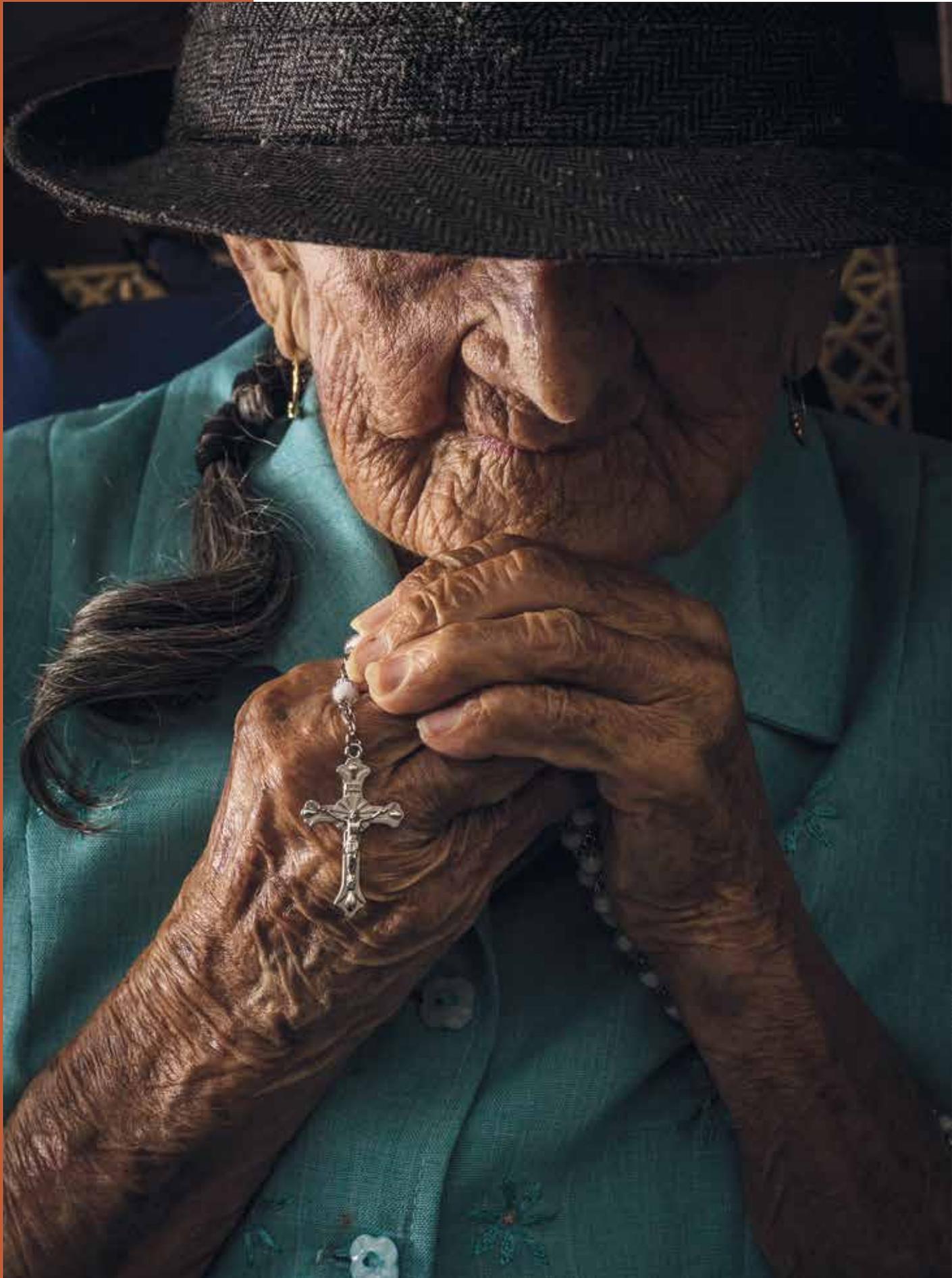








- La obra de Saúl Meza Arenas pasa siempre por el exigente tamiz del dominio de la que él llama «su majestad, la iluminación».





¡Que sean mil disparos, pero fotográficos!

Mónica Almeida

Soy Mónica Almeida, diseñadora gráfica, fotógrafa y artista orgullosamente santandereana. Tras varios años dedicada al diseño, hace un tiempo decidí enfocarme en mi verdadera pasión: la fotografía, y desde entonces he trabajado por ser una artista multidisciplinar, como se puede apreciar en mi portafolio. En él se evidencian fotografías de retratos y paisajes, y también fotografías sociales y documentales.

Esta disciplina me ha traído numerosos logros y satisfacciones, por lo que me siento feliz y orgullosa por desarrollar a diario este trabajo, que además me ha permitido condicionar la mirada para crear cuadros y evidenciar historias que quizá no son muy comunes; esto tan solo cuando camino por la calle. Es una habilidad que amo e invito a explorar.

Con más detalles, la fotografía ha sido mi forma de contar historias, de hablar de manera más profunda, y no precisamente a partir de las palabras, sino a partir de las fotos. Este es un lenguaje que no distingue idiomas, razas, costumbres; es un lenguaje para todos y percibido desde diferentes posiciones. La fotografía me ha dado la sensibilidad para ver aquello que resulta invisible, y también me ha permitido tener mucha más creatividad.

Amo la luz natural, el trabajo en color y en especial el blanco y negro, ya que logra transmitir la esencia, la emoción y la personalidad de cada persona. A la hora de realizar una fotografía, me gusta crear un vínculo con cada individuo para eliminar barreras y así lograr confianza, un retrato óptimo y natural.







En el caso de los retratos con mujeres, ha sido un honor que me permitan registrar diferentes historias de esperanza, valor, fuerza, empoderamiento, dificultades y supervivencia. Como resultado, he fotografiado la imagen de una mujer real, con independencia de la edad, cuerpo, situación o cicatrices.

El autorretrato surge en medio de la pandemia, en momentos de miedo, incertidumbre, silencio, espera y tiempo para pensar en nuevas alternativas. Muchas veces ocultamos nuestras emociones; le hacemos creer al mundo que somos fuertes, valientes, decididas, omnipotentes. Sin embargo, a veces reconocemos nuestra fragilidad, podemos alimentar nuestras fortalezas y aprender a querernos como personas reales con defectos e inseguridades. Por esto, el autorretrato es una increíble manera de inmortalizar nuestra propia existencia, de conocernos y descubrir nuestro yo interior, a través de imágenes que reflejan nuestra realidad; lo que percibimos de nosotros mismos y lo que queremos ser.

Es así que gracias a la fotografía he logrado descubrir la magia de lo cotidiano, por lo cual inicié con mucha ilusión un proyecto personal que destaca al campesino como persona, buscando conocer no solo los oficios y labores del campo, sino además su estilo de vida, emociones, hábitos, costumbres y la forma de ver las cosas en el día a día. Este trabajo, como muchos otros, ha sembrado en mí mucha más pasión.

Tras mi experiencia laboral, he tenido el privilegio de ser seleccionada en varias ocasiones para exponer mis fotografías en diferentes eventos de arte en los ámbitos nacional e internacional; he recibido premios y reconocimientos en importantes convocatorias. Todos estos logros son dedicados a las personas con quienes he podido trabajar y que me han permitido retratar su esencia y alma. A ellas, gracias por permitirme *disparar*, pero desde mi más preciado elemento: la cámara fotográfica.

¡Que viva este arte siempre!







Marco Valencia, cazador de historias

Mauricio Olaya Corzo

El detrás de cámaras de un periodista gráfico, para el grueso de los lectores de cualquier periódico del mundo, sugiere un universo de experiencias, de vivencias, de un permanente derroche de adrenalina, aventura y emociones: la guerra, las caras de la alegría y el dolor, la vivencia directa y cercana con la derrota o con el triunfo, el poder compartir la energía que se percibe en un partido de fútbol cuando se está en el gramado haciendo parte de todo el entorno del espectáculo, la posibilidad de tener cerca a los protagonistas de una película, un cantante o cualquiera de los ídolos del momento, el tener acceso casi sin restricciones a los diferentes estadios del poder y un largo etcétera de circunstancias que constituyen el cuerpo diario de los hechos convertidos en noticias.

El fotógrafo de prensa es una especie de notario visual del día a día de la ciudad, y es, a través de sus ojos y de sus lentes fotográficos, el responsable de ubicar al lector en el lugar de los hechos. Pero tras este postulado bien claro en el manual de funciones del llamado reportero gráfico, está la persona, el hombre del común que cuando se despoja de su rol siente como cualquier otro; se emociona al igual que el hincha que está en las graderías; llora ante un hecho injusto; también admira y a veces no comulga con un representante de determinado sector político a quien debe retratar en el escenario de un acto público; anhela el abrazo de un hijo; le duele la recriminación de un lector o de uno de los protagonistas de la noticia que no se sintió representado por la imagen, se enoja cuando la autoridad se interpone para evitar su proximidad a los hechos.

Marco Valencia ha vivido cada una de estas instancias en cumplimiento de su labor, que hoy lo hace ser reconocido como uno de los fotógrafos de prensa que más primeras páginas “moja”, tanto para el diario *Q´Hubo* como para *Vanguardia*. A pesar de ser parte de la generación joven, su talento, persistencia, compromiso y pasión le han ganado el sitio que hoy lo ubica como uno de los mejores en su oficio.



Su más reciente distinción al mejor reportaje fotográfico del Premio de Periodismo Regional Semana-Argos es un ejemplo vivo de las dos caras de Marcos: la de la alegría de obtener esta distinción y la del recuerdo del momento en que se hizo y se vivió el hecho noticioso, el día que junto a su colega Yuriana Calderón decidieron ponerse literalmente en los zapatos de los migrantes venezolanos que a diario recorren los caminos que los llevan desde su país natal hasta un incierto destino en un país ajeno.

El encabezamiento de este reportaje que los llevó a acompañar a un grupo de ellos en su travesía por el Páramo de Berlín resume lo que es el sentimiento que provee la noticia desde adentro: «No es fácil meterse en los zapatos del otro, y menos cuando ese calzado arrastra dolor y desesperanza. Con cada

paso, los zapatos de un migrante van dejando huella en un camino. Cada paso es uno más en la ruta de la incertidumbre».

Pero no es este el único caso que puede sumar a la historia de motivos de dolor o de alegría que ha debido reportar. «Recuerdo el caso de don Libardo Areniz y su nieto de once años, cuando reportando un desalojo en el barrio Los Colorados, al norte de la ciudad, me encontré con la escena al momento en que el niño le decía a su abuelo: “Tranquilo, abuelito, no llores, vamos a salir adelante”. De verdad me provocó soltar la cámara y darles un abrazo de confianza. Era mi tarea reportar el hecho, pero por dentro estaba destrozado. Era ser testigo de la más cruel de las condiciones de las formas de saberse pobre, perder hasta la oportunidad de contar con un techo donde refugiarse».







De los recuerdos positivos que llegan a su mente en relación con su trabajo, recuerda con claridad cuando debió reportar un incendio en una vivienda en la vereda Bolarquí: «Registrando el hecho, me enteré de que un miembro de la familia había sido el causante intencional del incendio. La imagen de la familia frente a lo que había sido su hogar y la historia que pude contar en el escrito despertaron la solidaridad de muchas personas, y en pocos días se hizo una colecta que les permitió a estas personas volver a levantar su casa».

Marco Valencia no es protagonista en su oficio; prefiere el anonimato, y por ello su lente predilecto es el teleobjetivo de 300 mm, pues le permite estar presente y ausente al mismo tiempo. «Entiendo el sentido de la sentencia que rige el trabajo del fotorreportero de estar sintiendo la noticia, y que esto solo se logra estando demasiado cerca; no obstante, creo que esa ausencia o distancia me ha permitido capturar instantes irrepetibles, como la imagen de la pareja de jóvenes de la llamada Primera Línea, cuando, en medio de la confrontación, se abrazaron y se besaron, sin importarles lo que se estaba viviendo a su alrededor».

Como decía el fotógrafo de prensa más importante que ha tenido nuestro país, el maestro Carlos Caicedo, del diario *El Tiempo*: «Hay que dejar que las fotografías hablen por uno, y no uno por ellas».









Bucaramanga, entre el verde de los parques, los trinos y los colores

Martha Patricia Cabrales

Describir mi pasión me lleva a recordar los momentos en los cuales, aislada de la cotidianidad, he encontrado un nuevo sentido a la palabra *vida*. Aquella palabra que durante mucho tiempo estuvo reducida a una oficina, tacones, maquillaje o uniformes, y que ahora se complementa con la magia que encuentro al estar rodeada de naturaleza y de más vida, de verdaderos tesoros alados que, entre trinos y colores, trasladan mi mente y mi alma a espacios de ensoñación en los cuales no existen la prisa y la turbulencia. Al contrario, se evidencia allí el sentido de una frase que leí en uno de mis últimos recorridos: «Acá comienza el fin del afán».

Muchas cosas han cambiado en mí desde el momento en que la magia de la fotografía tocó las puertas de mi vida, comenzando por cambios en mi actitud y mis prioridades. La ciudadina, acostumbrada a un guardarropa lleno de colores que combinaban perfectamente con los zapatos de tacón y bolsos grandes y elegantes, hoy usa solo tonos color tierra. Cambió el maquillaje por el bloqueador solar. Madruga al extremo y carga un pesado equipo que incluye morral, *monopié* para soportar el peso de una cámara y un lente voluminoso. Emprende largas caminatas en medio de un sofocante calor y soporta el maltrato de las botas pantaneras y las picaduras de mosquitos, con tal de ver y fotografiar esa ave que antes no sabía que existía, o a la que llamaba *pájaro*, simplemente porque tenía alas y volaba, sin distinguir en ella aspectos como su denominación científica, especie o condiciones de hábitat, así como sus vocalizaciones (como en lenguaje pajarero se le llama al canto de las aves).

Ante estos cambios podría pensar que soy otra persona, pero en realidad mi esencia es la misma, solo que ahora he logrado fusionar los tiempos y los espacios para conjugar mi profesión de fisioterapeuta y mi pasión por la fotografía. He llegado al punto de incluir en mis recorridos de naturaleza los conceptos de biomecánica y entrenamiento deportivo, para disfrutar más de este pasatiempo, de forma que se reducen los factores de riesgo y aumenta la sensación de plenitud y felicidad.





Puedo concluir que ante este panorama me siento feliz y realizada, en el sentido de saber que lo que ahora hago, así hoy siga siendo una afición extendida, hace parte de un acto consciente en favor de la vida, de la naturaleza y de la preservación de un planeta en caos ambiental.

En ese objetivo final está quizá el mayor logro al que se puede aspirar como fotógrafo de naturaleza o, en mi caso, como *pajarera*, término que, en una sus acepciones, se ha acuñado para asignar a los que nos dedicamos a la observación y a la fotografía de aves. Somos esencialmente guardianes de la vida, ya que en la medida en que nuestras fotografías compartidas en redes sociales impacten en la sociedad, contribuimos a formar ciudadanos sensibles y espíritus que vibran al tenor del color y la belleza de nuestros amiguitos alados.

Al recibir la honrosa invitación de la UIS, mi *alma mater*, para participar en este libro, donde se me convocaba a mostrar mi trabajo como fotógrafa de

aves, a compartir con los lectores las imágenes de los tesoritos alados que adornan nuestros parques y nuestro entorno verde, sentí que muchos de los esfuerzos que he venido haciendo en procura de aprender cada día más de este bello arte de la fotografía valieron la pena. Ahora el reto era salir a parques, llegar a nuestros inmensos cerros orientales y quizá hacer alguna incursión por el sector veredal de nuestra Ciudad Bonita, para captar, a través de mi lente, una colección significativa de lo que tenemos como capital de vida.

Desde tiempos lejanos, Bucaramanga ostenta el honroso nombre de Ciudad de los Parques, y con esta serie de fotografías, anhelo que, en la mirada de cada lector, quede como sello indeleble la percepción de que allí, entre árboles, arbustos y palmeras, hay un número de hermosos seres alados que tienen en ellos sus casas, y que vale la pena levantar la mirada y afinar los oídos, para disfrutar de este regalo de luz, color y alegría.

■ Página anterior: Petirrojos en familia (*Pyrocephalus rubinus*). Izquierda: Fruterito amarillo (*Euphonia lanirostris*). Arriba: Espatulilla (*Todirostrum cinereum*).





- Basta solo con despertar los sentidos y mirar entre el verde de los arbustos, para descubrir en los parques y entornos de nuestra bella Bucaramanga la presencia de coloridos y majestuosos tesoros alados, como el mielero enmascarado (*Dacnis lineata*) que adorna los cerros orientales; el ruidoso carpintero habado (*Melanerpes rubricapillus*), que con su sonido despierta la curiosidad del transeúnte; el imponente toche pico de plata (*Ramphocelus dimidiatus*) con sus contrastes de colores negro, rojo y blanco, que lo hacen visible entre el follaje, o la extraordinaria tångara buchipecosa (*Ixothraupis guttata*) con su llamativa trama de colores.





- Especies que sorprenden con su presencia, como el cucarachero del Chicamocha, que ahora se oye y se ve en el entorno de la quebrada La Iglesia, junto a tesoros alados de mayor presencia, como el mielero común y las tortolitas.







Ernesto Navarro: «Me hice en el taller del maestro»

César Mauricio Olaya Corzo

Condiciones casi obligatorias cuando se quiere oficiar de discípulo son el silencio, la observación, el recato, el seguimiento de las demandas del maestro, sean estas verbales o no verbales. Esta condición cobra aún más valor en caso de que el maestro sea uno de esos artistas en los que la palabra es la menor de las virtudes. Hablamos particularmente del maestro de tono de voz bajo, excesivamente bajo si se quiere, que conduce cada proyecto con la destreza del relojero, un oficio que aprendió desde niño, mucho antes de empezar a ascender por los escaños de la fama que habrían de convertirlo en uno de los fotógrafos de moda, retrato y editorial de mayor reconocimiento en Nueva York.

Hoy, maestro y aprendiz son dos fotógrafos a quienes une la patria chica común, así como una particular manera de mirar el mundo, bajo una cuadrícula móvil que nadie que no sea artista logra comprender, lo que en cierta manera facilita la comunicación entre propios. Hablamos de los bumangueses Ruvén Afanador (con *v*, no con *b*, como es más usual en este nombre) y de Ernesto Navarro. En su orden, el maestro y el aprendiz.

■ Izquierda: Fotografía realizada para un artículo de la revista *Fuscia*, en el que se querían mostrar los avances de los discípulos del maestro Ruvén Afanador.

La modelo bumanguesa Silvia Catalina Llanes fue la escogida para este proyecto.

Locación: Escuela de Carabineros de la Policía Nacional.





Navarro es hijo de Ana de Dios y de Álvaro, ambos llegados a Bucaramanga desde el corazón mismo de la provincia. Ella de Guaca, y él, de Galán. Su hijo se formó así en el seno de una familia discreta, en el entorno del tranquilo barrio La Libertad, caracterizado por tener más calles peatonales que vehiculares. En el colegio que lleva el mismo nombre del barrio descubrió su sensibilidad y habilidad para la expresión gráfica: «Mis profesores, y sobre todo los que necesitaban apoyo visual para sus clases, seguramente se acordarán de que yo prefería no salir al recreo y quedarme ilustrando en el tablero las figuras de anatomía, de ciencias y hasta los retratos de los personajes de las clases de historia; de manera que al iniciar la clase, el profe y los compañeros ya tenían un apoyo visual complementario para facilitar el proceso pedagógico».

Vendría la decisión de qué estudiar para proyectar el futuro. Dada su facilidad para el dibujo y la habilidad gráfica, ninguna carrera podría interesarle más que la de diseño gráfico. Y allá fue a parar. Se empezó a formar en el universo de las estructuras visuales, las tipografías, el manejo de los espacios, la teoría del color, de los planos y de los volúmenes, de esa geometría multidimensional que corresponde al mundo donde crea un diseñador gráfico. En ese proceso formativo, la fotografía estaba a cargo del profesor John Jairo Orozco, más pedagogo que actor creativo en el mundo de las obturaciones y los *flashes*.

- Ernesto Navarro, que ahora comienza a incursionar en el mundo del cine, tenía plena claridad de que retratar a su maestro exigía una puesta en escena extraordinaria, y qué mejor que la casa paterna de este, donde pasara buena parte de su infancia, en el patio adornado por un búcaro.





- Nada representa más el trabajo de un artista que aquella obra que nace desde la brega de validar su trabajo ante las más exigentes miradas.

Este proyecto nace de la invitación que le hace el diseñador bumangués Elkin Valencia a hacer un editorial de moda, para participar en una convocatoria internacional que buscaba rendir un homenaje a la creadora de la célebre champaña Veuve Clicquot. Locación: Centro Cultural del Oriente.



■ «Soy un convencido de que no existen vetos de ningún tipo para un fotógrafo, y me he propuesto ratificarlo cuando realizo proyectos editoriales propios, como en estas fotografías cuya locación fueron los corredores vacíos del San Andresito La Rosita, donde desarrollé el proyecto Marly Urbana, que hace parte de estas páginas», asegura Ernesto Navarro.

En ese proceso conoció al fotógrafo y, por lo demás, hombre dispuesto a la enseñanza y al compartir Holguer López Toscano. Este, tras identificar las calidades innatas del joven Navarro, no dudó en darle orientaciones sobre un oficio en el que aplicaba la premisa de la rigurosidad en los métodos de enseñanza y aprendizaje.

Hasta allí la historia de Navarro no llegaría a ser nada distinta a la de muchos otros fotógrafos, que formados en programas en relación, a fuerza de hacer visible su trabajo, construirían su propio portafolio de identidad. Para el caso del joven Navarro, la primera producción fotográfica que le construyó una identidad

fue la del *renacimiento* del aguardiente Superior, que hacía sus últimos esfuerzos para no ser absorbido por otras marcas regionales en crecimiento exponencial.

El maestro en escena

En el año 1993 tuvo lugar el que es considerado el mayor logro de proyección de un artista local. Se trataba de un artista del que quizá algunos habían oído nombrar, pero que pocos conocían en persona y obra. El Instituto Municipal de Cultura y el Museo de Arte Moderno lograron invitar a exponer en Bucaramanga a Ruvén Afanador, el hijo de la tierra que triunfaba en la capital del mundo. Por primera vez la ciudad sabría de ese hombre de gran altura, tanto física como artística, que compartía una obra inédita, *Torero*. Afanador llevaba en su ADN la marca de la ciudad de los búcaros. Había nacido aquí, era uno de los hijos del relojero famoso del pasaje Rosedal y de la florista que vendía las mejores rosas, pompones y claveles en su propia casa, la misma que hoy albergaba la muestra del artista, pues en su casa paterna funciona hoy el Museo de Arte Moderno.

Es difícil citar a otro artista que haya generado tal expectativa en la historia de la ciudad. Aquella vez se verían largas filas de curiosos en procura de ingresar a la sala de exposiciones de la Biblioteca Turbay, donde estaba la obra, y al Museo de Arte Moderno, donde el artista compartía una pequeña retrospectiva. Navarro hizo parte de esa fila de curiosos, y fue allí donde conoció al artista. Algo le quedó claro entonces: quería seguir los pasos del maestro.

Habrían de pasar algunos años para que Afanador regresara a la ciudad. Lo hizo en el marco de Ulibro 2010, donde expuso una nueva obra de su amplio portafolio. Tenía además el propósito de reunir a una decena de jóvenes aprendices de fotografía, con quienes desarrollaría el taller El Ojo del Fotógrafo. Navarro estuvo por primera vez frente a frente a su maestro, y comenzó allí la magia del aprendizaje. Una



de las más importantes lecciones: «Antes que hacer: planear. La improvisación, el peor enemigo para un proyecto», había de subrayar el maestro.

Hora de crear

Las fotografías que ha seleccionado Ernesto Navarro para compartirnos en este proyecto editorial tienen todo que ver con Bucaramanga. Si algo aplica Navarro entre tantas enseñanzas del maestro Afanador es que es fundamental mirar alrededor. En el más mínimo espacio están todas las respuestas y posibilidades que la idea concebida necesita para volverse una realidad.



Retratando al maestro

El primer reto para el aprendiz era retratar a su maestro. ¿Qué locación elegir? ¿Cómo lo vestiría? ¿Qué elementos podían complementar la información del retrato? Y lo resolvió: la casa paterna (Museo de Arte Moderno), el vestido a la usanza un ciudadano de mundo: con gabán, y el elemento: unas gafas que a un tiempo se relacionaran con la relojería (homenaje a las raíces y al padre del artista) y con un lente fotográfico. ¡Hecho!

Un champán internacional bajo tierra

Tiempo después, el talentoso diseñador de modas Elkin Valencia, bumangués y formado en la ciudad, invita a Navarro a que se inscriban para participar en una convocatoria internacional que quería rendirle homenaje a la creadora del prestigioso champán francés Veuve Clicquot, más conocida como «la viuda de Clicquot». ¿Cómo hacer un proyecto internacional en una ciudad perdida en el universo y además ajena al mundo del vino? La suerte quizás estaría del lado del artista, pues para la época se descubrió bajo los pisos del Centro Cultural del Oriente un conjunto de túneles y cataumbas, cuyo origen hoy sigue siendo un misterio. El diseñador Valencia hizo lo suyo a partir del concepto de la botella, del vestido color amarillo, que era el único color usado por la viuda, y en conjunto con la modelo, lograron la obra que se llevaría el segundo lugar en una batalla creativa en la que participaron los mejores.

Del maestro y su discípulo

La prestigiosa revista de moda *Fucsia* se enteró de que en Bucaramanga el maestro Ruvén Afanador impartió un taller de creación con un grupo de jóvenes fotógrafos de la ciudad. Le pidió al maestro seleccionar el trabajo de uno de sus pupilos para incluirlo en las páginas de la revista. El escogido es Ernesto Navarro. La obra, inspirada en el trabajo *Torero*, de su maestro, le apunta al mundo de la equitación, y la modelo no podía ser otra que la sensación de las pasarelas



y estudios del momento, la santandereana Silvia Catalina Llanes. La locación, la Escuela de Carabineros de la Policía Nacional.

A crear para la galería

Una gran satisfacción para un fotógrafo es la de saber que su obra tiene camino comercial como obra de arte, y Ernesto Navarro es de los pocos que ha logrado vender sus fotos en el ámbito de las galerías. De hecho, hoy su trabajo creativo está mediado y representado por la Saatchi Art Gallery en los Ángeles, California. El portafolio de obras exhibidas en esta galería internacional es muy selectivo, lo que representa para Navarro una satisfacción particular: «La totalidad de las obras las he realizado en Bucaramanga, con modelos locales, con diseñadores locales, y lo más importante, en locaciones de la ciudad».

La obra que nos comparte en estas páginas, por ejemplo, la llamó *Urban Beauty*, y la locación es San Andresito La Rosita, en la soledad de la noche, al terminar la jornada comercial.



■ Teresita Gómez (Colombia), 2012.



Memorias del Festival Internacional de Piano

Holguer López Toscano

Desde hace casi cuatro décadas, los bumangueses tienen una cita anual con el Festival Internacional de Piano, y muchos de ellos la han cumplido sagradamente desde noviembre de 1984, no solo en la Universidad Industrial de Santander, la institución en cuyo seno nació el certamen, sino en los diferentes espacios de Bucaramanga y del departamento en donde se realizan los conciertos de extensión.

No deja de ser extraño que, en una ciudad del oriente de Colombia, para entonces considerada sin tradición en la realización de temporadas o festivales de música clásica, una institución de estudios superiores, del sector público y con alma industrial, haya sido la cuna del proyecto. Una institución que, en algunas oportunidades contra viento y marea, le ha dado la continuidad y el sostenimiento necesarios para que se convierta en una experiencia que reúne a propios y extraños.

No voy a decir que estuve entre los asistentes pioneros, esos que, por curiosidad, por amistad o por amor a la música aceptaron la invitación a las dos primeras ediciones del certamen. Sin embargo, sí fui de esos interesados por la música —afición que nació conmigo— que en los años setenta asistieron a los esporádicos conciertos de piano que se celebraban en el aula máxima de la Escuela de Mecánica de la UIS o en el auditorio de la Cámara de Comercio. Entre ellos, el concierto que más tengo presente es el del austriaco Jorge Demus. Creo que los gestores del Festival de la UIS aprovecharon esos entusiastas para atraerlos al auditorio Luis A. Calvo, y, como sucede con las cosas buenas, estos fueron llevando a otros: amigos, familiares, hijos, estudiantes.

En la tercera temporada del certamen asistí por primera vez al Festival Internacional de Piano de la UIS, y desde entonces combiné mis dos intereses: la música y la fotografía. A ello agregué el placer de compartir con críticos y con espectadores de diferentes edades y orígenes la magia de las notas musicales convertidas en sonatas, danzones, sinfonías y conciertos. A esto se sumaban los comentarios sobre quién había sido el mejor de los intérpretes y el momento mejor logrado en una interpretación de un nocturno; y hasta las discusiones sobre los comentarios, en ocasiones incomprensibles, de los críticos invitados que deshacían el encanto logrado por una inolvidable interpretación pianística.

Cada noche de recital era también una jornada de aprendizaje sobre cómo comportarse en una sala de conciertos, mantenerse en la silla, en silencio, sobre la obligatoriedad de ser puntual, para disfrutar todavía los preciados momentos de diálogo entre el artista y el instrumento. Además, es un aprendizaje sobre cómo aguardar hasta el intermedio para pasear por los pasillos, repitiendo con espectadores de los siglos xx y xxi una tradición de formas de ser oyente y de maneras de estar en una sala de conciertos que recogen una tradición que se ha ido estructurando en los últimos quinientos años, y que nos unen, como humanidad y comunidad, con otras culturas y civilizaciones.

Con las sucesivas temporadas anuales, para los pianistas invitados —nacionales e internacionales—, muchos de ellos con carreras pianísticas consagradas y premiadas en escenarios de Europa y Estados Unidos, resultaba emocionante saber que, aunque no hubiesen agotado boletería, la sala estaría con más de la mitad de las localidades ocupadas con un público conocedor, ávido y atento. Eso, tras bambalinas, generaba un poderoso sentimiento que los estremecía y motivaba a brindar lo mejor de sus habilidades y a conseguir la recompensa de un estruendoso aplauso.









Mientras escribo este artículo, viene a mí una ensoñación: es noviembre de 1986, y estoy en la platea central del auditorio Luis A. Calvo. He llegado unas horas antes para fotografiar al pianista de esa noche, el austriaco Walter Hauzig, y la sala está sola. Mientras preparo la cámara sobre el trípode, oigo el suave rechinar de las tablas del escenario. Levanto la vista, y veo a dos personas empujando el monumental instrumento. A pesar de su peso y dimensiones, el piano se desplaza suavemente y toma su puesto en el centro del tablado. Uno de los hombres levanta el ala de madera y la asegura. Hay un momento de suspenso entre la salida del pianista y su marcha con paso decidido hacia el poderoso instrumento. Se acomoda en la silla, gradúa la distancia con el piano, acaricia con el pie los pedales, respira hondo y enérgicamente deja que las manos caigan con delicadeza sobre el pálido marfil. Yo hago la primera toma intentando registrar en la película la fuerza del momento.

Quando vuelvo a mirar, a quien veo ahora a través de la lente es a la famosa maestra colombiana Blanca Uribe, y luego aparece la inolvidable Teresita Gómez, interpretando de manera incomparable el *intermezzo Lejano azul*, del compositor Luis Antonio Calvo. De pronto la sala se colma de público para el primer concierto que la Orquesta Sinfónica de Colombia ejecuta en Bucaramanga. La magia del recuerdo pone en el escenario al estadounidense Bruce Murray, quien expone magistralmente las *Variaciones Goldberg*; después, el venezolano Carlos Duarte nos estremece con las *Gymnopédies*. Después, la escuela pianística rusa presenta uno de sus más destacados exponentes: Leonid Kuzmin; a él le siguen los pianistas de la escuela francesa.

■ Página anterior: Roman Saslavky (Polonia), 2010.

Izquierda: Catalina Skinner (Colombia), 2017.

Derecha: Kathy Krier (Luxemburgo), 2014.



También pasan por mi imaginación Gonzalo Rubalcaba, Chano Domínguez y Óscar Acevedo, que nos traen la música de *jazz*; la nueva música colombiana se estrena con el Trío Nueva Colombia, y los nombres de 4 santandereanos abren en escenario para el talento regional: Óscar Aponte, Carlos Andrés Corena, Luis Alberto Peña y Andrea Buitrago.

Ha sido un concierto estupendo con un programa muy ecléctico. Mientras un atronador aplauso y las ovaciones felicitan a los intérpretes, pienso en que los creadores del Festival sabían muy bien que elegir la música como tema central, con sus posibilidades de viajar por todas las épocas, los géneros y los compositores, era la mejor estrategia para aportar al crecimiento cultural y al desarrollo de la ciudad y de la región, así como para arraigar el auditorio y el arte en estas bravas tierras andinas. Es también un compromiso que las directivas universitarias han cumplido por 38 años, incluso con cuarentenas de por medio, y que esperamos puedan seguir cumpliendo en los años futuros.

Termino este texto como termina el Festival, con los asistentes rezagados retirándose de la sala y los técnicos cubriendo el piano, y recuerdo los versos finales de «La oda al piano», de Neruda:

Entonces volvió el hombre
del árbol de la música.
Bajó volando como
cuervo perdido
o caballero loco:
cerró su boca de ballena el piano
y él anduvo hacia atrás,
hacia el silencio.



■ Izquierda: Gonzalo Rubalca (Cuba), 1994.

Superior: Carlos Duarte (Venezuela), 1992.





■ Izquierda: David Garret (Inglaterra), 2005.

Superior: Alberto Peña (Colombia), 2008.

Inferior: Andrea Buitrago (Colombia), 2015.



